

Se Rompieron las Cadenas
libro autobiográfico del ex-sacerdote

Herman J. Hegger

Descripción del libro

Aquí tenemos un libro impresionante, único, distinto a cuantos libros han sido escritos por ex-sacerdotes católicos. Fue redactado a los ocho años de haber abandonado su autor la Iglesia católica. Esto hace que el libro carezca de esa pasión en el enjuiciamiento, que tan corriente es en sacerdotes que escriben inmediatamente de abandonar la religión católica. Madurez de reflexión y serenidad de exposición caracterizan esta obra.

SE ROMPIERON LAS CADENAS, fue publicado originalmente en holandés, Más tarde fue traducido al inglés, al francés, al sudafricano, al alemán y a otros idiomas modernos. Aquí tiene la versión española.

El pastor Hegger, que fue religioso Redentorista, describe en este libro la peregrinación de su alma por los caminos de la religión, de la filosofía, de la duda y también del miedo, de la angustia y, por fin, de la liberación. Con una rara habilidad descriptiva, con un estilo que mantiene el interés del lector desde la primera página del libro, el pastor Hegger nos pone en antecedentes, con una sinceridad pura e impresionante, de la lucha espiritual que durante años atormentaba su conciencia.

Jamás hemos visto tanta honradez en la exposición de una vida de difíciles facetas. Tanta delicadeza al hablar de personas allegadas al autor. Unas veces nos introduce en los rincones más secretos de los conventos, nos muestra a los hombres al desnudo, con todas sus miserias humanas, y en otras ocasiones nos saca a pleno sol, para que sus rayos tonifiquen nuestro espíritu y oigamos el canto de los pájaros, nos deleitemos en el arco iris de las flores y escuchemos el ruido del silencio entre los valles y el llorar de los árboles en las mañanas de primavera.

SE ROMPIERON LAS CADENAS es un libro cuya lectura no se olvida fácilmente. El lector podrá estar de acuerdo o en desacuerdo con las convicciones religiosas del autor, pero este libro dejará en su alma una huella que perdurará por mucho tiempo; porque las cosas que aquí se dicen, y especialmente el modo de decirlas, constituyen un regalo que pocas veces logramos alcanzar.

Datos sobre el autor

El Dr. H. J. Hegger nació en Lomm, Holanda, el 19 de febrero de 1916. A los doce años ingresó en el seminario de los pp. pasionistas en Haastrecht. En Maaseick, Bélgica, en el colegio de los padres de la Cruz, terminó sus estudios secundarios. En 1934 ingresa en el convento de los pp. redentoristas en Den Bosch, y más tarde en Wittem, donde inicia estudios de Filosofía y Teología. Después de su ordenación de sacerdote dijo su primera misa en su pueblo natal, y en junio del año 1947 se designó profesor de Filosofía en un seminario de la misma Orden de los redentoristas en Río de Janeiro, Brasil. Fue allí donde el Dr. Hegger vio aumentar la lucha que desde hacía años sostenía con su propia conciencia y que culminó con la salida de la Iglesia católica un año más tarde. De regreso en Europa, se dedicó a estudiar las obras de la Reforma. Actualmente es pastor jubilado de la Iglesia Evangélica y vive en el mismo pueblo donde durante muchos años era el Director de una casa hogar para ex-sacerdotes y Director asimismo de la fundación EN LA CALLE RECTA editora de una importante revista en holandés y en español (En la Calle Recta). Ha escrito varios libros que se tradujeron a diferentes idiomas y alcanzaron muchas ediciones. <SE ROMPIERON LAS

CADENAS>, su primera obra, es una autobiografía escrita con una gran dosis de sinceridad.

Se Rompieron las Cadenas
Título original "Mijn weg naar het Licht"
editado por Ed. T. Wever, Franeker,
Holanda,

Traducción española revisada por Yan D. van Roest

puesto en Internet por: Stichting In de Rechte Straat
Prins Hendrikweg 4
6721 AD Bennekom (Holanda)

SUMARIO

	Pag.
I. Mi niñez	7
II. Levántate, Aquilón, y ven, Austro (Cantares 4:16) (Aquilón = Viento del Norte; Austro = Viento del Sur)	11
III. ¡Pues, Muy respetadas gallinas!	22
IV. La mística en la Iglesia de Roma	28
V. Tinieblas, agotamiento, neurosis	34
VI. Las manos ungidas	43
VII. ¡Héme aquí! No puedo ser de otra forma	50
VIII. Angustias	57
IX. Avenida del 7 de Septiembre 398	65
X. Tieté	71
XI. El paso decisivo	77
XII. Jesús, mi Salvador	84
XIII. La calle recta de Sao Paulo	91
Apéndice:	
Unas palabras a mis amigos católicos	98
Unas palabras a mis hermanos evangélicos	99

Preludio

¡Oh Dios, déjame cantar tus grandes misericordias! Tú me has conducido por caminos extraños. Ahora, al final de éste camino tan largo, quiero darte gracias. Quiero alegrarme en tu incomprensible bondad. ¡Con cuánta hermosura has dispuesto las cosas de mi vida! ¡Qué bien engranadas están todas! ¡Qué feliz me has hecho ahora! Si, dígatele de una vez: ¡Oh Dios, yo no puedo a veces contener mi felicidad! Mira la gratitud que irradian mis ojos. ¡Tú lo has hecho! Tú, mi grande y amoroso Padre.

Padre, ahora me siento totalmente seguro en Ti. Ya no hay temor en mi vida. Tú sabes cuánto he sufrido. Tú conoces las agudas angustias que me atormentaron. Cómo mi interior se retorció sufriendo el tormento de mi inseguridad. ¡Y ahora hay tanta calma! Ahora mi alma respira la paz. Tú eres quien inspira paz sobre mi alma. Vivo de tu cálido y vivificador aliento.

Padre, ¡ahora me sé tan íntimamente unido a Ti...! Yo soy propiedad tuya. Tú me acaricias con Tus Manos. Siento que tu adorable Esencia me envuelve en su perfume. Dependo en todo de Ti. Tú me sostienes. Soy criatura tuya.

Pero aún más. Soy hijo tuyo en Jesucristo. Esto es mucho más de lo que yo alcanzo a comprender. ¿Por qué has ofrecido a tu propio Hijo por mí? Me has dado la alegría de tener hijos. Y yo no podría entregar un hijo mío a tanto dolor y humillación por otra persona, por más que ésta fuera noble, buena y limpia. Y Tú, sin embargo, has hecho esto por mí, que te había ofendido continuamente. Tú has hecho esto por mí, criatura deformada, llena de egoísmo y propia complacencia. Yo comprendería muy bien que hubieses sentido asco de mí, que me hubieses escupido por todas aquellas calculadas torceduras de mi alma.

Oh Dios, acepto esto. Inclino la cabeza. Tus caminos no son nuestros caminos. Tus pensamientos no son los nuestros. En mi profundo admiración ante Tu sabiduría y bondad, ¡me siento tan débil! Quisiera poder pulsar las estrellas y los planetas cual teclas de un gigantesco piano para hacer brotar de ellas un maravilloso concierto cósmico de adoración a Ti.

Oh Dios, ¡cuán inefablemente grande eres Tu! ¡Qué pequeño soy yo! Cuando miro a tu infinita Esencia siento que me sumerjo en el abismo de la nada. Sí, al comparar mi existencia con la tuya, puedo decir muy bien que sólo existes Tú y que yo nada soy. Tan abrumador es tu Ser. Oh Dios, me alzo hacia Ti. Sé que no puedo llegar hasta Ti. Y sin embargo, sin cesar mi alma tiene sed de Ti. Porque Tú eres el gran Amor de mi vida. Tú enciendes en mí el dolor de suspirar. ¡Te deseo tan ardientemente! Oh Dios, permíteme que lo diga. Quisiera expresar ante Ti el homenaje de todo mi ser en un purísimo beso. Mas ya sé que no es posible besarte. Tú estás infinitamente por encima de mí.

¡Hay tantas otras criaturas que te aman! ¿Puedes Tú atender a mi voz? ¡Oh, no es necesario! ¡Tú debes ser adorado! A Ti te pertenece todo honor. A mí me es dado, lleno de

arrobamiento, el hablar con los demás del amor que todos te debemos. Oh, Dios, así formaremos un gran coro de amantes en torno a Ti.

Oh Dios, mi amor a Ti llega a producirme dolor. ¡Me gustaría tanto estar contigo! ¡Qué baladía es esta vida en comparación contigo! Todo resulta apariencia y sombra. Sólo existes Tú. Oh Dios, hablando contigo soy capaz de olvidarlo todo. Escribo casi maquinalmente porque, en tu presencia, sólo te veo a Ti. Quisiera romper las ataduras de mi cuerpo. Quiero ascender a Ti. Sólo Tú podrás saciar la sed de mi alma. Tú eres la fuente viva, de la que me es dado beber eternamente. Oh Dios, quizá no está bien que hable únicamente contigo todo el día. Me volvería un desambientado. Sólo prestaría atención a Ti. Y a Ti también te parece bien que me entregue a la vida normal. A mi esposa e hijos. A mi trabajo en servicio de Tu Reino. Pero tras de todo esto, Tú lo sabes, está mi ardiente amor a Ti.

Te doy gracias por este amor que Tú me has dado. Pues por mi naturaleza yo te odio. Por mi propia naturaleza quisiera enfrentarme contigo. No puedo propiamente emplearte en la edificación de mi vida. Te doy gracias porque has echado a pique esa torre de Babel que yo mismo quería construir para llegar hasta Ti, porque me has hecho morir por el bautismo en la muerte de Jesús, y con Él me has sepultado. Pero sobre todo te doy gracias porque me has hecho resucitar con Él a una vida nueva de amor.

Ahora voy a escribir este libro como un testimonio de tu misericordia sobre mi vida. Dios de Verdad, déjame decir honradamente cómo todo se desenvolvió. Dios de amor, dame un juicio generoso sobre la Iglesia Católica Romana. Uneme con los creyentes sinceros de esta Iglesia. También en ella tienes Tú hijos que te aman. Y haz que todo sirva para engrandecer Tu nombre. Porque Tú has de ser alabado sobre todas las cosas. Amo tu Santo Nombre.

Y haz que por la lectura de este testimonio muchas personas retornen a Ti y caigan postradas a tus pies como nuevos hijos pródigos. Concede a tantos que la necesiten la misma felicidad de la comunión íntima contigo que a mí me has dado tener. Envíales tu Espíritu de amor.

De profundis, clamo ad te, Domine,
Domine, exaudi orationem meam.

De lo profundo, oh Señor, a ti clamo.
Señor, oye, mi voz.

Capítulo primero

MI NIÑEZ

Analizando el relato de una conversión espiritual los psicólogos suelen buscar de rastrear las causas más profundas de ella. Escuchan las tensiones de la vida espiritual, investigan si hay personas, acontecimientos o situaciones que hayan dirigido la subconsciencia espiritual hacia una tendencia específica.

¿Quién se lo prohibirá? El hombre no es un ser meramente espiritual. Y los argumentos de que se sirve a menudo son nada más que un camuflaje inconsciente de las tendencias veladas que nos llevan a tomar una decisión determinada.

En este libro quiero mencionar con sinceridad lo que quizás pueda haber afectado mi paso de dejar a la iglesia católica. Por eso empiezo describiendo la época de mi primera juventud. Quien esté, sin embargo, dispuesto a escuchar sin prejuicios el testimonio de este libro, habrá de admitir que mi paso no se explica solamente desde razones psicológicas. Habrá de reconocer que aquí se habla desde una Luz totalmente distinta es decir la Luz de Cristo Jesús, "la Estrella resplandeciente de la mañana".

Mi padre tenía un temperamento colérico. Dominaba despóticamente la familia y todos le temíamos muchísimo. Su voz cavernosa podía tronar con tanta fuerza, que nos hacía temblar. Nos sentíamos ante él como pequeños insectos, con la certidumbre de que en cualquier momento podíamos ser aplastados bajo sus pies.

En cierta ocasión le oí gritar a mi hermana mayor: "¡Cuidate! o te rompo las piernas En mi mentalidad infantil no dudé que lo haría si no le obedecíamos.

Un sentimiento de angustia vejaba y ensombrecía nuestra infancia. Era opresivo tener que vivir, continuamente, bajo el poder de aquel grande, vigoroso y antojadizo dominador.

Cada uno de los nueve hijos habíamos encontrado la forma de salvar y preservar, en lo posible, nuestra personalidad. El mayor de los hermanos se dejaba golpear a veces durante horas enteras antes de rendirse. Finalmente cedía y, con un sollozo patético y obrando como resquebrajado realizaba el acto que mi padre le exigía, por muy humillante que éste fuese.

Muy pocas veces yo fui golpeado por mi padre. Presentía que toda resistencia era inútil y, tan pronto como el león comenzaba a rugir, solía hacer todo lo que me exigía. Fue quizás esta actitud la que dio origen al terror que más tarde tuve al infierno. Entre los católicos, durante las misiones parroquiales y los retiros espirituales, los tormentos del infierno suelen pintarse con tremenda realidad. Aun recuerdo cómo temblaba yo cuando un sacerdote describía desde el púlpito la imagen de un condenado. Me imaginaba el infierno como un lugar de desesperación, de indecible sufrimiento y me veía en él como un perro abatido en la presencia de un Dios vengador mientras - en la intimidad de mi corazón - le aborrecía con odio completo al mismo Dios.

Recuerdo que un día mi hermano mayor fue mordido por el perro de nuestro vecino. Este ató el perro a un poste, tomó su fusil y se dispuso a matarlo. No tenía la puntería muy certera y hubo de disparar seis veces antes que muriera el animal. Jamás he podido olvidar aquel espectáculo: la desesperada furia de la bestia, sus ladridos de agonía y de furor, su inútil forcejeo con la cadena y aquellas roncas detonaciones de los disparos

mortales. Instintivamente presentí el infierno y su continuo sufrir. ¡Ser constantemente herido hasta morir sin poder morir jamás!

El temor no fue el único sentimiento de mi niñez; conocí también el odio y la rabia: odio contra la tiranía de mi padre y rabia furiosa contra su injusticia. En una ocasión en que, según yo, fui castigado injustamente y enviado a la cama sin cenar rompieron en mi alma olas de odio contra mi padre mientras lloraba en la oscuridad y una maldición afloró a mis labios: "¡Bastardo indecente!" Mas aún no había terminado de proferir este insulto cuando el remordimiento empezó a oprimirme como una pesada capa de plomo. ¡Había maldecido a mi padre! Yo conocía el mandamiento bíblico: "Honra a tu padre y a tu madre." Y llegué a aterrorizarme. Parecía como si un juez invisible golpeará con sus puños mi rostro. Tendido en la cama, asqueado de mí mismo, me sentí terriblemente desgraciado. Sentí que algo se desgarraba en lo más íntimo de mi ser.

Fue quizá la conducta de mi padre la que hizo que brotara en mí un fuerte sentimiento de la justicia o, mejor dicho, de la injusticia. Después - vencido más o menos el temor - iba creciendo en mi ser el deseo de independencia. Este deseo me proporcionó las energías suficientes para defender con tenacidad mis propias convicciones. Replegado en mí mismo, me aferraba a lo que estimaba ser la verdad y poco a poco fui habituándome a actuar según las exigencias de mis ideas. Por eso abandoné más tarde la Iglesia de Roma. Porque llegué al convencimiento de que esta Iglesia está en el error y, consecuentemente, me obligué dirigir mis pasos en la dirección del puro evangelio.

La continua lucha contra los sentimientos hostiles a mi padre despertó, demasiado pronto, mi conciencia. Siendo todavía niño llegué a la convicción de que existe un implacable: "Tú debes", un deber absoluto, que no puede suprimirse bajo ningún pretexto

Era el sentir la ley, el deber. El pecado me causaba la experiencia de una derrota total. Mi padre se esforzaba asimismo en someter completamente a mi madre. La contrariaba durante horas y hasta días enteros. Desde la calle podían escucharse sus gritos. Los viejos habitantes de Lomm aun puedan atestiguarlo.

Mi madre era una mujer suave, delicada, llena de dulzura. Procuraba estar siempre de acuerdo con mi padre. Ella solía elogiarnos sus grandes dotes. Mi padre era la enciclopedia viviente del pueblo. De verdad sabía un poco más de los demás. El tuerto en el país de los ciegos. En realidad fue un hombre bien dotado; tuvo un espíritu muy fuerte de cierto matiz filosófico.

Pero la paciencia de mi madre tenía también sus límites. Cuando esto ocurría se rebelaba abiertamente. ¿Acaso tenía miedo de entregarse total y servilmente a su marido? ¿Temía ver aniquilado su propio yo por aquel déspota? ¿Era una resistencia momentánea a su inmenso egoísmo? La paz se restablecía siempre. ¿Como? Ni lo sé ahora ni lo supe entonces. ¿Cedía ella o la tirantez se destensaba por sí misma? Yo sufría mucho con estas disputas de mis padres. Era como si se desgarrase mi ser, dado que la imagen de mis padres estaba profundamente grabada en mi corazón. Ellos eran lo primero y lo único que yo había admirado desde que mis sentidos y mi razón se despertaron. Mi vida estaba en sus manos.

Yo amaba apasionadamente a mi madre. En ella se encarnaba el sueño de dulzura y amor que concebía en oposición al muro de cemento que formaba el egoísmo despiadado de mi padre.

Una vez, cuando mi madre estaba enferma sufriendo de mal de estómago, al venir el médico se me ordenó que abandonase la habitación. Yo me puse a sollozar en un rincón

del granero, apoyando el brazo contra el muro. Entonces noté que también yo sentía el dolor de estomago; el mal de mi madre se había convertido en mi propio mal. Mi padre acertó a pasar por allí casualmente y me preguntó la causa de mi sollozo. No le respondí. Le juzgaba indigno de una respuesta.

Mi padre fue siempre el extintor de nuestra alegría. Si se ausentaba en algunas ocasiones, como aquellas tardes de los domingos en que se dirigía al café del pueblo para jugar a las cartas, nosotros nos divertíamos aprovechando aquellos momentos para jugar ruidosamente. Pero tan pronto como sentíamos en la lejanía sus pesados pasos, las titubeantes llamas de nuestra alegría se apagaban. Nuevamente reinaba el silencio. Al darse cuenta de nuestro desconcierto causado por su presencia, se burlaba de nosotros preguntándonos: <¿Qué, ocurre algo?> Al advertir nuestros juegos nos los reprochaba con rudeza.

Es posible que radique aquí el origen parcial de mi aversión a la Iglesia de Roma que jamás permite que el hombre sea plenamente dichoso. Continuamente esgrime la amenaza del infierno: <Pensad en el infierno, porque siempre es posible que os condenéis.>

>

Esa iglesia que ha condenado con su < anathema sit > a la Reforma porque ésta predica a los hombres la gozosa seguridad de la salvación, basada tan sólo en la entrega de sí mismo por la fe al Salvador. Esa iglesia que intenta tener cautivos a sus fieles bajo su poder dictatorial, y si alguno se libera de su opresión y se convierte al Evangelio puro de la gracia soberana de Dios, le persigue con esta intimación: <¡El infierno te espera! Sé anatema!>

Yo conocí, pues, el sufrimiento en mi juventud. Sin embargo, en el cielo sombrío de aquella vida brillaron algunos rayos de luz. En contraste con esas tinieblas de amargura y de soledad, estos momentos están grabados en mí como instantes de indecible felicidad. Nací en Lomm, a unos kilómetros de Venlo, el 19 de Febrero de 1916. Fuí el quinto de los 12 hijos que tuvieron mis padres; tres de ellos, niñas, murieron a edad temprana. Una de ellas me seguía a mí en edad y yo la amaba de una manera especial. Aún recuerdo aquel día de sol; yo jugaba en la arena con una cuchara. La pequeña Gertrudis había bebido café de la cafetera que estaba sobre la mesa, recién sacada del fuego. Al abrasársele la garganta se asfixió por las ampollas.. No recuerdo su muerte. ¿He llegado a reprimir este triste suceso, o será que nunca lo comprendí? De todas formas, la pequeña Gertrudis vive en mi mente con un recuerdo impregnado de cariño. Yo la quería mucho. Lomm es una bella y pequeña aldea que apenas cuenta con 400 habitantes. Está situada entre el Mosa y la frontera alemana, escondida en el bosque. La rodea un escenario de gran belleza: el apacible valle de Mosa con olvidadas lagunas entre pinares. una serie de colinas cuya cima más alta se denomina audazmente <el Monte Blanco>; un arroyo que serpentea entre prados y oscuras frondosidades y que deja ver, bajo sus limpias aguas, las placas verdinegras del hierro que arrastra. En primavera solíamos coger en él la freza de rana escurridiza. Eran momentos de risueño placer. Los matorrales retallecían y sobre el marjal, la primavera ponía tonos de cobre.

Desde el <Monte Blanco> se ve, a lo lejos, Alemania. Una vaga melancolía emana de ese paisaje de extensos pinares.. Por todas partes, sobre los pueblos, se devanan en la altura las agujas sutiles de los campanarios.

¡Cómo amaba yo los pinares! En otoño acompañaba a mi hermano al pequeño pinar que poseía mi padre. Se abatían árboles y se reemplazaban por otros. Podíamos ver la carne viva de los troncos y aspirar el penetrante olor de la resina. Y, arriba, el sol dibujaba celosías de luz y salmodiaba el viento sus peculiares sonos melodiosos; porque la canción del viento en el pinar tiene musicalidad y tema propios: inspira nostalgia de lejanías perdidas.

¡Y la alegría del verano en nuestro pueblo! Entonces musitaba el trabajo su acompasado murmullo; cuando el trigo estaba ya maduro, me gustaba correr con los pies desnudos y los zuecos en las manos entre dos campos de trigo. Sobre mí, las espigas formaban una bóveda de oro y el sol bañaba mis cabellos, mis manos y todo mi cuerpo. Yo era entonces un hijo del sol, un hijo de la naturaleza.

Cuando llegaba el otoño era un placer tumbarse en el heno de los prados de cara al cielo, contemplar las nubes que pasaban rápidas, escuchar el murmullo del viento, hundirse en el olvido y, acunado en su seno, percibir los latidos de la madre tierra.

La vida de nuestro pueblo se centraba en la Iglesia. Disponíamos de una bella y antigua capilla cuyo campanario apenas si lograba despuntar sobre las encinas circundantes.

Debíamos ir a misa todas las mañanas. Que yo recuerde, tan sólo en una ocasión, en un día de frío intenso oí que mi madre preguntaba: <¿Dejamos a Herman en casa?> Escuchar a mi madre hablar así llenó de calor mi corazón. Ella se encontraba junto a la bomba de sacar agua y se entretenía en asear a los mayores. ¡Cómo puede un rasgo de cariño enajenar a un niño! En aquel tiempo, en la capilla, desprovista entonces de calefacción, se temblaba de frío.

En la Iglesia estábamos bajo la vigilancia del sacristán. Este se sentaba en un banco aparte, en el coro, y no nos quitaba el ojo de encima. Durante la misa solía leer en un manual toda clase de oraciones. Cuando había acabado nos decía con acento triunfal que una vez más lo había leído entero. Y entonces... volvía a comenzar. Este sacristán era un hombre típico: Hacía una oración a Santa Apolonia contra el dolor de muelas cuando a nadie le dolían, o una plegaria a San Roque contra los males de los animales domésticos, cuando ni a una humilde gallina de corral le blanqueaba la cresta.

Si nos inquietábamos (hablar, reír, mirar hacia atrás eran pecados cotidianos que confesábamos puntualmente en el tribunal de la penitencia), levantaba su dedo en forma amenazadora, para abatirlo lentamente después. Pero si nuestra conducta era ejemplar, nos obsequiaba con una manzana. Por merecerla, permanecíamos a veces tan inmóviles, que seguros de haberla ganado, la regustábamos con regocijo general mientras la boca se nos hacía agua.

El sacristán era un personaje muy importante para nosotros. Era herrero de oficio. Muy entrada la noche, aún se le oía golpear sobre el yunque. La Iglesia era casi de su propiedad. El guardaba las llaves, él tocaba las campanas y él cuidaba con esmero del sacerdote, él designaba también los acólitos para la misa. Nosotros le contemplábamos absortos y admirados. No extraña, pues, la respuesta de un muchacho a quien se le preguntó: <¿Quién es el jefe de la Santa Iglesia?> Impávido contestó: <¡El herrero!>. La verdad es que el herrero tenía para nosotros más importancia que el Papa de Roma.

Yo también conseguí ayudar a misa. No fue cosa fácil, porque el herrero se hacía rogar. Lo conseguí un día que lo sorprendí en la puerta de la Iglesia; dirigí a él mis ojos con mirada tan suplicante, que por fin cedió.

Ayudar a misa era una tarea que los demás envidiaban. Se aprendía bellas frases latinas; se podía tocar la campanilla casi a voluntad y se podían poner a prueba las fuerzas propias en el traslado del misal. Especialmente los días festivos, esto resultaba un magno acontecimiento. Entonces vestíamos sotanas bellas y fajines de seda roja. Durante la Semana Santa, después del Gloria del jueves, recorríamos las calles con una carraca para anunciar el ángelus, porque a partir de aquel momento las campanas no podían sonar más. Todas ellas, en efecto, se habían ido a Roma, si era verdad lo que se nos decía.

Sufrí mucho en aquella capilla. Tenía un viejo altar de estilo barroco presidido por un cuadro de Cristo crucificado, desnudo hasta la cintura. Yo creía que era una irreverencia contemplar el ombligo del Señor y apartaba avergonzado mis ojos del cuadro. Pero era tan grande y estaba tan céntricamente situado que siempre mis ojos tropezaban con él. Fue un gran combate el que hube de librar. No es que la imagen produjera en mí la menor idea sexual; pero el temor de mirar a Jesús con miradas poco castas me llenaba de espanto y de turbación. Llegué incluso a sentir repugnancia física en la boca y hasta en el estómago. Nunca revelé a nadie esta angustia. Como una muda bestezuela aguanté diariamente estas ansiedades y estos tormentos. ¿Pasaron otros por esta misma experiencia? Lo ignoro.

Yo era de un talante muy religioso. Recuerdo que un día, el más pequeño de mis hermanos se mofó del Nombre de Jesús. Estaba tendido sobre la cama, porque aun no iba a la escuela. Juzgué espantoso su atrevimiento. ¿Cómo osaba hablar así? Le hice vivos reproches pero él continuó la burla, irreverente, sin inquietarse por mis palabras. En otra ocasión en que me hallaba jugando con un mozalbete de mi misma edad, al ver que tenía todas las de perder, lancé defectuosamente la bola. Irritado pronuncié un juramento. Inmediatamente, me encogí aterrado. Mi compañero observó mi abatimiento, y aunque él tenía la costumbre de jurar hasta blasfemar pareció adivinar que una simple palabrota era para mí mucho más terrible que para él una grosera blasfemia. Se me acercó y mirándome me dijo: <¡Tú no puedes jurar!> A pesar de sus frecuentes blasfemias no pude replicarle. Creí que Dios me habló por su boca y comprendí que era grosero, vulgar y feo jurar por una simple jugada desafortunada.

Yo no era mejor ni peor que los demás, pero tenía una conciencia muy sensible al pecado. Desde luego aspiraba sinceramente a la santidad, especialmente después de haber leído varias vidas de santos. Tras la lectura me volvía extremadamente servicial y obediente. Hacía el signo de la cruz con mucho respeto y compostura. . Ayudaba a mi madre en su trabajo y ordenaba el granero. Un día en que me hallaba trabajando en él a la hora del ángelus, sonó la campana de la Iglesia. Antiguamente existía la costumbre de suspender en esos momentos el trabajo para elevar al cielo una plegaria, pero la costumbre había caído en desuso y yo la conocía sólo a través de la lectura de los libros piadosos. No obstante, en aquella ocasión interrumpí mi trabajo, uní mis manos y, sentado sobre un saco de harina recité una oración. En general esos periodos de extrema piedad no eran muy perdurables. Una mofa por parte de alguno de mis hermanos bastaba para derribar por tierra, como un castillo de naipes, todas mis buenas disposiciones en este sentido.

Particularmente interesante me resultaba aquella práctica piadosa que consistía en ganar la indulgencia de la porciúncula el día de todos los Santos y el día de los Difuntos. Esos días se pueden ganar varias indulgencias plenarias si se visita una Iglesia y se recitan estas oraciones: seis Padrenuestros, seis Ave Marías y seis Glorias. Pero cada vez es preciso visitar la Iglesia. Resulta imposible permanecer en ella y recitar un número determinado de veces toda la serie de plegarias mencionadas. Con esto sólo se gana una indulgencia plenaria y, en consecuencia, una sola alma será libertada del Purgatorio. Es necesario salir de la Iglesia y volver a entrar en ella. Solo así, merced a las mismas oraciones de la vez anterior, puede ganarse una nueva indulgencia plenaria. Entre los teólogos se discute qué debe entenderse por <fuera de la Iglesia>. A mi parecer, la mayoría de ellos opinan que se trata del umbral de la misma. Sea como fuere, para nosotros esta práctica tenía un encanto singular. Durante todo el año estábamos obligados a permanecer inmóviles en la Iglesia y la más ligera irreverencia se consideraba un pecado. ¡Y cuidado que es difícil para un niño permanecer media hora de rodillas! Pero en ocasión de la porciúncula nosotros podíamos entrar y salir de la Iglesia como si estuviéramos jugando al escondite. En una ocasión, cuando con más entusiasmo nos dábamos a nuestra devoción, una beata trató de impedirnosla, pese a que no molestábamos a nadie, ya que la Iglesia estaba casi desierta. Nosotros protestamos. ¿Acaso no hacíamos lo que nos había recomendado el señor Párroco? Corrimos en su busca y le referimos lo ocurrido. El sacerdote tomó partido por nosotros y el orden quedó restablecido. De nuevo pudimos ganar la indulgencia, y esta vez bajo la protección del reverendo. Las almas fueron liberadas del Purgatorio a pesar de las hostiles y atravesadas miradas de la piadosa beata.

Hice mi primera comunión en el pueblo de Arcen, porque Lomm, en aquel tiempo no tenía párroco. Recuerdo que la víspera, por la tarde, mi madre añadió un huevo duro a mi rebanada de pan con mantequilla ya que debía recorrer tres kilómetros hasta Arcen y permanecer allí largo tiempo en ayunas. Esta atención de mi madre me hizo el mismo efecto que su hubiese acariciado con su blanda mano mi cabeza.

El párroco que entonces explicaba el catecismo era el Reverendo Schram. Yo siempre me sentaba en primera fila. El Reverendo solía apoyar sus poderosos puños en mi banco. Un día en que él se encontraba de buen humor, me atreví a cosquillear sus manos con mi índice pensando que lo encontraría divertido. Pero ocurrió todo lo contrario. Me propinó una terrible bofetada de la que guardo tal recuerdo que aún me duele la cabeza cuando pienso en ella.

Este párroco hacía énfasis en algunos preceptos especiales y nos advertía que debíamos tener mucho cuidado en no contraer matrimonio mixto. Apuntando con su dedo índice al grupo de muchachas, les decía: <¡Nunca debéis casaros con un protestante!, Y las jóvenes, que no sabían lo que era un protestante ni lo que era el matrimonio, humillaban sus cabezas y prometían: <Nunca, señor párroco>. Después de esta promesa solemne, el párroco volvía su dedo al grupo de chicos: y entonces éramos nosotros quienes jurábamos que jamás pondríamos nuestros ojos en una muchacha protestante.

Al hablar de los Protestantes nuestro cura no era precisamente suave. Hablando de Lutero, nos decía que poco antes de su muerte, en una ocasión en que el reformador alemán estaba sentado con su esposa ante la chimenea donde ardía un fuego vivo,

Lutero dijo a su compañera: <¿Ves esas llamas? Pues yo arderé eternamente en el infierno porque he abandonado la Iglesia de Roma y soy demasiado testarudo para volver a ella>. Estas historietas se fijaban extraordinariamente en nuestras tiernas mentes infantiles. Llenos de asombro exclamábamos: <¡Qué ser tan perverso; qué ser tan estúpido: los Protestantes deben estar ciegos para seguir a un hombre tan depravado; todo un sacerdote apóstata; un verdadero demonio!>

Más tarde, en cierta ocasión en que el maestro del pueblo nos preguntó durante la lección de Historia quién era Lutero, nadie supo responderle. De improviso la contestación surgió en mi mente: <Fue un sacerdote apóstata>, grité desde mi banco. Nuestra escuela era estatal y el maestro protestó. Me dijo que yo no tenía derecho a exponer semejante opinión ni siquiera en el supuesto de que todos los alumnos de la clase fuesen católicos. Yo no comprendía ni una sola palabra de lo que me explicaba el maestro; me había limitado a decir lo que había oído al párroco. Algún tiempo después supe que a este maestro se le conocía como católico liberal. Cuando tenía once años comencé a decir a todos que quería ser sacerdote. Esta confesión mía causó cierto impacto en el pueblo. Y ocurrió algo parecido a lo que ocurre en un corral de gallinas: cuando una gallina cloquea las demás la imitan como si también estuviesen cluecas; pero pronto enmudecen. Mi hermano mayor afirmó que también él quería ser sacerdote; pero aquella vocación le duró muy poco.

Yo perseveré El muchacho que persiste en el ideal sacerdotal suscita muchas tensiones en la familia. Enseguida surgen las dificultades económicas. En mi caso, mis padres podían sufragar mis estudios a costa de grandes esfuerzos. Por otra parte, la vocación sacerdotal de un hijo halaga mucho a los padres. ¡Qué gloria la de tener hijo sacerdote! Por no parecer vanidosos se resisten a los deseos del hijo hasta que éste insiste una y otra vez. Por otro lado se produce un gran escándalo cuando el alumno que ha empezado los estudios sacerdotales renuncia a ellos y vuelve al pueblo. El escándalo se acentúa si el ex-seminarista llegó a vestir la sotana. Y, en fin, desde el púlpito se repite frecuentemente que los padres que obstaculizan la vocación sacerdotal de un hijo asumen una terrible responsabilidad. Se citan al caso historias de padres que fueron severamente castigados en sus propios hijos.

Capítulo II

¡DESPIERTATE, VIENTO DEL NORTE! ¡VEN, VIENTO DEL SUR!

El 3 de septiembre de 1928 fue un bello día otoñal. El sol, adormecido, parecía echar de menos su vigor veraniego. En aquella melancólica claridad los ruidos parecían apagados. La naturaleza tenía algo de familiar y se la sentía cercana. Sin la vitalidad exuberante del verano, parecía como descendida de su trono.

Las primeras hojas del otoño caían sobre el tranvía que me levaba a Nimega. Pero no tenía idea de que yo mismo hubiera entrado el otoño de mi vida caminando hacia el invierno sin que conociera primavera ni verano.

Yo ignoraba todo cuanto al matrimonio se refiere y creía todavía en la <cigüeña>. Las chicas me parecían seres extraños, parlanchines y risueños, de cabellos largos y molestos. ¡Eran tan felinas en ocasiones y tan increíblemente caprichosas! Uno se sentía, en verdad, un poco palurdo ante sus finos modales.

Mi entrada en el seminario de Haastrecht entrañaba la resolución de renunciar al matrimonio. Era, se dirá, una decisión demasiado importante para ser tomado por un muchacho de doce años. Pero, de hecho, yo no sentí la menor melancolía aquél día en que volvía para siempre mis espaldas a las jóvenes y renunciaba definitivamente a toda mujer.

Era un día glorioso para mí. Iba a estudiar latín, griego, francés y era el único muchacho de Lomm que podría hacerlo. Y me iba muy lejos. En Nimega debía tomar un tren con destino a Gouda. Al llegar a Nimega, mi padre me confió a un religioso que allí nos esperaba.

Estaba tan excitado como un pajarillo recién salido del nido. Los otros muchachos hablaban en correcto holandés, mientras yo me expresaba en un limburgués cantarín, un poco transformado para el gusto holandés. Tuve la impresión de no ser más que un pequeño campesino en medio de una refinada sociedad. Por eso me mantuve aparte en mi compartimento sin proferir una sola palabra.

Llegamos por fin al seminario y entramos en un vasto edificio desprovisto de estilo. Llevamos nuestra equipaje al dormitorio. El P. Alberto Pex, el director, controlaba toda aquella agitada juventud.

Al verme, me dijo: <¡Ah, tú aquí! ¡Creía que jamás te darían el permiso de ir!> Esta observación me humilló. Encontré penoso que se me recordase el duro combate que hube de sostener contra la voluntad de mi padre.

Recuerdo al P. Alberto como un hombre piadoso y honrado. Carecía de prejuicios y no tenía favorito alguno. Era un hombre delicado, pero también práctico. Inclinado a la vanidad, sabía dominarse perfectamente.

Recuerdo con claridad el hecho siguiente: un día, al finalizar en recreo, él nos vigilaba mientras los demás padres, a quienes debíamos seguir, subían ya los primeros peldaños de la escalera. El P. Alberto se dirigió a uno de ellos en alemán. El interpelado, en voz alta, para que pudiéramos oírle, le contestó: <¡Al diantre con tu alemán!> El director palideció. Silenciosos, esperábamos su respuesta, pero él se limitó a mirarnos sin replicar.

Había puesto en práctica sus propias enseñanzas sobre la humildad; se había dominado por amor a Jesús. No recuerdo apenas nada de sus charlas semanales; no era orador, pero yo no he olvidado jamás su muda predicación.

Una poesía del poeta holandés Federico van Eeden, <El viento del Norte>, me causó una fuerte impresión.

El viento sopla en las alturas sin conocer nada de los hombres.

Yo también, yo quiero elevarme con el viento del Norte
por encima de los rumores de las voces, por encima de las luces,
de las cales abarrotadas del mundo. Lejos de tibios contactos,
de la presión enervante de los hombres a mi alrededor.

Yo quiero ser libre, libre infinitamente.

No quiero junto a mí ni amor ni risas,
ni dulce voz, ni mirada de amigo,
ni caricias, ni tristezas, ni placer.

Yo quiero, solitario, subir con el viento del Norte,
que, sin cesar, sopla en la noche fría,
sublime e ignorante de seres

subir y ver desde la altura,
con fría mirada y con callada boca,
lo que sin cesar se hunde debajo de mí

Y si las pasiones que yo he amado,
se asen a mis ropas, elevando hacia mí
su rostro lloroso y me suplican
que no las olvide en la noche,
sin una palabra desataré sus manos crispadas
sobre mis ropas y, a su caída,
no temblaré por su choque ahogado,
sino que cantando, ascenderé en la noche fría.

Como una noche glacial despeja el espíritu, como el viento del Norte sopla apacible cuando las borrascas y las tormentas del Oeste no le alteran, así quería elevarme yo sobre las pasiones sofocantes. No quería sentir más las caricias de la vanidad, el calor placentero de la sensualidad, el temblor de las angustias y el encabritarse de la ira. Puse freno a mi fogoso caballo y mantuve firmemente sus riendas en mis manos. La disciplina ascética tiene sus alegrías propias. La vida interior corre por estrechos canales espiritualizados de claridades de plata, y confiere la paz que le es peculiar. Un día solicité del P. Alberto la autorización para subir a mi habitación y recoger un pañuelo. Era una petición razonable pero él, para probarme, me la denegó. La ira quemó mis ojos pero me calmé rápidamente: se me ofrecía una ocasión de dominarme. Sin proferir palabra, me retiré, no sin leer en los ojos de mi director espiritual una muda aprobación.

Aquel día me sentí verdaderamente feliz.

Desgraciadamente, seis meses después, el P. Alberto fue nombrado maestro de novicios. Perdí en él a un amigo que me ayudaba a escalar las altas cimas de la santidad.

A su sucesor, el P. X., no le tuve nunca alta estima. Era un sentimental, un carácter sin energía. Tenía debilidad por los muchachos de cara agradable. Llegada la hora de acostarnos, recorría las habitaciones y descorría las cortinas para ver si estábamos metidos ya en la cama. Con sus pequeños amigos se entretenía entonces mucho tiempo; de los demás, ni se preocupaba. A veces, le oíamos departir durante un buen cuarto de hora con alguno de sus favoritos.

Dos alumnos criticaron su conducta. Se quejaron de que les estorbaba el sueño con estas charlas. Y, además, se preguntaban por qué no trataba el director a todos de la misma forma. Él había recomendado, de modo terminante, que nos abstuviésemos de tener amistades particulares y una amistad así era causa suficiente para la expulsión del seminario. ¿Por qué, pues, se conducía él mismo de aquella manera? Una carta anónima notificó al P. X. estas críticas. Los dos alumnos recibieron público y ejemplar castigo. ¡No era verdad que el director tuviera favoritos! Nadie osó protestar contra este proceder pero muchos estábamos convencidos de la falta de honradez del director, que para ocultar sus debilidades había castigado injustamente a los dos muchachos.

El director era también nuestro padre espiritual. Debíamos, vis a vis, referirle el estado de nuestra vida interior. Me parece una disposición acertada. Durante los años de la adolescencia, más de una vez, el alma de un joven rompe sus amarras y se va a la deriva. Sentimientos confusos e inclinaciones extrañas, cuyo origen ignora, brotan en ella. Se despiertan en el joven instintos que le turban, su espíritu se desarrolla y, de golpe, se le presentan problemas para los cuales carece de respuesta. Me parece importante, sobre todo si los muchachos se desarrollan en la atmósfera confinada de un internado, que tengan una persona a quien abrir su intimidad. La forma cómo se practicaba esto entre los Padres Pensionistas la considero, empero, muy criticable.

Hela aquí. El director se sentaba en un sillón. Nosotros, en señal de respeto a su autoridad, nos arrodillábamos junto a él. El P. X. tomaba entonces nuestras manos y las ponía sobre sus rodillas y, como signo supremo de intimidad, extendía sobre nuestras cabezas y hombros los extremos de su capa. Difícilmente podrían tomar dos enamorados una actitud más tierna. ¡Afortunadamente los demás directores adoptaron una actitud más viril!

El P. X. carecía de intuición psicológica. Atribuía siempre mis faltas a mi temperamento nervioso. Yo encontraba magnífica esta explicación. Mis nervios me servían, en consecuencia, como excusa de una multitud de desagradables manifestaciones de mi carácter. No hacía ningún esfuerzo por dominar los susodichos <nervios>. Sentía, por el contrario, una secreta satisfacción al ser considerado un manojo de nervios.

El subdirector, P. Fidel, me comprendía mucho mejor. Un día, en que él vigilaba el comedor fuí, una vez más, causa de un revuelo y me envió a la puerta del refectorio. En ella terminé de engullir un bocado con gesto tan cómico, que mis compañeros prorrumpieron en risas. Esto desagradó vivamente al P. Fidel y me castigó severamente.

Cuando más tarde fui a presentarle mis excusas, me contestó: <No juzgué grave la falta por la que te envié a la puerta; grave fue lo que hiciste después. Lo hiciste solamente para darte importancia. Ten cuidado porque tienes la propensión a hacerte notar y quieres resaltar siempre tu personilla>

Sus palabras fueron severas, pero su tono cordial. Una reprimenda así, poniendo al desnudo los móviles ocultos de una acción, es siempre beneficiosa. Tuve la impresión de que el P. Fidel tenía una mano firme, muy apta para dirigir. Le tenía siempre gran estima. Era un hombre entero, piadoso y fuerte. Tiempo después de lo referido contrajo abscesos en las rodillas y durante años sufrió mucho de esta enfermedad. Le dolía mucho pero siempre soportaba de forma ejemplar el dolor

Trimestralmente recibíamos un boletín con las notas de piedad, obediencia, buena conducta y aplicación. Conferir notas a la piedad refleja una extraña mentalidad. ¿Puede calcularse matemáticamente el amor que un hombre siente por Dios? ¿No es esto llevar la doctrina de los méritos al extremo? Las calificaciones eran una especie de salario, más o menos elevado, que recibíamos cada tres meses. El salario dependía siempre del domino de la virtud que cada uno aparentaba.

Algunos alumnos recibían siempre excelentes notas de conducta. Recuerdo especialmente a uno de ellos. Observaba minuciosamente el reglamento de la casa. Cuando íbamos en fila debíamos cruzar los brazos, mantener la vista recogida y nos estaba prohibido reír, hacernos señales y, sobre todo, hablar. Aquel muchacho llevaba siempre la cabeza baja; el rostro, de rasgos tensos, daba la impresión de una seriedad anormal; se mantenía siempre aislado y rehuía toda compañía. Nos lo proponían como modelo y tenía una aureola de rigurosa santidad. Sus notas fueron siempre las mejores.

Pero, ¡oh catástrofe!, un buen día se fue antes de terminar sus estudios, ¿se fue voluntariamente o le expulsaron?. Fue como si el cielo se hubiera derrumbado, como si una pálida estatua de santo de yeso hubiera saltado, de repente, sobre los lirios encendidos a sus pies y, en plena feria, se hubiera puesto a bailar con la primera chavala que le saliese al encuentro. Seis meses después fue encarcelado por atentar contra menores.

¡Pobre joven! Fue la víctima de un falso sistema. Durante años enteros, a fuerza de voluntad, había reprimido toda sensualidad y evitado cualquier placer carnal. Quiso ser puro hasta en sus más íntimos pensamientos. Pero, con el correr del tiempo, las olas de la sensualidad rompieron contra el dique que las contenía. Desear una muchacha era la cima de la deshonra, el sumo pecado para el seminarista que él fue. No podía admitir que creciesen en él, aureolado de santidad, tales inclinaciones. Estimó que la propensión hacia un niño agraciado era menos deshonesto. Solicitado constantemente por la pasión sexual, su punto flaco, cedió al fin. Un tifón devastador destruyó toda su santidad. ¡Qué tristeza! Y, al fin y al cabo, él no había hecho otra cosa sino seguir las normas de conducta que le indicaron sus superiores. Según la opinión del seminario, estas normas debían proporcionarle una alta morada en la casa del Padre. Pero terminó, aquí en la tierra, en la celda de una prisión por un vulgar y torpe delito.

Este hecho enardeció mi estima por el Evangelio de la gracia misericordiosa. Instintivamente, presenté el peligro inherente a la doctrina del mérito de las buenas obras.

El P. X. tenía la manía de la devoción mariana. Se había conquistado la reputación de ser un hijo de María. En realidad se le trataba con consideración especial, porque la devoción a María se conceptúa como un favor del cielo.

En todas sus predicaciones tocaba siempre el tema de la devoción mariana. Repetía sin cesar los mismos ejemplos hasta el punto de que, pronunciadas las primeras frases, añadíamos nosotros el resto.

El P. X. estimaba que su celo por María le proporcionaría su protección y su bendición. Ella le recompensaría por haber extendido, con todas sus fuerzas, su devoción. Devoción que le servía en realidad, para dar rienda suelta a su innato sentimentalismo. Nos hablaba de María en términos dulcísimos. María era nuestra querida, nuestra tierna mamá a quien debíamos consagrarnos en cuerpo y alma. Con acentos tan cariñosos que derretía el alma, decía: <¡Querida Mamá, querida Mamá, rogad por nosotros!> Sin cansarse, repetía que un hijo de María no perecería jamás. Y, como remate final, añadía que es prácticamente cierto que quien no ame a María se pierde en el infierno. Guiado tal vez por el miedo de la condenación eterna, me entregué de lleno a la devoción mariana. Me figuraba la más bella y la más amable macacina del mundo entero, diciéndome: <Así es María y aún incomparablemente más bella, más amable y más graciosa>. Conseguí destilar dulzarrona piedad o, en términos católicos, logré tener una piedad sensible.

Esta tensión sentimental me dominaba durante horas o días enteros. Después se sucedía un agotamiento nervioso y detestaba todo ejercicio de piedad. Me encontraba entonces vacío y me sentía como el hambriento a quien sólo se le da blandas golosinas hasta la náusea.

La formación de los jóvenes protestantes es muy distinta. Se les educa, exclusivamente, en la Palabra viva de Dios. Tienen libre acceso a Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida. ¡Qué vanos esfuerzos y dolorosos tormentos les son ahorrados! Estimo que ellos mismos no aprecian debidamente sus privilegios.

Pero debo añadir, en honor a la verdad, que no todos los seminarios menores son semejantes a aquel seminario de Haastrecht. La situación es allí especialmente mala y he aquí la razón. Los Padres pasionistas desmembraron prematuramente de la provincia religiosa de Bélgica sus casas de Holanda, con las que formaron una nueva. Esto les obligó a contentarse en Holanda con los hombres que tenían. En circunstancias normales es muy probable que no hubiesen designado nunca al P. X. para un puesto para el que carecía de aptitud. Esto no impidió que muchos jóvenes fueran sometidos a su dirección. ¿No fue una grave irresponsabilidad sacrificar tantos jóvenes para los intereses de una Congregación?

En el seminario no podíamos tener ningún amigo. Debíamos mostrar con todos el mismo afecto. Detrás de toda inclinación peculiar se suponía siempre inclinaciones eróticas. En aquél seminario se confundían, pues la amistad con el amor.

Quizás fuera acertada esta forma de juzgar. El erotismo del seminarista, que busca siempre una salida, no puede fijarse en una joven porque en un seminario, son tabú. Como consecuencia, el irreprimible instinto amoroso puede desviarse hacia un pequeño, que, en su exterior o en su temperamento, tenga algo de femenino. Un bello rostro de niño puede, em estos casos, encender en un joven una pasión amorosa.

Yo supongo que esta efectividad rara veces degenera, a esa edad, en sexualidad brutal: La efectividad y la sexualidad están todavía separadas y sólo se confundirán con el perfecto desarrollo de la personalidad. Pero existe el peligro de que el erotismo se desvíe definitivamente y surjan más tarde en el adulto tendencias homosexuales. El peligro de esta perversión era en aquel seminario todavía mayor, porque se nos prevenía continuamente contra él. Frecuentemente, las conferencias o los sermones versaban sobre este tema y despertaban sin cesar nuestra atención. La amistad particular adquiría un matiz de misterio. Sobre ella se cuchicheaba en los recreos. El joven, que gusta del riesgo, ama también la aventura; el hombre gusta de jugar con fuego y el fruto prohibido encierra siempre un gran atractivo.

Con otros dos muchachos me aventuré en este terreno prohibido. Vivimos un pequeño romance amoroso. Teníamos nuestro propio calendario. Nuestra era comenzaba el 3 de marzo de 1933 (3-3-33). Contábamos siempre a partir de esta fecha; así, por ejemplo: IV-II del año a.f.c., <a foedere condito>, es decir, a partir del año del pacto establecido. Nos escribíamos breves cartas y teníamos un alfabeto convencional, a base de señales con los dedos, con el que nos comunicábamos mutuamente; y habíamos sellado nuestro pacto de eterna amistad con la sangre de un pequeño corte hecho en un dedo. Durante mucho tiempo vivimos en un mundo imaginario.

Yo estuve más o menos enamorado de uno de los dos jóvenes. Ya no era solamente la aventura lo que me cautivaba; gozaba también con su proximidad. Me invadía una sensación de dicha cuando enlazábamos nuestras manos.

Esa vida de perfumes de rosas y claros de luna duró unos tres meses. Pasado este tiempo, caí en la cuenta de lo ridículo de nuestra situación. Entonces, revelada mi propensión al amor, me pareció evidente que no podría ser jamás religioso y que debería contraer matrimonio como la mayoría de los hombres.

Por tanto, el 19 de junio de 1933 abandoné definitivamente el seminario y volví a mi casa. Esta decisión supuso una gran decepción para mi madre. También para mi padre. El había pagado ya cinco años de mis estudios y concluidos estos, un año después yo sería religioso y más tarde sacerdote. El honor del sacerdocio le atraía y estaba dispuesto a costear el último de mis estudios en el seminario menor, ya que la situación económica de la familia había mejorado, pues cuatro de mis hermanos le ayudaban en su trabajo.

Mi padre me negó toda oportunidad de realizar otros estudios. Fui simplemente incorporado al trabajo del almacén y de los quehaceres campesinos. Mi padre suponía que, de esta forma, me decidiría a reemprender los estudios abandonados. Supo jugar. Yo encontraba, en efecto, muy humillante el trabajar en el campo, frecuentemente bajo un sol abrasador y con vestidos sucios

Entonces comenzó para mí un nuevo conflicto íntimo. El matrimonio y la vida de familia me atraían sin dudas y el mismo director del seminario me había orientado en esa dirección. Sin embargo, consideraba una cobardía el no ser capaz de sacrificar la vida matrimonial y estimaba que reducido a un simple hombre normal y ordinario sería siempre inferior a mis compañeros, que me juzgarían con desprecio.

Tenía además otra dificultad. Cuando un seminarista renuncia a su vocación se produce siempre un cierto escándalo. Durante años se le considera un extraño al que difícilmente se le admite en la vida normal. ¿Por qué? Porque se juzga al sacerdote

como un hombre segregado de los demás. Desempeña una elevada función y, de hecho, vive separado de la vida de la comunidad. Es juez en el tribunal de la penitencia donde se le confiesan las debilidades más secretas y dispone del poder mágico de los sacramentos. Diariamente realiza el milagro de la transubstanciación y cambia el pan y el vino en el Cuerpo y en la sangre del Señor. Sólo sus dedos pueden tocar al Dios presente en el pan consagrado que los demás fieles no pueden tocar bajo pena de pecado mortal. El sacerdote es, pues, un hombre de otro mundo y el seminarista participa ya, de alguna forma, de ese mundo. por eso no se le admite fácilmente en la vida común cuando abandona el seminario, sobre todo si llegó a vestir la sotana.

Volvió a subyugarme el ideal de la santidad y de la ascética. El soplo puro y apacible del viento del norte me hechizó nuevamente.

Conseguí finalmente entrar en el colegio de los Padres de la Cruz, en Maaseick Bélgica. El 18 de septiembre de 1933 comenzaba en él mi último año de estudios secundarios.

Este colegio no estaba destinado exclusivamente para futuros sacerdotes. Los estudios estaban orientados con vistas a la obtención de un diploma de bachillerato, reconocido por el Estado belga. Los Padres de la Cruz trataban de formar buenos cristianos sin empujar a los jóvenes al ideal ascético de los religiosos. El espíritu era allí más libre.

Sin embargo, los métodos eran un tanto brutales. Algunos profesores infligían a los alumnos penosos castigos corporales. Un tal P. V. sembraba el terror en nuestros recreos. Recorría el patio gritando y sus ojos despedían fuego. Si algún joven infringía el reglamento se arrojaba sobre él y le golpeaba con manos y pies, cubriéndolo de cardenales. Llegó incluso a golpear, con un manajo de llaves, las cabezas recalcitrantes.

El silencio reinaba entonces en el Patio, mientras en nuestros corazones brotaba la inquietud. Nos parecía desleal y ventajista la forma como ejercía su autoridad. Abusaba de su inmunidad sacerdotal. Quien golpea a un sacerdote comete pecado mortal e incurre, además, según el Canon del Derecho Canónico n.º 2.343, en excomunión. No temía, pues, que nadie le devolviera sus golpes. Rechinábamos los dientes y nos limitábamos a hacer planes para derrocar al dictador.. Los más veteranos comentaban cómo en otros tiempos había sido abatido un tirano semejante. Un día, en el momento en que él comenzaba a golpear a un alumno, todo el patio se puso a abuchearle. Sorprendido, miró a los muchachos a los más próximos. Entonces aumentó el griterío que se dejó oír en las calles vecinas. Durante veinte minutos siguió golpeando de los jóvenes golpeados se escuchaba el alarido de los demás, dispuestos a no ceder a ningún precio. Era un frente unido de resistencia. Los muchachos estaban seguros de su victoria. Finalmente, cedió el Padre y, bramando de ira, abandonó el patio. Otro profesor, que gozaba de la simpatía de los muchachos, restableció el orden.

Mientras yo estuve en el colegio no se produjo nunca un hecho semejante. El P. V. supo mantener su régimen de hierro. La Iglesia de Roma no debe asombrarse si, en Bélgica, muchos de los jóvenes formados en esta disciplina la abandonan más tarde y se convierten en decididos anticlericales. Esos jóvenes han sido, con frecuencia, profundamente heridos en su dignidad al ver un sacerdote, con flagrante abuso de su

autoridad espiritual, infligir semejante castigo público y físico a un compañero indefenso.

El Prior, P. Huvenaers, era un hombre de gran corazón. Cuando aparecía en el patio de recreo todos le rodeábamos. Era un padre para todo estudiante en dificultad.

Corría el año y se me planteó la espinosa cuestión: ¿En qué orden debía entrar? La de los Padres de la Cruz me parecía un tanto decaída y mundana. Intuí que en ella peligraría mi vocación. Contando con lo radical de mi carácter, consecuencia de mi primera educación, no encontraría la paz en dicha congregación.

Yo hubiera preferido volver con los Padres Pasionistas pero éstos tienen el principio de no admitir jamás a quien les abandonó una vez.

Me decidí entonces por los Redentoristas. Esta Congregación no es tan severa como la de los Pasionistas y gozaba entonces de buena reputación. Mi madre había tenido siempre especial devoción por San Gerardo de Majella, hermano lego de los Redentoristas. Muchas veces había acudido con mi familia a Wittem, lugar de peregrinación consagrado a este santo.

El 16 de agosto de 1934 entré en el noviciado de 's Hertogenbosch (Holanda). Den Bosch.

Capítulo III

¡Pues, muy respetadas gallinas!

El 16 de agosto de 1934 recorría las calles de 's Hertogenbosch (Holanda) un grupo de jóvenes. Estaban nerviosos y se creían gente importante porque les había llegado la hora de entrar en el convento. Pensaban que todos debían comprender su alegría con solo verles y, si alguien ignoraba su presencia, alborotaban con todo entusiasmo. Se dirigieron a un excelente restaurante, pidieron el vino más caro y se pusieron a charlar en alegre algarabía. Suspical y receloso, el camarero les miraba con desconfianza; pero al partir le dieron tal propina que, tras quedarse boquiabierto, les dirigió la más amable de las sonrisas y la más profunda de las reverencias.

Los jóvenes se dirigieron después al convento de la calle de S. José y llegaron a él con quince minutos de antelación respecto a la hora fijada. Entretuvieron el tiempo paseando por la plaza del Cardenal van Rossum, gozando de su última libertad; instantes después quedarían encadenados para siempre al perder el precioso don de la autodeterminación. Ligados por mil lazos de la regla monacal, serían sus superiores quienes dispondrían de ellos. En la Regla de los Redentoristas se dice: <Los religiosos no se mostrarán jamás reacios, no se excusarán jamás, no contradecirán nunca. Se comportarán como si careciesen de voluntad propia y deben ponerse enteramente en manos de quienes les dirigen. Las palabras <yo quiero> o <yo no quiero> están completamente desterradas de nuestra Congregación>. (Const. 285).

Lentamente, las campanas del reloj dieron las siete. Uno de los jóvenes tiró de la campanilla conventual y se abrió entonces la puerta, para cerrarse enseguida a sus espaldas con un golpe seco, cuyo eco se perdió en el silencio de la plaza van Rossum. Inquietos en el oscuro corredor, los muchachos guardaban absoluto silencio; sin hacerles esperar mucho, llegó el P. Maestro, les saludó y les dio la bienvenida.

El noviciado consiste en un año de prueba; durante ese tiempo los novicios son sometidos a distintas pruebas que deben mostrar su aptitud para la vida religiosa.

El noviciado inicia a los jóvenes religiosos en la vida conventual y en el camino de la perfección. La vida perfecta consiste en la ascética y en el ejercicio de la oración. Con la ascética se esfuerza el religioso en someter al hombre carnal. La agitación de las pasiones e instintos debe ser dominada por una severa disciplina. El <hermano asno>, nuestro cuerpo, debe aceptar el dominio del espíritu.

Unos días después de nuestra llegada fuimos convocados a la habitación del P. Maestro. Ibamos a conocer uno de los secretos de la vida monacal: la flagelación..

Dos veces por semana, las tardes de los miércoles y viernes, los Redentoristas se flagelan en común. Los religiosos se sitúan en el pasillo, ante las puertas de sus habitaciones, rezan algunas oraciones y, apagada la luz, se desnudan. Se entona entonces el salmo 51, <Miserere mei Deus>, y comienza la flagelación. Terminado el salmo se recita la Salve Regina y otras plegarias. Todo ello dura apenas unos diez minutos. Se canta después el himno de Simeón y, a las palabras: <luz de los gentiles>, se enciende de nuevo la luz. La flagelación se practica con un haz de cordones, cuyos extremos se endurecen con resina.

En su habitación, ante los novicios, el P. Maestro tenía una gran dificultad: debía indicarnos la parte del cuerpo que debíamos golpear. Nos dijo que en ciertas órdenes se acostumbra a azotar la espalda; pero esto le parecía peligroso, pues la espalda se hiere y sangra con facilidad. Suavizó entonces su voz y con temblorosa timidez nos dijo: <La Congregación de los Redentoristas ha decidido que sus miembros se flagelen en la parte del cuerpo donde la espalda recibe otro nombre. Golpear dicha parte no entraña ningún peligro para la salud>. Nos explico a continuación cómo podíamos desnudar dicho lugar sin desvestirnos por completo. El método más práctico y fácil consistía en subirse la sotana hasta la cintura y desabrocharse los cinturones o tirantes; la ley de la gravedad haría el resto.

Quizás se irriten los Redentoristas al ver revelado este secreto. Pero si se avergüenzan de él, ¿por qué mantienen esta maceración? ¿Existe algo en su Congregación que no pueda soportar la luz bíblica?

La primera vez que me flagelé me pareció una acción muy humillante. Siempre me había encolerizado al ser golpeado y héme aquí azotándome yo a mí mismo y a sangre fría.

Ciertamente, el fin perseguido con esta mortificación era elevado. Se trataba de convencerse del propio estado de culpabilidad ante Dios. Debíamos considerarnos dignos de los golpes a causa de nuestros pecados y expresar la sinceridad de nuestro arrepentimiento con aquella dolorosa mortificación, Era, además, una imitación de los sufrimientos de Jesús y de su propia flagelación.

Indiscutiblemente, esta práctica es criticable. Si el dolor es muy vivo no se piensa en Dios en el cuerpo. La flagelación puede reabrir heridas de la niñez, cicatrizadas ya en el alma: quienes han sufrido frecuentes correcciones públicas de sus padres o de otros, adquieren un complejo de inferioridad que puede así agravarse. Y yo estoy convencido de que una humillación ante los hombres supone siempre una humillación ante Dios. Por lo demás, se recrudecen los tormentos del alma, aunque es innegable que uno se acostumbra al castigo y éste pierde su carácter humillante. Y dado que los Redentoristas ocultan tan celosamente esta práctica a los demás, me pregunto si no están ellos mismos convencidos de que lesiona el sentimiento legítimo de la dignidad humana.

Otra mortificación era llevar cilicio. El cilicio consiste en unas cadenillas provistas de púas, cuyas puntas han sido embotadas para que no puedan herir. Se suelen llevar en el brazo, en el muslo o en la cintura y, entre los Redentoristas, de las nueve hasta la una de la mañana. Para mí era una prueba penosa, aunque al quitármelo sentía una sensación tan placentera que casi me compensaba de los dolores precedentes. Durante el almuerzo se practicaban otras humillaciones. Algunos religiosos se tumbaban en el suelo ante la puerta del comedor para que los demás, al entrar, pasasen sobre ellos. Otros se suspendían una piedra al cuello con los brazos en cruz o se arrodillaban sobre las palmas de las manos con el rosario entrelazado en los dedos. Esta última penitencia duraba escaso tiempo a no ser que se hiciera en la propia habitación. Y no faltaba quien tomaba una escudilla y se dirigía a los padres sentados a la mesa, quienes la llenaban con cucharadas de sopa. Era lo que se llamaba mendigar. Pero la suprema humillación consistía en lamer el suelo con la lengua. Nosotros la llamábamos <tiralíneas> y los más ingeniosos trazaban signos hebreos, escribiendo el nombre de Jehová. Cuando todo había terminado, el superior

hacía una señal, besábamos el suelo y comenzábamos a comer. Algunos lo hacían de rodillas o sentados sobre el pavimento.

Al día siguiente de nuestra entrada en el noviciado debíamos entregar el dinero al P. Maestro. No recibió demasiado, porque, como queda dicho, preferimos ser espléndidos con el camarero del restaurante. En el noviciado éramos pobres absolutos y no podíamos decir <mis hábitos>, <mi habitación>, sino <nuestros hábitos>, <nuestra habitación>, etcétera. Debíamos convencernos de que pertenecíamos a la clase social desprovista de todo y de que no teníamos derecho a disponer de nada.

El reglamento del noviciado comprendía una serie de minuciosas estipulaciones que limitaban al máximo nuestra libertad. No podíamos tocar las plantas ni las flores ni podíamos mirar jamás a través de las ventanas. Esta última prescripción era para mí un verdadero tormento. ¡Me gustaba tanto contemplar un trozo de cielo azul! Mis ojos se iban derechos a la ventana. Un día le confesé al P. Maestro la tensión que provocaba en mí dicha disposición y me contestó que me bastaba con abstenerme de mirar las ventanas <abiertas>.

En cada convento redentorista establece la regla un <celador> religioso encargado de controlar la conducta de los demás. Durante la meditación de la tarde podía entrar en las celdas sin previa llamada para fiscalizar lo que en ellas ocurría. Semejante privilegio me irritó al principio, pues juzgaba que era un atentado contra la libertad personal entrar así en las habitaciones privadas. ¿No existía ni un solo lugar en todo el convento donde yo pudiera ser yo mismo? Me extrañaba, además, la necesidad del celador. ¿No habíamos entrado en el convento en virtud de una decisión personal? ¿Por qué, pues, un régimen semejante al de una prisión, donde el carcelero puede entrar en las celdas en cada momento? Tiempo después supe el porqué: la experiencia enseña que muchos religiosos pierden su primitivo fervor y necesitan que la opresión les obligue a mantenerse en la estricta observancia religiosa. En aquel tiempo existía, además, entre los redentoristas, un celador secreto, nombrado por el superior y desconocido de los otros. Este debía referirle las faltas de sus hermanos. ¿Se pensó más tarde que semejante uso implicaba un procedimiento policíaco? Quizás, ya que se abolió y el celador se nombrada en presencia de toda la comunidad. Su obligación era contar al superior cuanto supiese de los demás pero, al menos, se conocía al espía oficial y podían tomarse, en su presencia, toda clase de precauciones.

Cada viernes teníamos capítulo de faltas. Cada religioso debía confesar públicamente las faltas cometidas contra la Regla durante la semana. Si se omitía alguna, el celador tenía derecho a acusar paladinamente al culpable, el lunes siguiente, después del almuerzo. El delincuente, de rodillas, recibía un castigo.

El P. Maestro, por su parte, podía someternos a otras afrentas de su elección. En su absoluto poder, le era lícito dar rienda suelta a su fantasía y rebajarnos de las formas más originales. La más frecuente consistía en hacer afeitar la cabeza a cualquier novicio. Lo llamábamos <cepillar al milímetro>. Entre las humillaciones que sufrí, recuerdo que en una ocasión se me ordenó arengar a las gallinas del corral. No recuerdo qué les dije pero lo cierto es que ellas no concedieron importancia alguna a mi discurso. Cacareando, se alejaron de mí. Perseguían los animales una babosa y mi heroica humildad fue incapaz de inspirarles un mínimo de tolerancia o de

generosidad. Y, celoso, lanzaba el gallo sus quiquiriquíes por encima de mis espaldas, con el aire de quien quiere dominar el mundo entero.

Nadie me vigilaba y, sin embargo, por absurdo que parezca, obedecí. Desobedecer hubiera significado renunciar a mi alto ideal de perfección. Mi presencia en el convento hubiera carecido de sentido al volver la espalda a la meta de todas las privaciones y mortificaciones.

Este hecho no debe compararse con una broma de estudiantes. Existía en él un plan preconcebido. Me hubiera aliviado saber que los demás novicios me observaban tras las ventanas, estallando en risas. Pero no, allí todo era perfectamente serio. Después, en el recreo, nadie me hizo el más leve comentario. El silencio contribuía a mi humillación. Era preciso evitar que cualquier chanza diera importancia a mi caso. Y yo debía comprender que nada tenía que decir. Era totalmente normal que yo hablara con las hermanas gallinas. ¿No era yo, después de todo, un animal?

Todos los días debíamos leer, durante media hora, unas páginas del libro ascético <La vida de Perfección>, del P. Alonso Rodríguez S..J. obra en doce tomos si no recuerdo mal. Este autor desarrolla, para sugerir la humildad, temas un tanto decepcionantes. Por ejemplo, la necesidad que tenemos del pañuelo o del W-C. debe servirnos para convencernos de nuestra pequeñez.

Para persuadir a los religiosos de que deben franquearse a su superior o director espiritual, argumenta así el P. Rodríguez: <La apertura de la conciencia al superior o al director espiritual es una fuente de paz y de consolación>. Para probarlo aduce un versículo del salterio: <Mientras yo callé, mis huesos se licuaban, yo gemía todo el día> (Ps. 32,3), palabras que hablan, en realidad, de la confesión a Dios. La apertura de nuestra conciencia al superior, siempre según el autor, sería una señal de confianza y estima que nos atraería su afecto. Confesarle nuestras tentaciones, acto sobremanera agradable a Dios, nos permitiría triunfar sobre ellas con toda seguridad. Consecuentemente, nadie debía callarlas so pretexto de conocer el método de combatirlas por haberlo indicado el mismo superior en ocasiones precedentes. Dios, en efecto, enseña el P. Rodríguez, colabora con el superior y los medios que él indica y no con los que empleemos por propia iniciativa. En fin, el escritor afirma que el temor de manifestar un pensamiento al superior, prueba categóricamente que dicho pensamiento proviene del demonio.

Un librete devoto que leí con avidez en el noviciado fue el de Teresa de Lisieux: <Pensamientos y consejos> He aquí algunas citas:

En el día de mi conversión entró el amor en mi corazón y experimenté la necesidad de olvidarme de mí misma y desde este día fui enteramente dichosa>.

<Todo lo haré por Jesús. Y si nada puedo ofrecerle, le ofreceré esta misma nada>.

<El amor no consiste en sentir, sino en olvidarse de sí mismo>.

<Si me asalta la sequedad y me es imposible ejercitarme en la virtud o en la oración, busco pequeñas ocasiones, naderías, para contentar a mi Jesús; por ejemplo, una sonrisa, una palabra amable cuando podría callar o enojarme. Si no tengo ocasión de demostrarle que le amo, quiero, al menos, repetirle frecuentemente que le amo. Esto no es difícil y mantiene el fuego del amor en mi corazón. Y si me parece que este fuego se ha extinguido, echo entonces sobre sus cenizas unas pajuelas y sé que se avivará nuevamente>.

<¡Oh este amor! Después de aquel día estoy penetrada y rodeada por este amor misericordioso! En cada instante me renueva, me purifica y no deja en mi ninguna huella de pecado>.

Este libro me apasionó y me pareció magnífico el ideal de su amor a Jesús que presentaba. Proporcionó a mi alma un alimento substancioso, cuyos efectos sentí largamente. Y aunque su lenguaje era demasiado femenino para que yo pudiera aceptarlo sin contrariar mi temperamento, este libro me indicó, además, la verdadera fuente del agua viva, la Escritura. Sólo en la Sagrada Escritura encuentra el hombre, en cualquier circunstancia, el sustento que su alma necesita.

Lentos y uniformes corrían los meses del noviciado. Los mismos ejercicios se repetían regularmente y nada, desde el exterior, turbaba nuestro retiro. Nuestra vida era como el agua quieta de un lago que ningún viento agita.

El noviciado ha dejado en mí una impresión de alegría. A causa de la austera disciplina monacal y del ritmo monótono de los ejercicios espirituales, la energía vital se concentra. En mi interior, yo estaba formando mi personalidad. Luchaba contra mis torcidas tendencias y me volvía enardecido, hacia la luz del amor divino.

Inscrito en un muro de nuestro noviciado estaba este texto: ¡O beata solitud, o sola beatitud! (¡Oh feliz soledad, oh sola felicidad!). A veces, siento todavía nostalgia de la paz de la vida monacal, del recogimiento de la celda, a solas consigo mismo y a solas con Dios. De la austeridad nace en el alma una gran serenidad. La ausencia de toda agitación aclara y amplía la visión del mundo. En la quietud de la celda monacal vuela el espíritu hacia remotas playas para respirar el perfume de las cosas y oír el latido del mundo. Ahora, las exigencias de los hombres nos reclaman sin cesar. Luchamos por el puro Evangelio y nos ofrecemos a quienes tienen herida el alma y fatigado el corazón. Vivimos al calor de la comunión con Dios y propalamos abundantemente su mensaje, en la esperanza de que un corazón yerto prenda el fuego del amor a Cristo. Sé que el deseo de la soledad no es bueno, porque es una huida y significa prostituir nuestra auténtica vocación. ¿No dijo Jesús en su oración sacerdotal: <Yo no te pido que los saques de este mundo, sino que los preserves del mal... Como Tú me has enviado al mundo, así los envío yo también a ellos>? (Juan 17:15-18)

Empero puede aprobarse legítimamente que en ocasiones deseemos olvidar cuanto nos rodea y aislarnos con Dios, porque el combate vital es agotador. Es indiscutible que en nuestros corazones prevalezca el anhelo del amor, que nuestro impulso más cordial no nos empuje a luchar sino a amar y que sólo en Dios podemos encontrar la paz total.

Estimo que en nuestras Iglesias puede satisfacerse cumplidamente esta aspiración de reposar en Dios con la creencia gozosa del retorno del Señor. Cuando Cristo regrese, el combate terminará para siempre. Todo conflicto cesará. Podremos amarle entonces con un amor ininterrumpido. El amor será toda nuestra vida. Dios mismo será nuestro sol. La fe se cambiará en visión. Será la contemplación cara a cara, que nada podrá disminuir o suspender.

Después de unos meses de noviciado, comprendí que una vida limpia de todo pecado no se consigue en un año. Entendí que el camino de la purificación, la vía purgativa de los místicos, es un camino de largo kilometraje. Pero carecía de motivos para

desanimarme, pues tenía ante mí, en perspectiva, muchos años de vida religiosa. El P. Maestro, él también me recomendó que tuviera paciencia.

El 8 de septiembre pronunciamos los votos de pobreza, castidad y obediencia. De los 18 que habíamos comenzado el noviciado, sólo lo terminamos 11. Los otros 7 lo habían abandonado o fueron expulsados.

Nos concedieron entonces una semana de vacaciones en el convento de Nimega. Después, partimos para Roermond - otra ciudad de Holanda - donde debíamos, durante dos años, dedicarnos al estudio de la filosofía.

Capítulo IV

La mística en la Iglesia de Roma

Aún más que en someter nuestras pasiones y nuestro cuerpo, nos esforzábamos en el ejercicio de la oración. La teología católica considera esta actividad como el fundamento de la vida espiritual o interior. Su meta es lograr un contacto amoroso, siempre más intenso y continuo, con Dios, Cristo y María.

La culminación de la oración es la contemplación mística. La diferencia entre la oración ordinaria y la oración mística suele expresarse con frecuencia, en la Iglesia católica, mediante esta imagen: la oración ordinaria se compara a un bote de remos que el alma debe empuñar si quiere navegar. Es preciso añadir que el bote y los remos son también un don de Dios, y que, por consiguiente, dicha oración es un gratuito favor del cielo.

La oración mística, por el contrario, se equipara a un bote de vela que boga sin esfuerzo cuando el viento sopla. El viento es el soplo del Espíritu Santo que produce en el alma una íntima unión de amor con Dios. El hombre no puede ofrecer ninguna resistencia a su influencia. El impulso del Espíritu Santo surge repentinamente y repentinamente puede también cesar.

El hombre es, pues, en la mística, objeto de una doble gracia: se le concede una unión sobrenatural con Dios y el medio para efectuarla. Tardíamente, ha sido considerada la contemplación como la manifestación característica de la mística. La coronación de ésta es lo que se llama el matrimonio con Dios.

La contemplación prescinde de todo raciocinio y no traduce sentimientos humanos como llamada oración afectiva. El místico deja al margen la oración oral y experimenta decidida repugnancia por cualquier fórmula de oración. La contemplación es una unión con Dios exenta de palabras; es un reposo en Él, la unión de toda la persona con Dios; es también la visión del objeto del amor, es decir, del Dios trino, de Jesús, de María. Estriba únicamente en situarse en presencia de Ellos, estar completamente absorto en Ellos. El místico no hace ningún acto especial de fe, de esperanza, de amor, de arrepentimiento o de adoración. Se sabe uno con el Amado y no hace sino contemplarle y gozarse en El.

En estos últimos años se ha hecho distinción entre contemplación adquirida y contemplación infusa. La oración contemplativa no sería, pues, posesión exclusiva de la mística y podría alcanzarse con la sola ayuda de la gracia ordinaria.

El P. D. sustentaba, ya en aquellos tiempos, que todo sacerdote o religioso debe tender a la vida mística, so pena de extinguir la vida interior o de correr el peligro de perder la vocación. Pero esta opinión, generalmente, se juzgaba discutible y extremada. Por eso nos sentimos decepcionados al enterarnos de que precisamente este Padre había sido designado para dirigir nuestro retiro anual.

Por mi parte, estaba de acuerdo con él. Una verdadera oración supone al menos, una contemplación adquirida. Como ha escrito el famoso teólogo de la Iglesia Reformada neerlandesa, el Dr. Abraham Kuyper en su libro <E Voto dordraceno>, es imposible cualquier oración sin mística.

Durante mi noviciado no experimenté jamás el sentimiento de una piedad mística. Los ejercicios de oración me resultaban muy penosos. Nos habían indicado diversos

métodos de meditación y, al atardecer nos leían consideraciones de diferentes autores sobre la pasión de Jesús. Debíamos proponernos luego las siguientes cuestiones: ¿Quién es el que sufre? ¿Por qué sufre? ¿Para qué sufre? Después teníamos que suscitar en nosotros sentimientos de atrición de nuestros pecados, actos de fe, de esperanza, de arrepentimiento, de amor y tomar resoluciones que enmendaran nuestras vidas. Yo respondía rápidamente estas preguntas, y, enseguida, mi imaginación volaba muy lejos de la capilla. Se me había enseñado que mientras yo no consintiera en estas distracciones carecía de culpa y que tan pronto como las aceptase incurriría en pecado venial. Con obstinación pues, me esforzaba en concentrar mi atención en la meditación del tema propuesto, mas aquel pajarillo inquieto se me escapaba de nuevo y volaba a países de ensueño.

La meditación duraba media hora y, dos minutos antes del final el lector debía golpear el banco, para indicar que toda consideración intelectual debía entonces cesar y dar paso a los afectos y buenos propósitos. El mismo lector, cuando sólo quedaban treinta segundos, añadía: <Encomendemos a Dios la Santa Iglesia y el bien espiritual y temporal de nuestra Congregación>. Nos restaba todavía tiempo para rezar, por estas intenciones, un padrenuestro y un avemaría.

Siempre cuando a mí me tocaba ser lector, sentía una gran angustia al tener que calcular estos minutos y más de una vez se fueron mientras estaba sumido en mis sueños que rompía el tintineo de la campanilla. Llegaba entonces el superior, mientras se cantaba la Salve, y yo creía que el sonido de la campana proclamaba mi oprobio.

Rompí con esta seca y razonada forma de orar, por primera vez, al iniciar mis estudios de teología. Con motivo de las bodas de oro conventuales el P. J., debía escribir una poesía. Era una magnífica mañana otoñal en el convento de Wittenal, (Holanda). Repentinamente, percibí, en aquella declinante naturaleza, algo del Dios eterno e inmutable. Le vi, en espíritu, como la fuente original de todo cuanto existe y sentí vivamente, en mí mismo, el lazo que unía a Él mi naturaleza creada. El sentimiento religioso se había despertado en mí.

Me resultaba muy difícil conciliar esta mística natural como mi fe cristiana. La meditación seguía siendo para mí una verdadera cruz. Mi imaginación divagaba por el mundo entero y apenas conseguía mantenerla en los estrechos cauces de la oratoria. Las piadosas consideraciones de autores católicos me dejaban hambriento. Eran ideas humanas y llevaban el cuño de una sensibilidad especial. No podían interesarme largo tiempo.

En 1940 se me ocurrió meditar la Biblia, convencido de que encierra la Palabra de Dios y no la de los hombres. Tuve que pedir la oportuna autorización, no porque estuviera prohibida su lectura, sino porque la Regla me obligaba a seguir el libro que leía la comunidad. Usar la Biblia con este fin no estaba permitido y exigía una concesión especial que me fue concedida.

Se produjo entonces en mí un cambio notable. La meditación dejó de ser un castigo para mi espíritu. La sola idea de que mis reflexiones versaban sobre la Palabra infalible de pisar un terreno sagrado. En aquellos textos, mi imaginación podía divagar incansablemente. Experimentaba, además, un santo temor dominado por el sentimiento de la presencia llameante de Dios, y, abatiéndose sobre mí, el amor del Padre me conmovía profundamente con su Palabra.

Meditaba preferentemente el relato de la Pasión. Cada frase me revelaba algo de la sublimidad del alma de Jesús en el sufrimiento. Jesús se descubría a mis ojos con su majestad, su misericordia, su pureza y su paz. Adquirí un sentimiento de intimidad secreta con Él, y podía contemplarle largamente sin decir nada. Sólo con pena podía arrancarme de esta contemplación. Todo me atraía en Jesús, porque entonces le veía y le amaba. Ya no era para mí una simple noción lógica ni el personaje un tanto vaporoso dulzón que me habían mostrado tantas imágenes. Un lazo nos unió a los dos, de alma a alma.

De alma a alma, en realidad, y, todavía, no de persona a persona. Esto sucedería después, cuando a través del puro Evangelio aprendí a ver en Jesús a mi único, perfecto y personal Salvador. Estimo, en efecto, que la vida mística sólo puede existir en la visión reformada de la justificación por la sola fe.

La doctrina romana contiene diversos elementos que frenan el acceso del hombre a la perfecta unidad del amor que caracteriza a la mística. El obstáculo principal es el dogma de que la gracia ya adquirida puede perderse es decir que ésta puede ser retirada. Cuando me sumergía en la contemplación amorosa del Dios trino o de Jesucristo, pensaba de repente, que el mismo Jesús con quien yo me sentía identificado por lazos de amor, podía apartarme para siempre de Él diciéndome: <¡Ve, maldito, al fuego eterno!> Ciertamente, mía sería la culpa y yo habría merecido la condenación por mis pecados, mas la sola idea de ser segregado de Dios de vivir en eterno odio contra Él turbaba mi comunicación con Él. Esta posibilidad proyectaba una sombra profunda sobre el amor que nos unía y me impedía reposar plenamente en Él.

Otro obstáculo se encuentra en el culto a María. Según la doctrina romana la devoción a María es el medio más seguro de la perseverancia. Desde el púlpito se dice que un devoto de María no perecerá jamás. Y, lógicamente, es también válida la afirmación inversa: quien no es un verdadero devoto de María, corre serio peligro de condenarse.

Sin embargo, y a pesar de todos mis esfuerzos, no conseguí tener una gran devoción a María. No era para mí mas que una criatura, una mujer, muy elevada de verdad, bendita entre todas las mujeres y yo no podía - tampoco lo afirma la Iglesia romana - encontrar en ella nada divina. Cuando le rezaba, mi oración tenía algo de violenta. No podía confiar plenamente en Ella ni entregarle todo mi ser.

Esta ausencia de devoción mariana me preocupaba. Recordaba los ejemplos leídos en <Las Glorias de María>, obra maestra de S. Alfonso María de Liguorio, doctor de la Iglesia y fundador de nuestra Congregación. Se citaba en el libro, entre otros relatos, el de dos religiosos, que, a pesar de amar a Jesús, se condenaron por ser mediocres devotos de María. Cuando durante mis meditaciones me entregaba a la contemplación de Jesús, una leve angustia me oprimía: <Tú rezas muy poco a María, me decía, y corres el peligro de ser separado definitivamente de Jesús>.

Me dirigía entonces angustiado a la Mediadora de todas las gracias y le suplicaba que me preservara de la condenación eterna. Después, cuando estimaba que le había dedicado ya suficiente atención, retornaba rápidamente a mi contemplación del Cristo revelándose a mi en la Palabra de Dios.

Más tarde intenté atribuir a María algo divino. Creía poder reconocer en Ella el principio pasivo de las cosas, es decir, el principio femenino de los seres, expectante,

receptivo y maternal, que se comprueba en toda creación en oposición al principio masculino, activo y creador. Por estos caminos esperaba poder encontrar una especie de unión mística con María que me permitiera rezarle con facilidad. En realidad bogaba en plenas aguas gentílicas.

Otro de los óbices lo constituye la afirmación católica romana de que las declaraciones y definiciones pontificias constituyen la fuente definitiva de la revelación. De cualquier forma que se juzgue esta doctrina, la Biblia queda rebajada, en consecuencia, al nivel de un libro de secundaria importancia, sin que las exhortaciones pontificias que aconsejan su lectura y estima cambien las cosas. Un católico no puede entregarse, en verdad, a la plena meditación bíblica. Todo cuanto en el Libro pueda leer - y en él se contienen las afirmaciones fundamentales de la Palabra de Dios - carece de auténtico sentido para él o está lleno de interrogantes. En efecto, desde el momento en que la Iglesia ha declarado el sentido de un pasaje de la Biblia, el católico debe renunciar a su propio parecer y adherirse a que la Iglesia enseña. Por consecuencia la Iglesia católica debería recomendar a los feligreses que meditasen las declaraciones pontificias y conciliares. Pero aquí se paga el hecho de que estas declaraciones están, por lo general, redactadas en un lenguaje abstracto y elevado y no pueden compararse con la Palabra de Dios, ya que no son sino formulaciones derivadas de áridas sistemas teológicos. Por lo demás, según la misma doctrina de Roma, los dogmas, infalibles según ella, no son, por tanto, palabra divina, sino declaraciones de un hombre a quien Dios preserva de error mediante la asistencia de su Santo Espíritu. Así, pues, no es Dios quien habla a través de ellos para dirigirse directamente al corazón de los hombres. Siguiendo esta misma enseñanza, los dogmas no hacen sino esclarecer la Palabra de Dios, sin constituir adición a la Escritura ni una extensión de la misma.

Existe, pues, en la Iglesia romana esta antinomia: una Biblia que no puede dar seguridad y unas definiciones eclesiásticas que no pueden dar vida. Resulta, así, que toda acción con vistas a conseguir que los católicos lean la Biblia está condenada al fracaso. Quizás, gracias a la propaganda, se logre un retallecer del entusiasmo por esta lectura, pero éste no durará mucho. ¿Quién puede leer durante años enteros un libro de importancia relativa que no ofrece plena certeza y que, además, puede suscitar dudas contra la doctrina enseñada por la Iglesia a la que se pertenece, lo que puede constituir un pecado mortal y motivar la condenación eterna?

Todas estas dificultades cesan ante la <sola fe>, la <sola gracia> y la <sola Escritura> de la Reforma. Por esta razón, su doctrina es muy apta para originar una auténtica vida mística, pues la <sola fe> afirma que el hombre no puede salvarse más que por la fe en Cristo, su único Salvador personal.

Entonces, la mística, en lo que tiene de más profundo, no es sino una dependencia total respecto a Aquél que es totalmente distinto y una relación personal con el Dios personal.

Por eso no es verdadera mística la que brota de la naturaleza, la mística que, por encima de las contingencias de las cosas, entrevé a Quien es Único. La mística natural no contempla más que la magnificencia del ropaje de Dios. Ella percibe el sello de la acción divina en la creación y puede llegar a provocar la conciencia del origen inmutable del Todo, y a rebasar en un éxtasis, como consecuencia, los límites

del propio yo y entrar en el reino del Real y del Inmutable. En una palabra, la realidad del Uno, de la Verdad y del Bien puede abrirse a los ojos de su inteligencia. Y, sin embargo, todavía no poseería el alma la esencia de la vida mística, aunque admita la existencia de un Dios personal, creador del universo y distinto de él. Porque la verdadera unión con Dios sólo se produce cuando se conoce y se encuentra al Dios vivo, al Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, al Dios Padre del Señor Jesús. No puedo ciertamente probar esta afirmación. Puedo únicamente asegurar que he vivido la experiencia de estas dos diversas místicas y puedo garantizar y medir su diferencia.

La mística auténtica no es solo una dependencia del Creador, sino también de Su Gracia. Así se cierra en nosotros el círculo de la unión con Dios. Por la sola razón de sentirse una criatura, el hombre tiende sus brazos hacia la altura y su alma aspira a la total comprensión de Dios. Se postra en adoración ante la majestad del Infinito y experimenta un impulso vital que le empuja hacia el Eterno, el Ilimitado, el Intemporal. Pero todo ello sin arrojarse todavía en los brazos del Padre.

Tarde o temprano comprenderá, aunque no sea más que por una sensación de inquietud, que vive sobre el vacío y que un abismo de tinieblas se abre bajo él. Es posible que un hombre, consciente de su filiación divina, viva mucho tiempo sin la convicción de su condición de pecador. Sucede esto porque la luz que baña su alma no es más que un reflejo del resplandor divino. No es más que el brillo de la majestad de Dios que le envía Su luz.

Sólo la doctrina de la <sola fe> confiere al alma una paz perfecta, una paz íntegra, paz de cielo y paz en la tierra. Por la <sola fe> confía el alma en salvarse por Jesucristo, muerto por la expiación de sus pecados y resucitado de entre los muertos para nuestra justificación. La confianza en Jesucristo es cuestión de vida o muerte, porque la salvación estriba y se apoya tan solo en Él. Por este motivo la fe penetra el ser en toda su profundidad. Alcanza lo más íntimo del propio yo, gobierna toda la persona y despierta las más profundas y vivas energías. Despliega la personalidad entera en una sola dirección, hacia Cristo.

Y esta tensión no es penosa ya que la <sola fe> lleva al alma hacia el amor misericordioso de Jesús. El alma contempla la indecible ternura de su rostro, recibe los rayos de su bondad y se reconforta con su alegría. Desde ese instante cesan las ansiedades provocadas por las tinieblas inferiores.

Debe observarse que no es el convencimiento en la autenticidad de la propia fe lo que salva, sino la fe en Jesús. El alma se libera así del angustioso cuidado de sí misma. Fuera de sí, permanece en la contemplación amorosa de su Salvador. Puede, pues, afirmarse que esta fe conduce a la mística auténtica.

<Sola gracia>. El hombre se salva sólo por la gracia. No puede merecer el cielo. Sólo la fidelidad de Dios le salva. <Quién cree tiene la vida eterna>. El creyente se sabe, pues, al abrigo de los brazos del Buen Pastor. Sabe que será siempre sostenido por la Gracia de Dios. Dios mismo ha tomado en sus manos su perseverancia. Dios no abandonará jamás la obra que ha comenzado. Nada puede cambiar su amor. Ningún temor del infierno puede enfriar el calor o atenuar la luz del amor del creyente.

<Sola Escritura>. Sólo la Biblia es la fuente de la revelación de Dios. La Biblia, luz y sombras, está abierta al creyente, como el puro don de Dios a la humanidad que busca la verdad. Ninguna tradición humana puede limitar su autoridad. El creyente

podrá encontrar en la comunión de los Santos, en la comunión de la Iglesia de todos los siglos, clara luz que le dará una más profunda comprensión de la Palabra de Dios. Sin embargo, la Biblia tendrá siempre la última palabra y a ella debe someterse cualquier otro juicio. El creyente puede inclinarse continuamente sobre la Biblia y, con dócil actitud, pedir la luz del Espíritu Santo, mediante la oración. El Dios vivo le habla a través del Libro y llena su alma de amor hacia Él, de dicha y de felicidad inefables.

Capítulo V

Tinieblas, agotamiento, neurosis

Estaba finalizando el mes de septiembre. Terminada la misa del Espíritu Santo para implorar la bendición divina sobre el nuevo año escolar, nos encontrábamos sentados en los bancos de un aula.

El profesor Boelaers leía el discurso inaugural. Acababa de terminar sus estudios en Roma y éramos, pues, sus primeros cobayos. Desarrollaba el tema: <Filosofía y contemplación del mundo>.

Tenía ante mí un papel blanco, pero era incapaz de tomar nota alguna. Me sumí en un estado de ansiedad y de verdadera hipertensión. En el seminario menor corrían toda clase de relatos sobre las dificultades de los estudios superiores. Uno de nuestros profesores nos había hablado de un estudiante que sollozaba sobre sus libros porque era incapaz de comprenderlos y debía, pues, renunciar a su ideal sacerdotal. Recordaba también otras anécdotas por el estilo y, sobre todo, las que hablaban de alumnos de gran brillantez en los años de humanidades y que se revelaban incapaces para comprender la filosofía o la teología.

Después de la conferencia cambiaron impresiones los estudiantes, abundando sobre el tema, lo que recrudesció todavía más mi angustia. Pensaba: <¿Ves? Hasta los menos dotados han seguido la disertación. Tienes que convencerte de que eres un estúpido>.

Y, sin embargo, el estudio de la filosofía llegó a interesarme tanto, que desapareció toda ansiedad. Aprendía con entusiasmo los vocablos técnicos de la filosofía tomista: <materialiter, formaliter, fundamentaliter, simpliciter, secundum quid>. Con esmerada atención observaba cómo los alumnos de segundo curso refutaban una objeción con la fórmula mágica: <simpliciter>, tiene Vd. Razón; pero <secundum quid>, está Vd. En un error. La objeción quedaba rechazada.

Me esforzaba sobre todo, en alcanzar el más alto grado de abstracción. Para ello eliminaba de mis concepciones todo elemento imaginativo y conservaba, tan solo, las nociones puramente intelectuales. Me interesaba preferentemente la metafísica, la ciencia del ser. Me atraían con predilección, las nociones transcendentales: la verdad, el bien, la unidad.

El profesor Boelaers sostenía que la más alta cima filosófica que el hombre puede alcanzar es la intuición del ser como tal. Sin esta percepción, decía, la filosofía se reducirá a un simple juego de conceptos y no sería sino logomaquia.

Esta experiencia debía tener, pues, pensaba yo, algo de único y maravilloso y con ella llegaría al conocimiento del hecho misterioso de la existencia. <Ser> no es desde luego un privilegio exclusivo pero <ser> es la esencia de todas las cosas. <Ser> es lo que puede compararse con nada; nu aún con el no ser, pues éste, por definición, no existe. La experiencia del <ser> tiene algo de absoluto.

Existía entre los estudiantes de escolástica la costumbre de que, durante el año, se defendiesen públicamente algunas tesis. Para la defensa se escogían siempre los estudiantes más inteligentes. Debían prepararse unos meses, sostener después sus tesis en sesión pública y rebatir, además, las objeciones que se les formularsen. Suponía un gran honor ser elegido para mantener una tesis. Regularmente asistían a

la disputa los más altos superiores y nada era tan lastimoso como defraudar las esperanzas del auditorio y no saber dar cumplida respuesta a sus objeciones.

Durante mis estudios filosóficos fui el primer estudiante designado para exponer una tesis. Me consideraban como el majo alumno del año. Esta distinción halagó ciertamente mi vanidad, mas sentí una gran angustia ante la posibilidad de un fracaso. Me suponía en la posición de un animal acosado por todas partes y me imaginaba la maliciosa alegría de los demás si no salía airoso de la prueba.

Esta desazón me turbó hasta el extremo de que me era casi imposible estudiar. Un continuo estado de tensión agotaba mis nervios. Pude, no obstante, en el día señalado para la disputa, argüir a mis objetores con infinitas distinciones del género <formaliter, materialiter, simpliciter, secundum quid> etc.... Tenía perfecta conciencia de que todo ello no era sino un puro juego de perfecta conciencia de que todo ello no era sino un puro juego de dialéctica, de que hubiera podido jugarse mucho mejor y me atormentaba pensando que ésta era también la opinión de los superiores presentes. Estimaba, en efecto, que hubiera podido desarrollar mi tema con mayor extensión y profundidad a no ser por la congoja paralizadora que me había embargado. Más tarde, en los años de teología, hube de defender nuevamente otras tesis. En esta ocasión la zozobra creció hasta la obsesión. Tenía literalmente la impresión de que era un asno lanzado a la arena para afrontar la furia de los leones y tigres. No me atrevía a pensar en el momento de la prueba.

En ocasiones, la ansiedad, oculta en lo más íntimo de mi ser, tensaba mi espíritu hasta el extremo. Podía entonces, durante horas, analizar los libros más complicados y obtener de ellos todo el provecho posible. Pero tiempo después, olas de ansiedad rompían en mi alma y me sentía incapaz de ligar dos simples ideas. La tesis me parecía una roca pétreo que me empeñaba en destruir con infantiles patadas.

Mis nervios cedieron finalmente. Al cabo de dos semanas caí, bruscamente, en un estado de profunda depresión. Tenía la impresión de haber trabajado meses enteros día y noche. Me sentí totalmente agotado. Toda actividad intelectual, aún la más elemental, me resultaba penosa, insoportable.

Ello motivó que el superior me concediera autorización para dormir un poco más. Pude echarme la siesta antes de la hora fijada y prolongarla indefinidamente según mi criterio.

Después de algunos días mejoró mi estado. Me volqué de nuevo sobre los libros, porque el tiempo pasaba. Mas a medida que la fecha temible se acercaba, crecía mi ansiedad, las depresiones se sucedieron rápidamente. Fue un camino de cruz. Todavía ahora me parece escuchar la campana llamando para la pública defensa de la tesis. Me siento de nuevo como si estuviera en un patíbulo.

Los estudiantes que debían objetarme habían observado mi nerviosismo. Compadecidos, me notificaron las objeciones que iban a presentarme, lo que facilitó mucho mi trabajo. Aparentemente me desenvolví muy bien y dije siempre la última palabra. Pero tuve la impresión de que mi espíritu se movía entre tinieblas y experimenté vértigo.

Íntimamente tuve el sentimiento amargo del fracaso, y, la compasión de mis compañeros aumentó mi pena. Nada es tan humillante, en circunstancias, como la piedad. Le hace sentirse a uno tan inferior que no es digno de ser combatido.

En marzo de 1940 defendí esta tesis y en octubre del mismo año recibí de mi superior la autorización para visitar a un neurasténicos de la ciudad de Venraay. El doctor me aconsejó reposo absoluto y, a lo largo de dos semanas, descansé varias veces en Lomm, junto a mis familiares. Pero después de seis meses no mejoró mi salud. Tras una consulta con mi médico decidí ensayar un nuevo método de tratamiento, que, como veremos pronto, me impelió a abandonar la Iglesia de Roma. Después de estudiar dos años filosofía escolástica e historia de la filosofía, partimos para el convento de Wittem, sede de los estudios teológicos.

Los estudios teológicos, al principio, supusieron una decepción para la mayoría. La filosofía nos había acostumbrado a juzgar, los argumentos por su valor intrínseco. Habíamos adquirido, pues, el hábito de la crítica. Nos guardábamos muy bien de admitir una idea surgida tan solo del sentimiento. Nos esforzábamos en eliminar de nuestras ideas toda vaguedad y en razonar con nociones precisas.

Y, en Wittem de repente, nos vimos confrontados con el argumento de autoridad. Se nos exigía la fe. De cada dogma se nos mostraba, hasta donde era posible, su fundamento racional que considerábamos atentamente sin que nos convencieran las pruebas aducidas de la Escritura, de las decisiones papales o conciliares.

Es más, aún los mismos argumentos filosóficos no nos satisfacían; les faltaba, generalmente, rigor lógico y sus conclusiones nos eran exigidas, de ordinario, por las premisas puestas. Y así debía ser, pues un misterio que pueda explicarse deja de serlo.

A pesar de ello pude encontrar en la teología materia para mis consideraciones y tendencias filosóficas. Me sumergía en el estudio de la Trinidad, de su habitar en el alma, de la sobre naturaleza, del hombre regenerado, del deseo innato al hombre de ver al ser de Dios y de otras cuestiones semejantes.

El misterio de la generación del Hijo por el Padre y de la procedencia del Espíritu Santo a partir del Padre y del Hijo me atrajo cada vez más. Existe un pequeño y excelente libro del P. Bernardot, O. P., titulado: <De la Eucaristía a la Trinidad>, que considera a Esta como el fundamento de la vida cristiana. Lo leí cuatro veces y siempre me fascinó profundamente.

Según la doctrina católica, el Hijo es la Imagen del Padre, El Padre se reproduce plenamente en el Hijo, que es su Pensamiento, la manifestación del Padre en su plenitud. El Padre y el Hijo están además unidos por un amor substancial que es el Espíritu Santo.

Esta doctrina afirma que el Hijo ha revelado al Padre al mundo. Como consecuencia de esta revelación, el Espíritu Santo nos ata con lazos de amor para llevarnos al Padre. Los creyentes son así asociados a la misma vida interior de la Trinidad.

La fiesta de la Santísima Trinidad era siempre para mí una fuente de alegría. Podía anegarme entonces en la contemplación de este misterio de luz, de ardor, de amor. La epístola de la misa de ese día reproduce un pasaje de la Carta a los romanos: <¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Sus juicios son insondables y sus caminos incomprensibles!> (11:33-36) Este texto bastaba para llenar mi meditación el día entero. Dejaba que estas palabras me penetrasen con sus santos efluvios. Permanecía largamente arrodillado, sumergido en una adoración silenciosa, lleno de temor ante tan prodigiosa grandeza y absorbido en el pensamiento del Dios infinito.

Las disciplinas principales que debíamos estudiar en los cuatro años de teología eran la dogmática o doctrina: la ética o teología moral; el derecho canónico; la Sagrada Escritura y la historia de la Iglesia.

Debíamos, pues, estudiar la Santa Escritura. Seguíamos, de ordinario, la traducción de S. Jerónimo o Vulgata pero recurríamos también al texto original hebreo o griego. El profesor, P. Boddeke, era un maestro de gran valor. Tenía el arte de mostrarnos las dificultades de un texto para resolverlas agudamente después. Con él no aprendía mucho en cantidad, mas lo poco que quedaba reflejaba el resultado de una investigación personal. Su especialidad consistía en presentar, de forma sucinta, todo el contenido de las diversas epístolas de Pablo.

Así, pues, estudiamos la Sagrada Escritura. Sin embargo, a pesar de las bellas explicaciones del P. Boddeke, experimentaba yo un confuso sentimiento de insatisfacción, pues me contrariaban algunos textos que me parecían en contradicción manifiesta con las enseñanzas de la Iglesia. En la exégesis de la Epístola a los Romanos me pareció de escaso valor la refutación a los protestantes. Estos <herejes> eran, desde luego, zarandeados sin piedad y objeto de implacables diatribas. Pero yo tenía la impresión de que sólo nos burlábamos de ellos y de que habíamos saltado sobre la cuestión como quien salta sobre un abismo. Habíamos soslayado el problema pero no lo habíamos resuelto.

Uno de los textos que me preocupaba era éste de la primera Carta a Timoteo: <Hay un solo Dios y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hecho hombre, que se dio a sí mismo en precio del rescate por todos, para testimonio en sus tiempos> (2: 5-6). Se nos explicaba este pasaje de la siguiente forma: <Hay un solo mediador principal, Jesucristo y otros mediadores a Él subordinados, los santos>. Pero yo no comprendía entonces el porqué de la comparación con el Dios único. ¿Existe acaso un Dios principal al que están subordinados otros dioses? ¿Cómo se puede pues, hablar de tantos mediadores y cómo se puede, sobre todo, llamar a María mediadora de todas las gracias? Me inquietaba también el pasaje de los Hechos de los Apóstolos, 4: 12: <Y en ningún otro hay salud, porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos>. ¿Por qué, pues - reflexionaba- ha instituido la Iglesia la fiesta del Santo Nombre de María el 12 de septiembre y cómo puede enseñar que la invocación del nombre de María garantiza la salvación eterna tanto a más aún que el nombre de Jesús?

Y me obsesionaban, sobre todo, las palabras <una sola vez> que puede leerse en varios lugares de la Carta a los Hebreos. Por ejemplo, en el capítulo 10, versículo 10: <En virtud de esta voluntad somos salvados por la oblación que Jesús ha hecho de su propio cuerpo una sola vez>. Cuatro versículos más adelante, se lee: <Porque con una sola ofrenda nos hizo perfectos para siempre>. ¡Una sola ofrenda y para siempre! La misa me parecía, pues, superflua y sin sentido. ¿Cómo podía sustentarse que Cristo se ofrece diariamente en la misa aunque su sacrificio sea incruento?

¿Cuál era mi actitud ante éstas dificultades? Jamás hubiera consentido libremente en la duda. Reposaba en la seguridad absoluta de que la Iglesia no podía engañarse. Si hubiera admitido esta posibilidad, habría cometido instantáneamente un pecado mortal, una grave ofensa contra Dios. Y el pecador que se rebela contra Dios pierde la filiación divina y el derecho a la gloria eterna. El pecado mortal destierra del alma

al Espíritu Santo y hace al hombre esclavo de Satanás. Y si se muere en el pecado, se condena uno eternamente. No podía dudar.

La prohibición absoluta de dudar de su doctrina es una de las grandes fuerzas de la Iglesia de Roma. Muchos protestantes se preguntan cómo es posible que los católicos inteligentes e instruídos, que pueden, por consiguiente, estudiar la Biblia, no lleguen al descubrimiento del puro Evangelio. La razón estriba en que la inteligencia de un católico está encadenada. Sobre su pensamiento se ejerce siempre la amenaza del fuego eterno. En el momento en que aceptara que la concepción protestante de la Biblia es acertada, se abriría a sus pies el abismo de la condenación eterna y, en su imaginación, vería a Dios dirigirse a él y decirle: <¡Apártate de mí, maldito!>

Por este motivo el diálogo con un católico que conozca las enseñanzas de su Iglesia es extremadamente difícil. Creo que sólo puede compararse con el diálogo con uno de esos individuos que creen tener siempre razón. Todos los conocemos; parecen creer que el confesar que están en un error constituiría para ellos un suicidio espiritual. Tratar de imbuirles ideas distintas de las suyas, es tiempo perdido.

Algo parecido ocurre en la discusión entre un católico y un protestante. Desde que comience el diálogo mantendrá inflexiblemente aquél que, en toda hipótesis, su Iglesia está siempre en la verdad y que, cueste lo que cueste, Ella tiene siempre la razón. Aunque no sepa o no pueda responder a los argumentos bíblicos que se le presenten, cometería un pecado mortal si admitiera que el protestantismo puede estar en la verdad. En el momento en que el protestantismo puede estar en la verdad. En el momento en que, de cualquier forma, abandonara la actitud de incondicional sumisión a su Iglesia, el eterno campo de concentración que es el infierno se abriría a sus pies, sin necesidad de ninguna declaración explícita de parte de la Iglesia. Si no se arrepiente de este pecado y no recibe su absolución, se condenará para siempre.

Quizás alguien me arguya: <Si tenía usted tales dudas, ¿por qué permitió que le ordenaran sacerdote?> He aquí mi respuesta: Si todos los estudiantes que han debido luchar contra semejantes dudas hubieran abandonado el seminario, el estado sacerdotal hubiera dejado ya de existir. Todo estudiante de teología, tarde o temprano, tiene que enfrentarse contra estas dificultades contra la fe, que se consideran enteramente normales.

Se nos decía, en efecto, que no debíamos angustiarnos si la duda nos asaltaba. Después de sufrirla repetidas veces, abrí mi conciencia a mi director espiritual y él me respondió: <No es ninguna razón para renunciar a su ideal sacerdotal>.

Según la doctrina romana, se adquiere un mayor grado de santidad cada vez que se rechaza una duda semejante. En la duda se nos aconsejaba orar y pensar después en otra cosa. Más tarde, cuando la duda no fuera ya tan fuerte, podría ser estudiada con atención. De todas formas no debía discutirse nunca con el diablo. La idea de que el protestantismo pudiera tener razón no podía ser sino una idea diabólica.

Es preciso hacer aquí una distinción. Si es cierto que la duda real está en todo caso prohibida, la duda metódica está permitida. ¿En qué difieren? La duda metódica se practica en los cursos teológicos como procedimiento de enseñanza. Tomás de Aquino la emplea también constantemente en su Suma Teológica.

Consiste en suponer momentáneamente la verdad o verosimilitud de la tesis opuesta para comprenderla y refutarla mejor después. Así se produce con los no católicos: se

acepta aparentemente la posibilidad de que tengan razón, mas interiormente se rechaza, enseguida, tal suposición.

Pero digamos ya algunas palabras sobre nuestra vida estrictamente religiosa durante estos años de estudio filosóficos y teológicos y, enseguida, expongamos algunas consideraciones sobre un problema que me preocupó mucho.

Al día siguiente de llegar a Roermond, sede del estudiante filosófico, sufrimos una gran decepción en el desayuno - en el que estaba prohibido hablar, aún en las grandes solemnidades - al comprobar que los estudiantes de segundo año se desinteresaban en absoluto de esta prescripción formal de la Regla. Al principio nos resistimos a imitarles pero, poco a poco, algunos de mis compañeros les dieron pronta réplica.

Se nos presentó entonces y, en concreto, la cuestión del pecado porque una violación de la Regla es siempre, de hecho, un pecado venial. He aquí, a este respecto, la doctrina de la Congregación de los Redentoristas: <Cuando la Regla declara que la violación de nuestras Reglas y Constituciones no constituye un pecado, debe entenderse así: en virtud de una obligación directa y en virtud de la misma Regla. En la práctica, sin embargo, una violación voluntaria, a no ser que por motivos proporcionadas la excusen, entraña siempre pecado. Este es el sentir común de los Doctores de la Iglesia. Si sucede que alguien añada a la violación el desprecio, como enseña Santo Tomás> (C. No. 278) En el artículo 267 se dice también: <Si alguien falta a la Regla y Constituciones tan frecuentemente que relajara su observancia, cometería un pecado y un pecado grave.

Un pecado venial sólo entristece a Dios, mientras que un pecado mortal le ofende. Por un pecado venial se merece el castigo del purgatorio del que puede salirse, entre otros medios por las indulgencias. Pero un pecado mortal se castiga con el infierno del cual nadie puede salir.

Yo siempre tenía dificultades con esta distinción. ¿Por qué me preguntaba, una pequeña transgresión de la ley divina no ofende a Dios? ¿Cómo puede afirmarse que el hecho de entristecer a la majestad divina no la ofende? Decirle a Dios libre y conscientemente <Esto es lo que Tú has prescrito; sin embargo, no lo haré>, ¿no es romper el amor con Dios? ¿No merece dicha actitud que el hombre sea apartado de Dios? ¿No es todo un pecado mortal? ¿No encierra toda violación de la Ley la muerte eterna?

Estas consideraciones me impelían a no proferir palabra durante el desayuno, para tranquilidad de mi alma. Pero tenía, por otra parte, mucho respeto humano y no existía duda de que los veteranos se mofarían de nosotros si nos manteníamos fieles a esta prescripción de la Regla.

Al principio, pues, rehusé toda falta, mas poco a poco, acabé obrando como la mayoría. Me había entrenado lentamente en su misma norma de conducta. Uno solo de mis compañeros se mantuvo firme. Interiormente le admiraba muchísimo y despreciaba mi cobardía.

Me esforzaba en calmar mi conciencia con la idea de que no era transgresión intencionada. Pero no conseguí suprimir mi inquietud. Insatisfecho, sufría como consecuencia de mi conducta. ¿Para qué vivir, pues, en un convento si renunciaba al ideal de un religioso?

Al año siguiente, y procedente del noviciado, llegó un nuevo grupo de estudiantes. Ellos, mejor formados que nosotros, rehusaron imitarnos y tomaron muy en serio la disciplina impuesta por la Regla. Su actitud constituía un mudo reproche para nuestra relajación.

No quise admitir enseguida la ejemplaridad de su conducta. Me parecía humillante tener que admitir que ellos tenían más carácter que yo. Pero sabía, en el fondo de mi alma, que su conducta debía agradar a Dios. No osé pronunciarme contra este movimiento en favor de una observancia más rigurosa de la Regla. Es más, adopté muy pronto su misma actitud y me sentí feliz.

Al concluir el segundo año de filosofía, como queda dicho, nos dirigimos al convento de Witten para estudiar teología. Muy pronto advertimos que los estudiantes de Witten estaban aún más relajados.

En las horas de estudio debíamos hablarnos tan solo en latín y, en consecuencia, uno de mis condiscípulos se dirigió, en esta lengua, a uno de los veteranos, pidiéndole una explicación. Su estupor fue grande cuando le oyó decir: <¿En qué idioma hablas tú?>

Con algunos compañeros mantuve, en lo posible, la observancia de la Regla. No estaba dispuesto a sufrir otra vez la humillación del año precedente.

Quizás cualquier persona ajena a la vida religiosa difícilmente puede comprender tanta ansiedad por la observancia de las minuciosas reglas monásticas. Importa, pues, decir que nosotros las considerábamos como el camino seguro para alcanzar la santidad. Ellas determinaban, en cada instante, nuestra fidelidad al ideal de la santidad.

Como conclusión de este capítulo quiero transcribir algunos artículos de dichas Constituciones. Su reproducción servirá para entender mejor la vida religiosa y el lector comprenderá, más claramente, la opresión en que vive el religioso. He elegido los artículos 280 y siguientes de las Constituciones, que enumeran las faltas calificadas de pequeñas, graves y muy graves.

Les precede este preámbulo:

<Se observará que el fin de esta enumeración no es determinar la gravedad de una falta desde el punto de vista teológico o moral; esta gravedad radicará en la naturaleza de la misma falta. Se trata tan sólo de manifestar la mayor o menor perturbación que ella entraña contra el orden y, como consecuencia, el escándalo que constituye>.

Pequeñas faltas serían, pues:

<Llegar tarde a los ejercicios comunes>.

<Hablar en la sacristía, en el coro o en los pasillos sin necesidad o en alta voz si es necesario hacerlo>.

<Caminar demasiado aprisa o de forma poco compuesta por la casa, y, sobre todo, por la iglesia>.

<No dar, en la conversación, el título que a cada uno le corresponde>.

<Llevarse cualquier cosa de la habitación de un hermano, de la sacristía, del refectorio o de la cocina, sin avisar, en cada caso, a quien corresponda>.

<Permanecer, sin necesidad, en un lugar donde se pueda ser visto por gente del mundo>.

<No reparar un vestido ligeramente deteriorado con el peligro de que se inutilice del todo>.

<No entrar o salir por la puerta habitual>.

<Hablar al dirigirse a la mesa>.

<Pasear en una habitación bajo la cual habita alguien, o durante el tiempo de reposo>.

<No excusarse cuando, sin culpa, se ha perdido o deteriorado algún objeto>.

<No barrer la propia habitación una vez por semana>.

<No pedir la bendición al superior tan pronto como se vuelva a casa>.

Faltas graves:

<Permanecer en la cama sin avisar al rector>.

<Acariciar la cara o la mano de un niño>.

<Quejarse abiertamente de la comida o del vestido>.

<Indagar los motivos por los cuales alguien ha sufrido un castigo del superior>.

<Inquirir con curiosidad lo que hacen o proyectan los superiores>.

<Entregarse a cualquier juego, aunque sólo sea por placer>.

<Dirigirse, sin la autorización del superior, a la cocina, al jardín, al comedor o al claustro>.

<Mezclarse en la ocupación de otro con las consiguientes molestias para él>.

<Dormir sin camisa o calzoncillo>.

<Cuando se sale de casa, dirigirse a algún lugar sin previa advertencia al superior o alejarse del compañero asignado e ir solo>.

<Conversar con los novicios o estudiantes sin motivos suficientes>.

<Consultar al médico sin que lo sepa el prefecto-enfermero>.

<Confesar a niños en una habitación o lugares cerrados>.

<Poner motes pública y privadamente>.

<Hacer reproches públicos sin estar calificado para ello..>

<Leer cartas o escritos aunque sean poco importantes en la habitación de un hermano, sin su autorización>.

<Comunicar a otro que el superior ha recibido una carta para él>.

<Cuando se es sacerdote, no confesarse una vez por semana y dos veces si no es, a no ser que se haya recibido del confesor la autorización para omitir la segunda>.

<Dejar la lámpara encendida, al anochecer, después de la última señal dada sin que lo sepa el rector>.

<No entregarse con toda la dedicación posible al oficio que debe desempeñarse en la casa>.

He aquí las faltas gravísimas:

<Servirse en cualquier asunto de personas del mundo para alcanzar el favor o la intervención del superior>.

<Quejarse explícitamente contra la orden de un superior>.

<Criticar paladinamente las prescripciones de la Regla>.

<Faltar a la pobreza en materia señalada por las Constituciones>.

<Predicar de forma diferente a la indicada>.

<En el curso de una misión, rehusar categóricamente un trabajo o arrancar del superior cualquier tarea>.

<Ofender con palabras de desprecio, acerbos o insultantes>.

<Sembrar la discordia, con insinuaciones maliciosas, entre superiores y alumnos>.
<Acusar falsamente a un hermano ante el superior>.
<Entregar carta a los alumnos sin permiso del superior>.
<Hablar con mujeres, enfermas o no, en una habitación de la casa donde no se pueda ser observado, salvo en los casos previstos por las Constituciones>.
<Fuera del tiempo señalado, comer o beber algo o guardar alimentos y bebidas, aunque sea en mínimas cantidades, sin el permiso del superior y, sobre todo, ocultarle esos alimentos>.
<Dar algo a un extraño sin autorización del superior si se desempeña cualquier cargo en la casa como, por ejemplo, el de cocinero o procurador>.
<Hablar durante el silencio sagrado sin la autorización requerida>.
<Entrar en la habitación de otro, salvo por obligación o por razón del amor fraternal o por motivos urgentes, etc...>.
<Defenderse obstinadamente contra los superiores>.
Pero la más grave de las faltas graves consiste en comunicar a los extraños cuanto sucede en la Congregación. Yo la he cometido. Pero ¿no es cierto que las tinieblas deben ser siempre esclarecidas con la luz? Sirva, pues, la luz de esta publicación para disipar, un poco, esas tinieblas.

Capítulo VI

Las manos ungidas

En agosto fuimos consagrados sacerdotes. Desde enero nos habíamos ejercitado en los múltiples ritos de la misa. Las prescripciones a que debe someterse el celebrante son minuciosas en extremo.

Por ejemplo, durante una de las oraciones que se hacen al principio deben situarse las manos a la altura de los hombros, sin que los dedos sobrepasen su nivel. Aquellas deben inclinarse luego sobre el pecho y los dedos, el pulgar incluido, debiéndose mantener estrechamente juntos.

Se distinguen tres inclinaciones de cabeza: una muy leve, al santo del día; otra, con breve inclinación de los hombros, al nombre de María, la Madre de Jesús; y la tercera, muy profunda, se hace siempre a la Cruz. Existen también dos diversas inclinaciones del cuerpo una mediada, en el momento del Agnus Dei y otra profunda, durante el Confiteor o confesión de los pecados.

Estas son pequeñas muestras, elegidas entre una multitud de normas litúrgicas llevadas hasta el mínimo en sus detalladas. Admitiré, pues, sin dificultad el lector que nuestro adiestramiento requiriera meses, pues no era cosa de usar el ritual en la celebración de la misa, porque hubiera durado entonces horas enteras. Todos los movimientos debían sucederse rítmicamente y automáticamente.

Al fin, llegó el gran día de la ordenación, el 8 de agosto. Monseñor van Roosmalen, obispo de Suriname (Guayana holandesa) ofició la ceremonia que duró unas dos horas y media.

Mientras el coro cantaba la letanía de los Santos, nos postramos en el suelo para implorar la ayuda de los bienaventurados y de los ángeles. Tomábamos la más humilde de las actitudes ante Dios, quién muy pronto iba a elevarnos a las más elevadas cimas con la consagración sacerdotal. El sacerdote de mi pueblo, en el sermón que pronunció en mi primera misa solemne, lo expresaría perfectamente con estas afirmaciones: <Si se encontrasen un sacerdote y un ángel, éste debería saludar a aquél. Puede incluso decirse que el sacerdote está por encima de María; María trajo a Jesús una sola vez al mundo y el sacerdote hace descender sobre el altar, diariamente, el Cuerpo y la Sangre de Cristo>.

Poco tiempo después de nuestra postración fueron ungidas nuestras manos con el óleo consagrado. Su interior fue cuidadosamente impregnado por el Obispo que las unió después, ligándolas con un cinta, para que el óleo las penetrase profundamente. Al final de la ceremonia fueron desatadas y nos lavamos con agua y migajas de pan. Los fieles besaban entonces sus palmas e, instantes después, les impartíamos nuestra primera bendición.

El punto esencial de esta larga ceremonia lo constituye la entrega que el Obispo hace al ordenado del cáliz, la patena y la Hostia. Este rito, según el sentir de la mayoría de los teólogos, es la esencia de la consagración sacerdotal, sin que falte una notable minoría que afirma que dicha esencia radica en la imposición de las manos.

Debíamos tocar simultáneamente el cáliz, la patena y la Hostia o nuestra ordenación sería inválida. Por eso, tanto el Obispo como el sacerdote que le asistía velaban para que el contacto se efectuara efectivamente. Era un rito de incalculable importancia

que nos ponía nerviosos. En el caso, en efecto, de una ordenación inválida, todas las absoluciones que más tarde se impartieran carecían de valor y si el sacerdote así consagrado llegara a ser Obispo, todas las ordenaciones que efectuarse serían igualmente nulas.

Si he de decir la verdad, la ceremonia de la ordenación me emocionó mucho. Estaba demasiado preocupado con los ritos de la misma. Tuve el temor de perturbar el bello orden del oficio y de hacer el ridículo.

Cuando unos años más tarde fui nombrado pastor protestante de la pequeña iglesia de Denderleeuw, la ceremonia, en su simplicidad, me hizo una impresión muy distinta. Mi atención no se distrajo con los detalles ni las exigencias litúrgicas. Pude, en el recogimiento del instante, escuchar la voz de Dios que me llamaba definitivamente a Su servicio.

Cuando once pastores me imponían sus manos, tuve la impresión de entrar en comunión con la Iglesia de todos los tiempos. A lo largo de la historia, a pesar de las guerras y de las convulsiones sociales, y conforme a la orden del Señor, jamás ha dejado esta Iglesia de nombrar sus ministros, elegidos de entre sus miembros, para darles la misión de predicar el gozoso y rico mensaje del Evangelio a una pequeña comunidad, sacada así de las tinieblas del mundo.

El 18 de agosto, en Lomm, dije mi primera misa solemne. Fue una fiesta importante que duró tres días. Yo era, según se decía, el primer sacerdote hijo del pueblo. Ni aún los más viejos habían oído hablar nunca de un sacerdote originario de Lomm.

Largo tiempo se había envidiado por ello a las aldeas de los alrededores, a Velden, por ejemplo, que con solo sus 1.500 habitantes había dado a la Iglesia, en los últimos tiempos catorce sacerdotes.

Lomm había adornado sus calles con ramajes y sus casas con banderas. A la entrada de la mía habían construido un arco triunfal y desde su puerta hasta la iglesia, con arena de diversos colores, un bello camino con alusivos dibujos.

Mis padres estaban tan impresionados que me reverenciaban y yo mismo me sentía respirando aires de cumbres.

Aquella misma tarde el viento barrió el camino de arena colorada. Uno de mis profesores, el P. Peters, que me había asistido en la misa como diácono, me lo hizo observar, musitándome a mi oído: <Sic transit gloria mundi>, <así pasa la vanidad del mundo>.

El sacerdocio me había conferido, en primer lugar, el poder celebrar misa. Cada día, pues, y por las palabras de la consagración trocaría el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor.

La doctrina de la transubstanciación no me entusiasmaba y me era violento tener que arrodillarme ante lo que, según la teología, no era más que apariencias de pan y de vino. La idea de que Dios estuviera presente de alguna forma en las especies sacramentales repugnaba a mis sentimientos religiosos más profundas. Difícilmente podía elevarme hacia un Dios que se me ofrecía desprovisto de vida. Apenas podía descubrir la gloria del Salvador en la Hostia que comía.

Aunque no la confiesen, los autores católicos suelen tener esta misma dificultad. No hablan jamás de que Cristo repose en el estómago, sino que afirman que el Señor descansa en el corazón. Muy a pesar, dan una interpretación espiritual a las palabras: <Este es mi Cuerpo>.

¿Qué sentido tiene, de hecho, la doctrina de la transubstanciación? ¿Qué provecho le redundaría al alma el que Cristo descienda al estómago bajo las apariencias de pan y vino? Lo que interesa es la comunión viviente. ¿Para qué, pues esta presencia corporal bajo las especies? Impide la visión del Señor en Su gloria de Resucitado. En realidad Cristo se nos aparece en su Palabra y en su Espíritu. Podemos descansar en Él, en su propia revelación evangélica. La doctrina de la mágica presencia eucarística no me proporcionaba sino temor. Me sentía más cercano a un fuego destructor que a un calor confortante. No sabía qué decirle a Cristo en la acción de gracias, después de la comunión, y aquellos momentos me resultaban sumamente dolorosos. Las distracciones que asaltaban mi espíritu me atormentaban y no me quedaba, finalmente, sino el sentimiento de un vacío, decepcionante.

La teología eucarística me parecía, además, demasiado complicada. Según las enseñanzas de los teólogos Jesús no desciende propiamente al altar con su Cuerpo y su Sangre, pues Él permanece intacto en el cielo. Pero la substancia del pan y del vino se transforma en substancia del Cuerpo y de la Sangre de Cristo.

Difícilmente podía dirigirme yo a Jesús, presente en el altar de forma tan sutil. En dicha presencia encontraba un obstáculo, más que una ayuda, para dialogar con Él. Realmente la presencia del Señor en la Eucaristía es, de esta forma, muy limitada. La mayoría de los teólogos protestantes enseñan que Jesús está realmente presente en la Santa Cena de un modo misterioso e impenetrable al espíritu del hombre. No osan desflorar este misterio con la fría razón. Afirman, con absoluta certeza, que Jesús está realmente presente en la Santa Cena, junto a nosotros, para confirmarnos nuevamente por los símbolos del pan y del vino Su fidelidad eterna u Su amor inmutable. Por eso, la Santa Cena no me produce ya los escalofríos que se sienten ante la sola presencia de la Majestad divina sino me consuela con una paz sobrenatural.

Y nadie estime que no supe apreciar el simbolismo de la misa, al contrario.

Cuando profundamente inclinado ante el altar recitaba el Confiteor, tenía un profundo sentimiento de mi culpa, de mi grandísima culpa. En el ofertorio, al lavarme los dedos, anhelaba la purificación que Dios opera en el alma. Le pedía al Señor, en esos instantes, que limpiase mi alma de toda mancha. Al dejar caer una gota de agua en el vino, deseaba una unión completa con el Señor glorioso y con su Cuerpo Místico, la Iglesia. En la elevación, ofrecía a Dios mi alma, mi cuerpo, mi vida, todo mi ser. Al romper el Pan, me identificaba con el dolor de Cristo que se dejó romper sus brazos y piernas por nuestros pecados. Y, en el momento del Agnus Dei, al golpearme el pecho y pronunciar las palabras <Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros, danos la paz>, me sentía como el publicano, que en fondo del templo no osaba levantar los ojos hasta el cielo.

El sacerdocio confiere además el poder de administrar el sacramento de la penitencia. En este sacramento radica gran parte del poder de la institución romana. La confesión constituye, en efecto, en el sistema teológico de la Iglesia, una posición estratégica de primer orden que manifiesta claramente la dependencia del laico respecto del sacerdote. Este se sienta en el confesionario como un juez, con bonete en su cabeza y el penitente arrodillado a sus pies. El penitente, respetuoso, compungido, le descubre sus faltas y le revela secretos que ha ocultado celosamente a la vista de los demás. Después, del sacerdote depende el que reciba la absolución o

no. Es decir, el confesor decide sobre su felicidad o infelicidad eternas. La sola actitud del penitente arrodillado basta para mostrar cómo este sacramento establece la sumisión del laico al clérigo y la condición de menor de aquél en la Iglesia romana. La primera vez que escuché confesiones fue en Wittem, lugar de peregrinación, un domingo por la mañana y estuve sentado en el confesonario dos horas.

Conocí entonces la fuerza del instinto sexual del hombre. La disciplina de la Iglesia exige que sean confesados todos los pecados sexuales. Di la absolución a hombres maduros que tenían gran dificultad en guardar la continencia; a novios que no habían resistido la atracción mutua; a casados, en fin, que no querían o no podían tener más hijos y habían cedido a las exigencias de su amor. Yo había estudiado todas esas cosas en mis libros de moral y, ciertamente, con profundidad y extensión. Pero una cosa son los libros y otra muy distinta la realidad. Aquel día, en Wittem, sufrí una gran convulsión interior.

En los medios protestantes reformados se piensa a veces en un retorno a la confesión. Deberá ser, si se quiere una confesión bienhechora, muy distinta de la católica, pues ésta es más bien perjudicial que ventajosa.

En primer lugar no es espontánea ni libre. El penitente está obligado a confesar todos los pecados mortales, precisando su especie, y las circunstancias que puedan modificarla y el número exacto de veces que los cometió. No es, desde luego, cosa de decir todos los detalles posibles pero, sin embargo, en materia sexual, las circunstancias que puedan mudar la especie del pecado deben ser minuciosamente detalladas y, si el penitente no las declara, el confesor - a que no caiga en pecado mortal- está obligado a preguntárselas. Supongamos, por ejemplo, que alguien confiese haber pecado contra la castidad. Su confesión es insuficiente. El confesor deberá proponerle cinco o seis preguntas para llegar al conocimiento exacto de la calidad del pecado cometido. Las preguntas son de una muchacha si el contacto que con ella tuvo un joven fue sobre a bajo los vestidos, si hubo comercio sexual, etc... Es muy difícil no ver en este interrogatorio un atentado contra la delicadeza de la mujer. Debo añadir que no existe obligación de interrogar en la forma indicada sino en los casos de confesiones confusas. Si el penitente no se acusa de pecados contra alguno de los mandamientos, el confesar no está autorizado a inquirir si los cometió o no. ¡Qué tormentos hace sufrir esta confesión obligatoria a muchos católicos!

Los redentoristas carecíamos de parroquias. Nos dedicábamos, sobre todo, a predicar grandes misiones de diez días de duración. Predicábamos dos sermones diarios, mañana y tarde. Este era particularmente severo. Tratábamos en él del pecado mortal, de la muerte, del juicio, del infierno. Nuestra conclusión era siempre la misma: <¿Queréis libraros de las penas eternas del infierno? ¡Confesad vuestros pecados!> En cada parroquia debe predicarse una misión así una vez cada diez años y nosotros éramos especialistas en la materia, porque parece que conseguíamos aterrorizar fácilmente a la gente. Con nuestras descripciones de los tormentos infernales conseguíamos sin dificultad la docilidad de los fieles. Sobre quienes rehusasen confesar sus pecados mortales, lanzábamos desde lo alto del púlpito todos los rayos de la maldición divina. Senos llamaba por eso <los Padres del rayo>. En dos ocasiones comprobé cómo nuestras misiones despertaron algunas crisis de locura, aunque es probable que se tratase de individuos ya predispuestos.

Una madre de familia me gritó un día en el confesionario: <Ya, Ud. Sabe muy bien angustiarnos pero yo quisiera verle casado y con hijos. Si no se pueden tener más hijos y se ama de verdad, ¿es pecado expresar ese amor con un tacto del que no se seguirá la concepción? ¿Se abrirá, por eso, el infierno a nuestros pies?> No supe que contestarla. Y no me atreví a predicarle la durísima doctrina profesada por la Iglesia de Roma. Me limité solamente a exhortarla que confiase en la misericordia de Dios. He aquí otro caso de tormentos provocados por la confesión obligatoria. Una jovencita había cometido un robo sin importancia. Tomó la decisión de confesar su falta, sin embargo, cada vez que se arrodillaba ante el sacerdote, le era imposible hacerlo. Tenía la convicción, según lo que se le había enseñado, de que todas sus confesiones habían sido sacrílegas, a causa de esta reticencia. ¡Qué angustia! Nuestro párroco nos había explicado, por ejemplo, gráficamente, en qué consistía un sacrilegio: en arrojar a Jesús a un muladar.

Con el tiempo las ansiedades de esta muchacha crecieron hasta el punto de no poder soportarlas más y, un día, se arrojó a la calle desde el tercer piso de su casa. No murió, sin embargo, y transportada a un hospital, tuvo allí el coraje de confesar su falta, bañada en lágrimas.

Los católicos pretenden que la confesión es un alivio. Esto es muy comprensible en su doctrina: ellos viven, en efecto, en continuo temor del infierno. De aquí que experimenten un gran consuelo ante algo que puede librarles de él.

En las misiones que predicábamos, muchos se confesaban con frecuencia de pecados que habían callado durante diez, veinte, treinta o más años. El temor del infierno que les habíamos inspirado les hacía, por fin, abrir sus bocas. ¡Pero qué angustias interiores habían vivido durante años!

Por lo que se refiere a este tema, no quiero escribir nada sobre los textos bíblicos que la Iglesia de Roma invoca en favor de la Confesión. Propongo solamente esta cuestión: <¿Es ésta verdaderamente la libertad de los hijos de Dios, la salvación en la confesión de las maneras del Buen Pastor buscando en el desierto la oveja perdida y cargándola sobre sus hombros? ¿No convendría decir más bien que sólo a puntapiés es llevada esta oveja a lo que se llama su redil?>

Ciertamente, si un hombre cargado de pecados siente la necesidad de confesarlos no sólo a Dios sino también a un hombre digno de su confianza, puede realizar un acto loable, honroso y puede encontrar la posibilidad de consolar y fortificar su alma. Es realmente posible, en efecto, que un hombre sea totalmente atormentado por una falta grave y que le sea muy difícil creer en el perdón de sus pecados. En este caso, un sacerdote, un pastor, o un hermano creyente podrán confirmarle en la fe, diciéndole cordial, explícita y personalmente: <¡Cristo ha muerto por tus pecados!> Pero ésta es una confesión totalmente distinta de la confesión de la Iglesia Católica. Sólo raras veces encontré personas que sintieran verdadera necesidad de confesar sus faltas. La mayoría venían forzadas por el intenso miedo al infierno.

Otra objeción contra la confesión estriba en afirmar que no aporta seguridad alguna al menos para quien conoce bien la doctrina romana.

En efecto, es preciso, para que una confesión sea válida y lícita, que satisfaga varias condiciones.

La primera es el arrepentimiento que debe ser general, es decir, debe incluir todos los pecados mortales, y real, o sea, acompañado de un firme propósito de no

cometerlos más. Aquí comienzan las dificultades. Es fácil sugestionar a una persona y hacerle creer que su propósito es firme si ella desea participar con los demás fieles del sacramento de la eucaristía. Pero si recae en sus faltas, ¿no dudará de la firmeza de sus propósitos? Este arrepentimiento debe ser, además, sobrenatural. ¡Adiós toda seguridad! ¿Cómo distinguir si un arrepentimiento es natural o sobrenatural si la misma doctrina de la Iglesia católica afirma que esto no puede saberse por propia experiencia ni por propias deducciones?

Otra condición que la confesión exige es que se expresen todos los pecados mortales cometidos y, como ya hemos dicho más arriba, con su número, especie y circunstancias que la modifiquen. Pero, en terreno sexual, todas las faltas son graves; ¿cómo puede, pues, darse con certeza una enumeración completa?

Se peca, en efecto, no sólo de acto, sino también de pensamientos o de deseo. Y, aunque se distinguen pensamientos y deseos voluntarios e involuntarios, ¿cómo establecer una demarcación segura en terreno tan escabroso y resbaladizo? Quién conoce el subconsciente y la complejidad del corazón humano, sabe con qué facilidad puede el hombre engañarse.

La Iglesia enseña, es cierto, diversos métodos para serenar las almas. Declara, por ejemplo, que quien rezó en el momento de la tentación puede estar moralmente seguro de que no consintió voluntariamente en ella. Pero un psicólogo sabe que se puede emplear la oración para disimular los propios pecados.

El defecto fundamental de la confesión es, empero, el de empujar al hombre a buscar la certeza en sí mismo. Es un callejón sin salida, porque es prácticamente imposible penetrar en todas las reconditeces del corazón humano. Y el hombre tiene, no debe olvidarse, una gran capacidad para engañar y engañarse.

El único que conduce a la paz es el de confiar plenamente en Dios, olvidándose de sí mismo. Sólo por la contemplación de Jesús, tal como nos lo muestra la Biblia, podemos adquirir seguridad auténtica del perdón de nuestros pecados. Debemos ver, con fe, la misericordia divina reflejada en el rostro de Cristo, inclinado amorosamente hacia nosotros. Únicamente el amor redentor de Cristo puede asegurarnos plenamente la salvación, Por la fe conocemos a Cristo radicado firmemente en su inmutable fidelidad a sus propias promesas y a las promesas del Padre.

Una de las ventajas que se atribuyen a la confesión estriba en que frena al pecador, ante la vergüenza de tener que confesar después su pecado. Quizás sea válido para quienes se jactan públicamente de las aventuras vividas, sin rubor de ninguna especie. Seguro es que para un estibador no encierra dificultad alguna el decirle al confesor las mismas cosas que momentos antes contó a sus compañeros en la taberna del puerto. La realidad es que cuando la tentación atrae y la sangre hierve, uno no piensa en el confesionario. Y, en la misma Iglesia católica, se dice, y no sin agudeza, que el diablo facilita el pecado insinuando la posibilidad de confesarlo después, aunque luego dificulte la confesión aprovechándose astutamente de la vergüenza del pecador.

Una grave consecuencia de la confesión es la adulteración de la conciencia. El pecador se pone, sí, en manos del confesor, pero éste sólo puede juzgar por lo que aquél confiere y carece de testigos que puedan garantizarle la verdad de la relación de los hechos. La cuestión es particularmente delicada en algunos casos. Todo confesor sabe, por ejemplo, que raras veces coinciden las confesiones de novios,

Mientras el novio se acusa con facilidad de los pecados sexuales cometidos con la novia, esta sólo lo hace violentándose o, como ocurre frecuentemente, enmudece y lo oculta. Algunos manejos para obtener absolución reflejan esa adulteración de la conciencia. Es una grave deformación.

La confesión sólo es saludable cuando existe mutua confianza entre el penitente y el confesor. Se lucha entonces fraternalmente contra el pecado. Esto es importantísimo en el caso de los jóvenes víctimas del pecado solitario. El tratamiento es extremadamente difícil en la Iglesia, ya que afirma que todo pecado de esta especie es siempre mortal. Esta aseveración es terriblemente descorazonadora para quienes han contraído ese hábito y estoy plenamente convencido de que, en estos casos, todo confesor pone una sordina a la voz oficial de la Iglesia. Yo tenía la costumbre de decirles a estos jóvenes que no diesen demasiada importancia a este vicio y que confiaran cordialmente en la misericordia de Dios. A algunos, mitigando la doctrina de la Iglesia, les aseguraba que el pecado no había sido mortal por falta de plena libertad. Reconozco que esta sugerencia podía ser peligrosa por relajar, posiblemente, la vigilancia del penitente.

Todo confesor inteligente acaba exhortando a los fieles a que confíen en la infinita misericordia divina. De hecho, pues, y en este sentido, son protestantes.

Capítulo VII

"Héme aquí. No puedo ser de otra forma"

Transcurrido año y medio, y por consejo del psiquiatra, tuve que tomarme un largo descanso. Pero no experimenté mejoría alguna. Dos horas de intenso estudio bastaban para agotar mi inteligencia. Pensé entonces que quizás la curación pudiera venir por otro camino.

Diversas lecturas sobre la psicología del subconsciente me informaron de la existencia de fatigas derivadas, no de un agotamiento físico, sino de tensiones internas del espíritu. Supe, pues, de la existencia de un desgaste motivado por causas que yacen en el subconsciente y me pregunté si no era éste mi caso.

Analiqué entonces mis sentimientos. Registré metódicamente las emociones que dominaban mi espíritu tratando de jerarquizarlas. Y me esforcé al mismo tiempo en evocar mi niñez, para conocer sus situaciones psicológicas.

Pasadas dos semanas visité de nuevo al doctor van der Loeff. Me aseguró éste era el único camino viable para sanar. De no seguirlo sufriría toda mi vida una insoportable neurosis.

Volví al convento lleno de esperanza. La luz se haría, pues, nuevamente en mi espíritu; podría entregarme otra vez a mis estudios y cesaría mi enervante inactividad. Había envidiado mucho a los Padres que podían enfrascarse plenamente en sus libros y, a no ser por mi enfermedad, hubieran conseguido seguramente el doctorado en filosofía. Entre tanto debía contentarme con predicar, confesar, etc. Con el examen de los movimientos más íntimos de mi alma, comencé a notar los resultados de mi introspección.

Me remontaba a mi niñez y, con la más absoluta sinceridad, consideraba mis recuerdos más íntimos. Ninguno, por triste que fuera, escapaba a mi mirada escrutadora. Debía reavivar las más humillantes escenas de mi infancia, que me había esforzado en olvidar, y ver las que me avergonzaban. Tenía que penetrar en los pliegues más ocultos de mi memoria sin permitir que escapasen los posibles y vergonzosos móviles de mi conducta. Mi salud sólo podía derivarse de una rigurosa honradez conmigo mismo.

Fue aquel un penoso camino, una marche errante a través de la vasta selva virgen de mi subconsciente. Y estoy profundamente agradecido a Dios porque no permitió que me extraviase y porque vi de nuevo la luz, purificado y sano. Ninguna de las fieras que vivían en mí se desgarraron cuando yo las hostigué en sus mismos cubiles. Ahora, domadas, me ayudan en la tarea que Dios me ha confiado.

Tenía una gran curiosidad por saber si el método sería eficaz. El psiquiatra, ciertamente, me había asegurado, también que, en mi caso, no podía darme ninguna seguridad de éxito.

Empero transcurridos tres meses, tuve la convicción de que sanaría. Mi espíritu comenzaba a dominar el subconsciente y mis tensiones internas se relajaban. Sentía una inefable impresión de dicha. Supe que no era impotente para dominar y serenar mi alma.

Largos años he prolongado este análisis. Y, con frecuencia, cuando creía haber alcanzado los últimos límites de la selva virgen, surgían nuevos e intrincados dédalos, y, la luz, un instante entrevista, se ocultaba otra vez.

En esta lucha íntima encontré mucha opresión de los demás. Casi nadie podía comprender mi terapéutica. Algunos me acusaban de mal disimulada pereza y otros de enfermizo egocentrismo.

Soy feliz por haber perseverado. Estoy convencido de que mi introspección tenía un fin especial. El subconsciente me abría, uno tras de otro, sus secretos y yo penetraba, cada vez mejor, los complejos adquiridos en mi infancia. Por lo demás, mi convencimiento fue acertado: esta introspección me llevó al abandonar la Iglesia de Roma.

Pero esta afirmación exige una explicación.

Para su mejor comprensión expondré, como preámbulo, un punto de doctrina.

La Iglesia de Roma distingue entre la certeza de la fe sobrenatural y de la fe natural. La certeza de la fe sobrenatural es un don de Dios. Es implantada en los corazones por el Espíritu Santo y es necesario para la salvación eterna. Esta fe sobrenatural, sin embargo, no puede existir sin la certeza de la fe natural. Esta distinción es una consecuencia de la condenación por Inocencia XI (1689) de una proposición que declaraba compatibles la convicción de la fe sobrenatural y salvadora y un conocimiento sólo probable de la revelación o, incluso, la incertidumbre de que Dios haya hablado en su Palabra. (<Denzinger, Ench, n.º 1171). El Papa Pío X condenó también en su decreto <Lamentabili> a quienes afirmasen que la seguridad de la fe se basa en un conjunto de verosimilitudes (Ibid. n.º 2025).

La certeza de la fe natural puede ser relativa o absoluta. Es relativa, por ejemplo, en los niños que aceptan las verdades doctrinales fiados únicamente de la autoridad de sus padres. Así es también la certeza de muchos laicos, que, confiados en la autoridad de sus instruidos sacerdotes, se despreocupan de toda indagación personal. Es necesario, empero, que los hombres de estudio se convenzan de que la sola autoridad de los sacerdotes es insuficiente para fundamentar la fe sobre verdaderas pruebas. Yo me convencí de ello.

No resulta fácil este convencimiento debido a la prohibición absoluta de dudar de su doctrina que la Iglesia impone a sus miembros. Ya hemos indicado que un católico comete pecado mortal en el instante en que admita la posibilidad de que cualquiera de los dogmas de su Iglesia encierra un error.

Mi introspección me obligaba a examinar toda mi vida espiritual, comprendidas también mis convicciones católicas, y pensé que estas no eran sino el resultado de una autosugestión. Este análisis me demostró que no tenía ninguna certeza natural de mi fe y que no la tendría jamás.

La psicología moderna y los resultados de mi método me enseñaron que la inteligencia humana puede ser influida por los sentimientos. El subconsciente puede, además, imponer una convicción a la mente. Se puede, por ejemplo, hablar horas enteras con personas que padecen complejo de inferioridad y convencerlas de que carecen de motivos para sentirse inferiores a los demás; transcurridas unas horas, el subconsciente barre todos los razonamientos y el alma queda bloqueada nuevamente por la angustia. La angustia puede invadir nuestra inteligencia y dominarle tiránicamente, paralizándola. ¿Cómo puede, pues, funcionar normalmente una mente

cuando la continua amenaza del pecado mortal y del infierno le imponen el aceptar determinadas conclusiones? Su adhesión a la verdad, bajo esa terrible presión moral, es forzosamente sospechosa.

Me convencí, como queda dicho, de que carecía de certeza natural respecto a mi fe católica. Podía, en todo caso, juzgarla racionalmente probable, pero no más. Sostener lo contrario hubiera sido ilusorio. Había observado largo tiempo los influjos del subconsciente y desde entonces me era imposible atribuir el valor de una certeza a lo que en realidad no era sino incertidumbre. No me engañé para no ser deshonesto conmigo mismo.

Esta actitud me situaba ya fuera de la Iglesia a causa de su misma doctrina, pues Inocencio XI afirma que quien concede a la revelación divina mera verosimilitud carece de la fe requerida para la salvación. Y en el manual <Teología Moralis>, de Aertnijs-Damen, se dice que quien estima obstinadamente que las verdades de la fe son dudosas debe ser juzgado de hereje conforme al adagio: <Dubius in fide, infidelis est>, <el que duda en materia de fe, es infiel>.

Pero yo no podía considerar los argumentos en favor de la revelación, según el catolicismo, como definitivamente concluyentes, sino como simplemente probables. La firmeza de mi conclusión no era, desde luego, una manifestación de orgullo. Era una exigencia de honradez personal. Tenía que elegir entre permanecer en el catolicismo y vivir el resto de mi vida en la mentira o ser fiel a mis convicciones personales y fundamentales y abandonar la Iglesia. Escogí la segunda alternativa. Me fue preciso decir con Lutero: <Me mantengo en esta actitud. No puedo hacer otra cosa>.

En el momento en que decidí, por honestidad, liberarme de los dogmas de Roma fue terrible. Hasta entonces la Iglesia había sido la base de mi vida, la roca sobre la que había edificado mis convicciones. Comprendí que había edificado sobre arena. El soplo purificador de mi examen la había barrido derrumbándose mi edificio ideológico. Me sumergí entonces en el torrente de la duda. No encontraba ningún apoyo. Debía buscar mi propio camino en la encrucijada de las diversas concepciones ideológicas.

Quizás cause extrañeza el que no me decidiera enseguida por el protestantismo, ya que es lo más parecido al catolicismo. La razón es sencilla: el protestantismo se nos había presentado siempre como una total necedad y en contradicción consigo mismo. Así, pues, el protestantismo era la última solución en que yo hubiera pensado. Se nos había enseñado: o católico o pagano.

Después de abandonar la Iglesia recibí una carta de una joven que me decía: <Que Vd. haya abandonado la Iglesia lo encuentro triste, pero que se haya hecho Vd. protestante no lo puedo entender. El protestantismo es, ciertamente, la más absoluta necedad que puede imaginarse>.

Es en verdad muy difícil que un católico pueda entender a un protestante. El católico sólo puede sentir muy vagamente lo que es la Reforma, ya que sólo mediante la lectura sería de obras protestantes o con conversaciones con auténticos creyentes evangélicos, lo que está absolutamente prohibido, puede conocer la fuerza y consolación que encierra la doctrina de la salvación por la fe en Jesucristo.

Se puede estudiar objetivamente el catolicismo. Es un sistema lógico y preciso hasta el detalle. Los dogmas son tesis perfectamente elaboradas. En el catolicismo se han

buscado, con la ayuda del pagano Aristóteles, distinciones de toda clase para evitar cualquier imprecisión racional.

El protestantismo se atiene esencialmente, por el contrario, a la Palabra de Dios. La vía de la revelación divina aflora en las Confesiones de la fe reformado. Por eso, la revelación divina no se deja encerrar en las mallas de un sistema: se escapa de él, como el agua de una red. El Catecismo de Heidelberg comienza con esta cuestión: <¿Cuál es tu única consolación en la vida y en la muerte?> ¿Quién puede intentar someter a la luz fría de la razón lógica la realidad que indica este vocablo, consolación? Se esfumaría como se desvanece la niebla al sol. Y, ¿qué decir de esta cuestión personal: <vuestra consolación?>. ¿Comenzaría así un filósofo? Ello bastaría para irritar a un tomista; el término consolación le parecería demasiado concreto: tiene el sello inefable de lo viviente>.

Escogí, pues, otro sendero: el del libre pensamiento. Me esforcé en construir una religión que no se basara más que en los postulados de la filosofía permanente y en los estudios del subconsciente. Deberían darme, pensaba, claridades nuevas sobre la naturaleza y la religión.

Fue ésta, en realidad, una labor ingrata y penosa, una búsqueda sin fin. Una gran nostalgia de Cristo me embargaba entonces; recordaba la alegría que había sentido al meditar sobre Él en el Nuevo Testamento y tenía la impresión de no poder vivir sin Él. ¿Qué haría sin Jesús? ¿Cómo presentarme ante la majestad infinita de Dios completamente solo?

Pero, momentos después, pensaba que estos rebotes cristianos eran reliquias de mi juventud y que no extirparlos era una cobardía. Me reprochaba el carecer de audacia para no romper con el cristianismo en cuyo seno había crecido y me comparaba a un pajarillo que osa encaramarse al borde de su nido, sin abandonarlo. Era el miedo ante la extensión del libre pensamiento. Me animaba diciéndome: <Lleva tu análisis hasta el fondo y persevera en este camino; te librarás un día de estas inhibiciones y triunfarás del miedo a la inmensidad>.

Por honradez estimaba un deber proseguir y, lleno de vacilaciones, perseveraba, como un barco que navega sin rumbo o como un vagabundo sin posada.

Mi análisis me fatigaba mucho. En ocasiones anhelaba que mis sentimientos cristianos y mis ideas católicas resurgieran como por milagro. Iba a confesarme y exponía mi combate y mi método. Pensaba: <Si la confesión es verdaderamente un sacramento debe tener el poder de resolverme mis dudas>. No sucedió ningún milagro.

En aquellos tiempos adquirió notoriedad una tal Juana Gorissen. Vivía en Steenberg, en el Brabante septentrional. Se decía que era una santa y que había sido agraciada con las apariciones de María y de su ángel custodio, llamado Solemne. Los relatos añadían que Solemne le había encendido el fuego un día.

El primer obispo que contribuyó a dar fe a estas afirmaciones fue Monseñor Lemmens, prelado de Roermond. Llevó a Juana a diversos conventos religiosos de Limburg, para dar un ejemplo de santidad y para promover la devoción a María. Grandes discusiones se originaron en los conventos, tomando unos partido por Juana y oponiéndose otros.

Con decepción de todos, el santo y sabio obispo de Breda secundó a Monseñor Lemmens. Con mucha frecuencia iban los dos juntos a visitar a la cándida y pequeña virgen de Steenberg.

Juana estaba alojada en la casa parroquial de De Welberg, pueblo en las inmediaciones de Steenberg. Era allí una reina. Según el reglamento del obispado de Breda, los vicarios debían recogerse antes de las once de la noche; pero Juana había dispuesto que el toque de queda se diera a las diez. El vicario de De welberg hacía caso omiso de dicha disposición con gran escándalo de Juana que, puntualmente, a las diez, cerraba la puerta de la casa. El vicario, empero, hombre joven, vigoroso y deportivo, entraba por un tragaluz. Cuando su obispo lo supo, le retiró de la cura de almas y le hizo examinar por un psiquíatra. Este no observó ningún síntoma inquietante y envió a monseñor el diagnóstico siguiente: perfectamente normal. Escuché cuanto he escrito de los labios del mismo vicario.

Después de la guerra, cuando las relaciones normales con el Vaticano se restablecieron, Roma ordenó una encuesta sobre el caso de la Virgen de Steenberg. El informe recibido por la Santa Sede no debió ser muy favorable, ya que, en todo caso, nunca más se ha vuelto a hablar de Juana.

En el tiempo en que tanto se la estimaba, quise visitarla con la idea de que, si ella era una santa, podría persuadirme a creer de nuevo en la doctrina católica.

Llamé a la puerta, me abrieron y me rogaron que volviese en otra ocasión. Era poco después de la liberación y la casa parroquial había sufrido muchos desperfectos en la guerra. En aquel momento se escuchaban golpes de martillo y el sordo ronroneo del soplete eléctrico de los pintores. Convine, sin dificultad, con el sacerdote que me abrió, que el momento no era muy propicio para un diálogo íntimo con la célebre Juana.

Tiempo después, el vicario antes citado me sacó a relucir los trapos de la <santa> y, de golpe, no tuve ya ningún deseo de visitarla. Nunca más tomé el camino de De Welberg.

Yo seguía andando por los senderos del pensamiento entre sombras. Lentamente nacía en mí la impresión de que, si siguiera caminando por estos vericuetos, perdería toda certeza y abocaría finalmente a la calle sin salida, sumido en un nihilismo completo, sin convicción alguna.

Podría extraer de la naturaleza humana las reglas que condicionasen mi vida, mas ¿quién me aseguraría que eran justas? ¿A qué deducciones falsas podría llevarme mi corta inteligencia? Y, ¿no existirían demasiadas ocasiones en que, a la hora de la tentación, mis instintos se impusiesen sobre mis fríos razonamientos? ¿No derrumbarían en un instante las tempestades de la vida el frágil castillo de naipes de mis principios morales?

Temía, además, el propagar una doctrina moral tan abstracta. Mi sistema no interesaría a las masas. No serviría más que para hundirlas aún más en el materialismo. Me habían impresionado las palabras de un sabio oriental: <Los hombres de occidente nutren sus cerebros pero dejan perecer de hambre sus almas>. Un sistema tan abstracto como el mío entrañaba el riesgo de que las almas pereciesen de hambre.

El motivo que me hizo, finalmente, abandonar este proceder fue la reflexión de que me llevaría, a fin de cuentas, a perder la certeza de la existencia de Dios.

Yo tenía una magnífica prueba de esta existencia en la contingencia de mi propio existir. Examinado desde un punto de vista puramente metafísico el argumento es verdaderamente convincente. Puede enunciarse así: Puedo dudar de todo pero estoy cierto de mi existencia. Sé con evidencia que su origen no soy yo mismo, puesto que mi ser es limitado y cambiante. Este simple hecho postula la existencia de un ser ilimitado e inmutable. Este ser es Dios. Él debe tener en sí mismo la fuente de su existencia, puesto que Él posee la plenitud del ser.

Sin embargo, la existencia de Dios me suscitaba un problema que yo creía importante. Un Dios inmutable no puede ser el origen de mi ser limitado y cambiante. En efecto: la decisión divina de crearme es algo, ya sea real o irreal. Si no es real, Dios no sería verdaderamente mi Creador y su creación no sería más que una exigencia del pensamiento humano. Si es una decisión real, implica algo necesario a su Ser, algo inherente a Él, y, en este caso, no sería yo sino una emanación del Ser divino, algo adventicio o accidental que le sobreviene; se darían, pues, en Dios, realidades accidentales unidas a su esencia inmutable. Pero un Dios cambiante no puede ser ciertamente Dios y no podría ser la causa necesaria de mi ser mudable.

Desesperé de encontrar una solución definitiva. Por un lado me decía: <Dios existe>. Por otro afirmaba: <Dios no existe>; <un Dios inmutable, libre Creador del mundo, es una noción contradictoria>.

Pero mientras me encaraba con estas problemas, un día, de repente, y, desde más allá de mis pensamientos y de mis sentimientos, desde lo más profundo de mi ser brotó una voz. Ella me gritó: <¡Dios existe!> No era una voz audible sino una convicción inquebrantable que surgía en mí. Quedé abatido como Pablo en el camino de Damasco. Me había abandonado el corcel de mi razón y me encontraba sólo delante de Dios, para preguntarle qué debía hacer.

No puedo explicar satisfactoriamente este hecho. Una auténtica conversión es obra de Dios. No somos nosotros quienes nos dirigimos a Dios, sino Dios quien nos lleva a Él. Es, pues, inevitable que existan lagunas en el relato de una conversión, detalles que escapan a todo análisis psicológico: son momentos en los que Dios interviene soberanamente.

Dios me había dejado caminar tirando, guiado solamente por mi inteligencia. Me había dejado andar por los caminos del pensamiento hasta agotarlos. Sólo entonces me hizo arrodillarme.

Estoy profundamente agradecido a Dios. Nunca más he creído que un hombre pueda alcanzar a Dios por el camino de la razón. Si Dios me hubiera detenido en medio del camino y me hubiera hecho retornar, la tentación me habría sugerido, a hurtadillas, llegar hasta el fin. El diablo hubiera podido insinuarme: <Si hubieras perseverado, habrías llegado a otras conclusiones. Por encima de la obscura complejidad de tus pensamientos habría surgido ante tus ojos un panorama luminoso e infinito. Tu espíritu habría dominado entonces el mundo entero.>

Volví, pues, a la revelación de Dios manifestada en la Biblia. Pero no podía retornar al catolicismo porque estaba más convencido que nunca de la imposibilidad de una certeza de orden natural.

No tenía más salida que el protestantismo. Sólo en la Reforma podría vivir ya. Y estaba seguro de que Dios no me abandonaría jamás y de que acabaría la obra que había comenzado.

Con todo entusiasmo me puse a estudiar el protestantismo. Pero tales estudios no me resultaban fáciles, pues carecía de permiso para leer libros protestantes y necesitaba, por consiguiente, profundizar las proposiciones luteranas que leía en algunos textos católicos. Pero mi actitud era ahora muy distinta, pues no condenaba, a priori, la teología de la Reforma.

La primera impresión que me produjo este estudio fue que ciertas objeciones que yo tenía contra el catolicismo no podía mantenerlas ante el protestantismo. La enseñanza de la existencia de un solo Mediador comenzó a atraerme. No tenía, además ninguna necesidad de imponerme penosos esfuerzos para encender en mí la devoción mariana ni de preguntarme, con ansiedad, si le concedía a María la debida atención. Podría entregarme, por fin, sin ninguna inquietud, a una comunión íntima con Cristo, como lo había hecho anteriormente, lleno de alegría, durante mis meditaciones evangélicas.

En las iglesias protestantes mi oración no sería distraída por piadosas estatuas, bellas unas y de deplorable gusto otras. No me sería necesario arrodillarme ante ellas ni incensarlas. Entraría en una religión que adora a Dios en espíritu y en verdad. No expondría nunca más sobre la mesa de disección del confesionario mi alma, para sufrir en él la fría inquisición de un hombre de oficio, de un sacerdote más o menos endurecido por la rutina.

Observé también cómo los protestantes no distinguían entre una certeza sobrenatural y una certeza natural, contentándose con hablar de la fe en el Señor Jesús. Iba hacia la luz de Dios en la Biblia, ya que la revelación divina en la naturaleza no esclarecía suficientemente mi espíritu y me sumía en la incertidumbre.

Supe que no se me interrogaría sobre la naturaleza de mi certeza y que la Palabra de Dios se encierra en la Biblia y no en los libros sagrados de las demás religiones. Los protestantes me admitirían entre ellos con la única condición de una firme seguridad en Jesucristo, el Hijo de Dios, muerto en la cruz por la expiación de mis pecados.

Así, pues, al principio mi simpatía por el protestantismo se derivaba de motivos negativos. Más tarde comprendería el secreto de la certeza de la salvación por la fe en Cristo, secreto que constituye la verdadera fuente de la alegría evangélica.

Pues, estimado lector/a, si usted todavía está buscando la certidumbre y la verdad mediante el uso de la razón humana, deje sus esfuerzos en vanos. La razón nunca podrá facilitarnos la certidumbre. Por eso, mi conclusión es: Hay solamente dos posibilidades, o el dubio absoluto o la fe absoluta. No trate de sugerirle a su corazón cierta certidumbre fuera de la fe en el único y suficiente Salvador Jesucristo. Este tipo de certidumbre inventada exclusivamente surge del miedo de la oscura noche del dubio completo, o del miedo de rendirse sin condición alguna a Jesús, la Luz del mundo.

Capítulo VIII

Angustias

El 10 de junio de 1947 volvía de dar un paseo por Rotterdam. Mi fatiga había disminuido y, con prudencia, le había expresado a mi provincial el deseo de doctorarme en filosofía. Esperaba ansiosamente la respuesta.

Al llegar al convento, en el corredor de la entrada, el portero me detuvo y me dijo: <Ha llegado para Vd. Una carta del Provincial. La he puesto sobre la mesa, en su habitación>. Subí los escalones de dos en dos, rasgué el sobre y leí:

<Reverendo y querido hermano:

Antes de la llegada de vuestra carta habíamos tomado una decisión sobre Vd., decisión a la que llevó un deseo del muy Rvdo. Padre General. Espero que no os sorprenda demasiado, aunque os parezca muy extraña. Hela aquí. La Provincia de Sao Paulo, Brasil, tenía nuestra promesa del envío temporal de un profesor para sus estudiantes del seminario mayor. A causa de la guerra no pudimos cumplirla. Con ocasión de la reapertura del Colegio Mayor de Roma, el Provincial de Sao Paulo ha insistido y el Padre General opina que no podemos rehusar lo prometido. En Brasil desean un profesor de filosofía. El P. General estima que Vd. Es la persona calificada para ese cargo y hemos decidido, en consejo, esta mañana, confiárselo. Naturalmente puede exponer las posibles objeciones que crea oportuna y que serán tenidas en cuenta.

Pido a Dios que le conceda una gran generosidad para que, con alegría sobrenatural, parta Vd. hacia esa misión tan rica en promesas. Esté bien seguro que prestará un gran servicio a la Congregación y al Brasil y que sus talentos serán así mejor empleados. Espero, con placer, una pronta respuesta, preferentemente por teléfono, a no ser que quiera objetarme algo.

Le doy las gracias anticipadas y le aseguro mi particular estima y mi amor fraternal en los Sagrados Corazones de Jesús y María.

Su servidor y hermano,
Charles Donker, Sup.Prov

La lectura de la carta me produjo vértigo, pues no esperaba su contenido.

Profesor de filosofía era un puesto que me entusiasmaba por naturaleza. Podría, de esta forma, entregarme de nuevo y plenamente a mis estudios, finalizando el trabajo, mortal para mi inteligencia, de predicar siempre los mismos sermones en las misiones o en los retiros. Podría nutrir de nuevas ideas mi espíritu hambriento. Podría profundizar hasta el fondo las cuestiones. Pero toda posibilidad de doctorarme parecía perdida. Debería estudiar autodidácticamente. Encontraba el sistema muy arriesgado, porque un autodidacta corre siempre el peligro de considerar las ideas unilateralmente. Es difícil, en verdad, edificar una doctrina viva sólo a base de libros. Mas lo que, más me contrariaba era tener que partir hacia Brasil. Tenía la impresión de que era un exilio, lejos de la cultura europea y que me empobrecía intelectualmente.

Mi situación espiritual me inquietaba también. Tenía un gran problema: ¿Debía abandonar la Iglesia? No me sentía maduro para tomar esta decisión. Mi combate no

había cesado todavía. No había pensado, sobre todo, en las consecuencias prácticas que se seguirían a mi salida.

Recorrí nerviosamente los corredores del convento y las avenidas de su jardín. Mi tensión interior no cesaba de crecer y me asaltó un estado de excitación tal que me era imposible razonar. Finalmente, transcurrida media hora, puse fin a aquella intolerable situación y, por teléfono, comuniqué a mi Provincial que, sin nada que objetar, aceptaba mi nombramiento. Me concedió entonces un mes de vacaciones y la autorización para pasarlas con mi familia.

El 14 de julio partí de Amberes en el barco <Henri Jaspar>. La partida fue muy dura. No volvería antes de diez años y, ¡cuántas cosas podrían suceder durante ellos! La agitación del puerto me había fatigado. Tardamos mucho tiempo en encontrar el buque y el sol me había dado de lleno sobre el rostro. Pero, ciertamente, este cansancio moderó la violencia de mis sentimientos.

El barco se alejó lentamente del muelle. Era el fin de todo un pasado agitado porque este suceso dividiría mi vida en dos y me haría salir de mi indecisión. Hasta entonces no había osado encararme seriamente con la resolución de abandonar la Iglesia, Aunque había perdido en los últimos cuatro años, mis creencias católicas, rehuía siempre semejante resolución.

Me parecía imposible abandonar mi Iglesia; no creía tener valor para hacerlo algún día. Una decisión tal entrañaba para mí demasiados y grandes sacrificios. Me costaría tales tensiones íntimas y tal conflicto sentimental que quedaría agotado.

En mi viaje a Brasil esta cuestión se impuso, sin embargo, a mi espíritu. En la soledad, en pleno océano, de cara a un porvenir enteramente nuevo, una voz se elevó en mí y me acusó de cobardía: <Tú no eres más que un débil y un hipócrita. Presumes de convicciones que no tienes>. Comprendí que debería tomar una decisión. Esta continua oscilación acabaría siendo insoportable.

Afronté, pues, con todas mis fuerzas, la eventualidad de mi salida de la Iglesia. Este debate me fue tan penoso que renuncié a reflejar en estas líneas el sufrimiento que me causó. Sólo un sacerdote que haya pasado por la misma prueba, puede comprenderme plenamente.

Debía abandonar la Iglesia en la que había crecido, la Iglesia de mi juventud; la Iglesia que había amado y por la cual había combatido; la Iglesia por la que quería sacrificarlo todo, hasta aceptar incluso el martirio. Debía también renunciar a mi sotana que me había proporcionado muchas alegrías. Con ella me sentía un ser de vocación elevada. Ella se había convertido en parte de mi persona. La idea de que debía vestirme con un simple traje burgués me parecía una profanación. Nunca más celebraré misa ni escucharé confesiones. Jamás asistiré a los moribundos ungiéndoles con la Extrema Unción. El carácter sagrado de mi persona desaparecía, aunque según la doctrina romana, el sello invisible de mi sacerdocio permanecería impreso para siempre en mi alma. Me convertiría en un ser profanado; mis manos consagradas serían en adelante manos vulgares. Y ¿qué diría mi familia? Para mi madre, sobre todo, ¿qué significaría mi decisión? ¿Mi piadosa madre se había sentido tan dichosa el día de mi consagración sacerdotal! Ella misma había pensado durante mucho tiempo entrar en un convento. Había orado mucho para conocer la decisión de Dios sobre este punto y, finalmente, había estimado que Él la destinaba al

matrimonio. Su hijo había realizado lo que ella había soñado antes... Y ¡he aquí, él le haría vivir la terrible prueba de ser la madre de un sacerdote apóstata!

Pensaba también en la humillación que sufrirían las gentes de mi pueblo: ¡su primer sacerdote, un apóstata!

Pensaba en mis amigos católicos de quienes había recibido tantas atenciones o a quienes había ayudado, como director de sus conciencias, en las luchas íntimas que debían sostener. ¡Qué decepción sufrirían!

Pensaba en mis superiores. Me habían enviado al Brasil para ocupar un puesto de confianza que debía contribuir, no sólo a mi formación intelectual, sino también a la formación moral de futuros sacerdotes, de quienes debería ser confesor y director espiritual, o sea, el hombre de quien dependería, en parte, el acceso de sus ideales sacerdotales. ¡Qué pensarían ellos!

Anticipadamente sentía gravitar sobre mí la reprobación de la gran Iglesia católico-romana, tan vasta como el mundo entero. Sería para siempre, a sus ojos, estigmatizado como un criminal. Mi salida pondría sobre mi frente un signo invisible como el que señalo a Caín. Se me tacharía de apóstata, traidor, desertor.

Recordaba muchos relatos sobre sacerdotes apóstatas. Había oído referir, en una predicación, cómo uno de ellos, caído en la más absoluta miseria, se había dirigido a su viejo obispo para suplicarle una limosna. El obispo le entregó algún dinero y el miserable compró un puñal, con el que un día más tarde le asesinó.

La sola perspectiva de que yo saliese de la Iglesia me era, inicialmente, intolerable. Me sumergía en inquietudes. Tenebrosas olas de angustia batían mi alma. Creía tener la boca llena de cenizas y me sentía vacilar al borde de un abismo.

No podía, al principio, pensar en todo ello más de media hora. Pasado este tiempo, su sola evocación me hacía temblar y abandonaba todo pensar. Intentaba luego reflexionar otra vez, para dejarlo de nuevo enseguida. A pesar de ello, cada día podía dedicar más tiempo a esta reflexión. Al fin del viaje, podía pasear sobre la cubierta del barco durante tres horas en lucha conmigo mismo, contra mis angustias y contra mi cobardía.

Lucha agotadora. Me sentía a veces mortalmente fatigado. Me inclinaba entonces sobre el pretil de la cubierta, miraba la agitación incesante de las olas y pensaba en la superficialidad de las cosas, en ese continuo ir y venir. Quizás yo mismo me arrastraba en un devenir eterno. ¿Por qué, pues, atormentarme tanto? Miraba también a lo lejos, hacia el horizonte, y entreveía el paraíso de reposo y de paz. Me evadía durante unos instantes del barco, de mis luchas, de mi angustia y me sumía en el mundo de los sueños.

Dios, empero, permanecía junto a mí, me protegía y me daba la fuerza necesaria para seguir la voz de mi conciencia y romper con mi cobardía.

Pero no había tomado todavía la resolución definitiva: sólo había considerado seriamente la posibilidad de mi salida. Había querido preparar mi alma para esta consecuencia extrema y ensayar mis fuerzas. Con lentitud, pero con seguridad, iba naciendo en mí la convicción de que un día daría el paso decisivo. Estaba seguro que no me arrepentiría en el último minuto, en el instante de franquear la frontera <del otro mundo>. Debía pasar cinco meses en el convento de Padres holandeses en Juiz de Fora para aprender allí el idioma portugués. Decidí durante ese tiempo examinar una vez más la cuestión y tomar una decisión inquebrantable y definitiva.

Nuestro barco hizo escala en Bahía. Los Redentoristas tienen un convento en esa ciudad. Un joven religioso me acompañó y durante el camino me habló de la corrupción de costumbres en el país. Nuestros Padres regentaban una iglesia que era lugar de peregrinación. Al llegar al convento vimos un hombre que oraba totalmente abstraído en sus meditaciones. <Sánchez – me dijo el Padre-, es muy posible que esta misma tarde visite un burdel. Así son aquí las cosas. Cuando preguntamos en el confesionario a los jóvenes si han tenido contacto con prostitutas, nos responden con frecuencia: Ya, pero siempre las he pagado.>

Algunos Padres, ya entrados en años, me hablaron de las experiencias de los primeros Redentoristas llegados al Brasil. Cuando se dirigían a una parroquia para predicar una misión que debía durar diez días, sucedía con frecuencia, que el párroco les indicaba una habitación y una damisela con la que podían cohabitar durante ese tiempo. Felizmente, la situación ha cambiado totalmente desde entonces.

Estos relatos me afirmaron en mi convicción de que la Iglesia de Roma no es la verdadera iglesia de Cristo. Brasil es un país católico. El catolicismo no ha sido ni es allí frenado en su expansión por el protestantismo como sucede en los Países Bajos. La Iglesia Romana puede, pues, desplegar plenamente sus fuerzas y trabajar con plena libertad. Y, sin embargo, el catolicismo es mucho más serio y profundo en los Países Bajos que en el Brasil y los demás países netamente católicos como Bélgica, Francia, Italia y España. ¿Será, pues, para Roma una bendición la <maldita herejía? ¿Será la hija herética quien saque a su madre del lodazal?

Nuestro viaje terminó en Río de Janeiro. Al día siguiente de nuestra llegada me dirigí al convento de Foresta, que era también un gran seminario regido por los Redentoristas holandeses en el Brasil.

Me entregué de nuevo al estudio. En la biblioteca del convento leí todas las obras que versaban sobre el protestantismo y pesé los argumentos de una y otra parte y las refutaciones que los teólogos católicos oponen a los protestantes.

Discutí mucho con los profesores del seminario. Frecuentemente nuestras disputas se cifraban sobre la naturaleza de la fe y las relaciones entre naturaleza y gracia. Según Roma, la gracia es una realidad sobrenatural y ni puede ser percibida por facultades naturales. Mi dificultad era la siguiente: ¿Qué provecho puedo sacar de una gracia que no puede entrar en mi conciencia? Si la gracia es una fuerza de un orden totalmente diferente, ¿qué ayuda puede dar en la lucha contra el pecado?

Los profesores me pusieron en guardia muchas veces. Juzgaban peligroso el análisis del acto de fe. Estimaban que quien lo estudia demasiado se expone a perderla. Más tarde, en el seminario de Tieté, reemprendí estas discusiones hasta el punto que los demás me llamaban <el protestante>. No podía, evidentemente, abrirme a ellos y contarles mi combate íntimo. Les proponía solamente las cuestiones de esta forma: Si un protestante me presenta esta dificultad, ¿qué debo responderle?

Semejantes disputas no me dieron en realidad luz alguna. Se me reservaban las mismas respuestas estereotipadas que había refutado hacía tiempo. Me convencí, pues, de que mis ideas estaban tan bien fundamentadas que no podían ser impugnadas.

En aquellos días recé con gran intensidad. Mis oraciones no eran largas porque mis estudios, mis debates interiores y mi introspección acaparaban toda mi atención. Mi oración era, poco más o menos, así: <¡Oh Dios mío, envíame el sufrimiento más

grande que exista en el mundo, antes de permitir que mi decisión no sea conforme a tu voluntad!> Me esforzaba entonces en representarme los más grandes dolores de este mundo, los tormentos de los campos de batalla, de concentración y de los hospitales. Después de representarme al vivo todos estos martirios del cuerpo y del alma le decía a Dios: <Todo esto antes que ofenderte por la decisión que quiero tomar y ponerme así en peligro de perder mi alma>.

Cuando rezaba así, experimentaba invariablemente un gran sentimiento de paz. Me convencía fuera de dudas que era rigurosamente honrado; no me empujaban móviles secretos e interesados. Escuchaba, aún, la voz de Dios que me decía: <Persevera. Ese camino que quieres emprender es mi camino>.

Entonces tomé la decisión final de romper con mi pasado. Una resolución tal requiere todas las energías del ser concentradas en la voluntad. Se alza por encima de todas las emociones y eleva el alma sobre toda otra agitación inferior. Me representé, en un instante de intensa concentración el conjunto de todos los argumentos. Y entonces dije: <Sí>. Este sí resonó en lo más íntimo de mi ser. Se convirtió en la misma respiración de mi intimidad. El momento que le precedió tuve la sensación de tener mi vida entre las manos y me sentí como quien, las manos firmes sobre el timón, va a dar a su vida un nuevo derrotero.

Desde este instante afronté las situaciones de forma totalmente distinta. Mis hermanos en religión se me habían vuelto extraños. Permanecía ajeno a sus proyectos sobre mi porvenir. Aceptaba sus alegrías, pero sus gozos o tristezas no influían para nada en mi resolución. Seguía vistiendo el hábito de la Congregación pero, de corazón, había dejado de pertenecer a ella.

Un día hablaron los Padres acerca de la gran actividad de los metodistas en el Brasil y uno de ellos afirmó que tenían un internado donde educaban muchachas jóvenes, formadas de modo especial, con vistas a la seducción de los sacerdotes. En la conversación alguien mencionó a un sacerdote convertido al metodismo y que enseñaba en el colegio protestante de Juiz de Fora. Se le juzgó con desprecio. Mientras dialogaban, yo pensaba que un día les abandonaría y que entonces hablarían de mí de la forma más insultante. Esta reflexión me apenó, porque, a pesar de mi distanciamiento interior, lazos de afectos me unían todavía a ellos. ¡Vivíamos tan cerca los unos de los otros! Uno de los resultados de mi decisión fue encontrarme en el convento como desplazado; me aburría extraordinariamente.

Todo hombre ha conocido el aburrimiento alguna vez. Nace del sentimiento de que no vale la pena lo que se hace. El aburrimiento no es, pues, sino tiempo vivido sin ningún fin concreto. Es también tiempo sin amor. Cuando se aburre, el hombre no sabe qué hacer con sus energías ni con sus facultades. Las fuerzas inactivas se vuelven contra él y provocan un sentimiento próximo al asco.

Mi presencia en el convento no tenía ninguna razón de ser y un inmenso aburrimiento me embargó. A veces la misma vida conventual encierra una gran dosis de aburrimiento. Los conventos son, por excelencia, los dominios del aburrimiento: ningún rincón se libra del aburrimiento, a éste se le encuentra vagabundeando plácidamente a lo largo de los corredores.

Este aburrimiento nace principalmente de una ausencia de amor. Son los mismos religiosos quienes han dado de sus conventos esta definición: <Un lugar donde se entra sin conocerse, donde se vive sin amarse y donde se muere sin llorarse>. Este

último rasgo me parecía particularmente inhumano. Cuando un religioso moría no se veía ningún signo de emoción, ninguna lágrima se derramaba. Desaparecía sin dejar ningún vacío y apenas si alguien manifestaba un leve sentimiento de lástima.

Difícilmente podía ser de otra forma. En el convento, los religiosos viven estrechamente unidos, unos son testigos de la vida de los otros y no pueden ocultarse las manifestaciones del propio egoísmo, como sucede también en el matrimonio; pero en éste el amor mutuo hace posible y llevadero este recíproco conocimiento, lo que no ocurre en el seno de las comunidades.

En un convento toda amistad particular está rigurosamente prohibida en razón de la soledad del religioso; no se dan en las muchas disputas porque se vive en mera yuxtaposición. El amor está ausente y la vida social carece de encanto. Por este motivo los recreos son especialmente aburridos.

Teníamos una hora de recreo obligatorio después de la comida y tres cuartos de hora después de la cena. Como estaba prohibido jugar, el recreo consistía en dialogar. Pero, ¿de qué hablar? Los temas de conversación eran muy reducidos y carecían de interés. Los días se parecían unos a otros como dos gotas de agua. Un ritmo uniforme de ejercicios religiosos los unía y los soldaba, como los anillos de una cadena sin fin.

Deambulábamos durante veinte minutos por el jardín o por los claustros, en caso de lluvia. Después, el superior daba una señal y nos dirigíamos a una sala. Este era el único cambio y, paseando o sentados en el salón, debíamos hablar, hablar siempre, sólo hablar.

Se comprenderá, pues, fácilmente, por qué el hermano lego, que con un toque de campana ponía fin al recreo, la llamase irónicamente <el libertador>. Era ciertamente aliviador terminar con aquellas charlas y retirarse a la habitación privada.

Uno de los religiosos repetía con frecuencia este gesto cómico: a mitad del recreo sacaba su reloj y decía: <¡Asustaos! ¡Os queda todavía media hora de recreo!>.

Un santo canonizado ha declarado que la vida de comunidad es la máxima penitencia. El consideraba el trato con sus hermanos en religión más penoso que los golpes de las disciplinas y que cualquier otra mortificación corporal. Ciertos miembros holandeses de nuestra Congregación tenían fama de ser caracteres particularmente desagradables. El superior procuraba que fuesen convenientemente distribuidos en las diversas casas de la Orden. En ocasiones, sin embargo, la distribución fue desafortunada y coincidieron en una misma comunidad dos o tres de estos individuos. Los demás no tardaban en protestar enérgicamente.

Algunos Padres se esforzaban en ser amables por motivos sobrenaturales. Pero se notaba que su actitud no era normal y que dominaban sentimientos de antipatía. Admiraba sus esfuerzos mas resultaba molesto notar lo artificial de ellos.

Vista desde el exterior la vida conventual parece admirable. Tiene, ciertamente, bellos aspectos, como ya queda dicho. Pero los hechos que acabo de referir empañan el brillo de esta vida llamada de perfección. En los tiempos en que todavía no estaba dudando, se me ocurrió pensar que debería pasarme a una congregación u orden más austera, a los Trapenses o Cartujos, por ejemplo. Estas viejas órdenes, que practican el silencio total, me atraían. Quizás, pensaba, podría encontrar en ellas la perfección.

Pero cuando tuve ocasión de sustituir al Rector de la clínica <Charitas>, de Roosendal (Holanda), conocí a un padre trapense. Este me contó lo que ocurría en su abadía y me enteré de que, entre esos héroes del silencio, el corazón pecador del hombre no puede menos de manifestarse. Sus comunidades abundan en pequeñas envidias y enemistades.

Poco antes había conocido ya hechos semejantes. Existe una rama femenina de los Padres Redentoristas. Estas monjas no pueden salir jamás de sus conventos a no ser para votar. En el convento de Partij, cerca de Witten, esto suponía una verdadera desventaja para las monjas alemanas que, por serlo, no podían acudir a las urnas para votar un diputado católico. Cuando las holandesas abandonaban el convento para cumplir con su deber electoral las que quedaban debían contentarse con ver, a través de las rejas del locutorio, cómo se alejaban sus hermanas y se iban <al mundo>. Los días de elecciones parciales, ello constituía un regalo extra muy apreciado por las religiosas. Mas no insistamos demasiado.

Otro ejemplo. Existía otro convento de estas mismas monjas en V., que era un verdadero nido de disputas. Cada tres años debían las religiosas elegir su superiora. Estaban divididas en dos partidos y jamás el bando vencido aceptaba su derrota. Nuestros Padres debían dirigirse allí y calmar las pasiones. En los combates de la Liberación cayó una granada en el convento y mató a una de las dos dirigentes. Los Padres respiraron aliviados, pues imaginaron que las luchas habían cesado para siempre.

Encuentro esta historia muy triste. He ahí religiosas contemplativas, sin ninguna ocupación social como la de cuidar enfermos o impartir la enseñanza. Han llevado al convento una dote adecuada y viven tan magníficamente que es preciso ser rico para hacer voto de pobreza entre ellas. La sola razón de su existencia, sin utilidad social alguna, es, pues, la oración y la búsqueda de la perfección. ¡Qué vacías deben ser, en estas condiciones, unas vidas desgastadas en vanas disputas!

El aburrimiento propio de la vida religiosa alcanzaba su más alto nivel, creo yo, en el convento de Tieté. Eramos allí religiosos: ocho brasileños, un alemán y yo, holandés. Un riguroso Superior mantenía con firmeza las riendas de la disciplina. El aburrimiento rezumaba por los muros. Era un fuego sin llama, un canto sin melodía, un rostro sin ojos.

La vida conventual es una tentativa sublime pero condenada al fracaso, porque los hombres aportan a ella, aún en la intimidad de sus celdas, su perversa naturaleza. Los conventos son una especie de trágica llamada al Evangelio. En ningún otro sitio aparece más claramente que el hombre debe vivir esencialmente del perdón de sus pecados. La vida religiosa no tiene otro fin sino alcanzar con un heroico esfuerzo, la altura sublime de una existencia inmaculada de pecado, mediante la austeridad y los ejercicios de piedad. Pero la escalada termina casi siempre en una caída. ¿Puede alguien decepcionarse si ante estos repetidos fracasos la mayoría de los religiosos acaban por estacionarse, desalentados, al pie de esta montaña inaccesible, intentando, a lo más, pequeñas y breves subidas? ¿Es realmente sorprendente que, a la larga, busquen compromisos entre el magnífico ideal y la dura realidad de su naturaleza humana? ¿Quién se atreverá a reprochárselo?

Para mí cesaría muy pronto esta muerte viviente. Las aguas correrían de nuevo por el lecho del torrente cuyo manantial yacía moribundo. La lámpara ardería enseguida

con viva llama. Me alejaría de este mundo de quimeras para dirigirme a un mundo de ásperas pero atractivas realidades. Cesaría de soplar un aire viciado. El soplo de la inmensidad llenaría bien pronto mis pulmones.

Capítulo IX

Avenida del 7 de septiembre 398

Fue unos días antes de Navidad. Pasaba una semana en Río de Janeiro antes de dirigirme a Tieté, donde, en febrero, debía comenzar un nuevo curso.

Era el momento oportuno para probar fortuna. Quizás no encontraría protestantes en Tieté. Y, además, siendo Tieté una pequeña ciudad, sería peligroso buscar allí protestantes y, sobre todo, a un pastor. Pero ¿cómo encontrar un pastor en Río? No podía, evidentemente, preguntarlo en el convento, pues me responderían enseguida: ¿para qué busca Vd. un pastor protestante?

Se me ocurrió entonces consultar la guía telefónica. Busqué en ella la sección <iglesias>, iglesias. No encontré, naturalmente, ninguna iglesia holandesa. Debía tener sumo cuidado para no caer en manos de los espiritistas, numerosos en el Brasil. Ví, al fin, un nombre conocido: <Igreja Metodista>. Sabía que los metodistas eran protestantes y había oído hablar de su actividad en Juiz de Fora y en el resto del inmenso país. Anoté la dirección: Avenida 7 de Septiembre, 398, y cerré la guía. Nadie me había observado ni podría ponerme obstáculo alguno.

Afectando la más absoluta calma, me dirigí al jardín no lejos del cual se eleva el Tijuca, un monte de más de mil metros de altura. Su masa rocosa dominaba el convento y me sentía ante ella como ante la eternidad, a prueba del tiempo. Pensé que la decisión que iba a tomar tendría también valor de eternidad.

Resurgieron, de repente, todos los lazos que me unían a la Iglesia. Veía de nuevo la mano de Roma extendida hacia mí y oía su voz: ¡No puedes hacerlo! ¡Cometes un delito de traición! ¡Si ejecutas tu proyecto, te condenarás eternamente!>

Iba y venía bajo las palmeras. Era verano. Los cocos estaban ya maduros y debía evitar que cayeran sobre mi cabeza.

¿estaría muy lejos la Avenida del 7 de Septiembre? ¿Qué haría el pastor? ¿Me recibiría amablemente?

Dudé aún durante dos horas. ¿No debía esperar? No, sabía que entonces o nunca. El tiempo corría y días más tarde yo debía partir de Río.

Más allá del jardín trepidaban los autos y lucían los tranvías. En el convento, los Padres ignoraban mi drama. En la rama de un árbol un pájaro lanzaba un trino monótono y triste. Observé cómo una abeja libaba en la corola de una bella flor.

Repasé una vez más todas mis ideas. No había duda alguna: no podía seguir siendo católico y el protestantismo era para mí la única salida posible. Debía abandonar la Iglesia, era mi deber hacerlo y debía actuar.

Decidí, pues, dirigirme al pastor metodista. Recorrí todavía cien veces el jardín, para afirmarme en mi resolución. <Iré, me dije, cueste lo que cueste. Iré>.

Tomada la decisión, sentí la necesidad de actuar rápidamente. Corrí casi hasta la portería. <Debes tranquilizarte, me repetí. Calma, calma. Ninguna agitación que pueda aparecer sospechosa. No reflejes ninguna agitación que pueda aparecer sospechosa. No reflejes ninguna ansiedad en tu rostro>.

Volví al jardín para dominarme por completo y poder preguntar después, con naturalidad, qué tranvía me llevaría a la Avenida del 7 de Septiembre.

Me dirigí de nuevo a la portería para preguntar al portero. Una vez más, pensé: <¿Estoy completamente dominado? ¿No tiembla mi voz? ¿No refleja inquietud mi rostro?> El portero no me respondió inmediatamente. Me miró fijamente y pude leer en sus ojos esta pregunta: <¿Qué querrá hacer en esa Avenida? Conocerá a alguien en Río? Sólo lleva cinco meses en Brasil>. Después de unos segundos de intolerable espera, me dijo: <El tranvía Malvinda Reis>. <Merci>, le contesté. Me arrodillé en el corredor para rezar el Tantum Ergo y salí.

Es realmente difícil aquilatar conscientemente lo que significa andar de manera "normal y tranquila". Surgen pues cuestiones como: <¿ No ando corriendo, nervioso, o demasiado patoso? No le sé, pero me parecía sentir, clavada en mis espaldas, la mirada del portero. No debía volver al convento, empero, porque hubiera levantado sospechas.

La parada no estaba, afortunadamente, muy lejos. Cuando llegué a ella giré sobre mis espaldas. Muy cerca se levantaba la amenazadora construcción del convento con sus ventanas enrejadas. ¿Me acechaba desde su oscura celda, invisible, el portero? ¿Podía observarme sin que yo le viera? Paseé un poco, yendo y viniendo, y dirigí mis ojos en otra dirección.

Pasaron algunos tranvías. Finalmente llegó uno con rótulo esperado: <Malvinda Reis>. Subí con el corazón palpitando fuertemente. Las personas que iban en él me dieron la impresión de mirarme fijamente. Ante mí estaba sentada una mujer que iba de compras. ¿Pensaba en ellas? ¿Pensaba en sus hijos, en su marido?

Quería adivinar por qué viajaban todos en el tranvía. ¡Un mismo trayecto puede tener tan distintas finalidades! Para mí, aquel viaje era de vida o muerte, una evasión del mundo en donde se vivía bajo la amenaza de la condenación eterna y de la excomunión.

<Avenida 7 de Septiembre, número 398>. Esa era mi meta. Pero ¿dónde estaba esa Avenida? Preguntar me parecía peligroso; no hacerlo lo era también, pues yo no podía perder tiempo, ya que debía regresar al convento antes de las ocho de la tarde. En las esquinas de las calles miraba, con toda la atención posible, las placas indicadoras. Pero el tranvía marchaba tan veloz que no podía leerlas.

El trayecto me parecía muy largo. ¿Me había sobrepasado? Me llené, pues, de coraje y echando mano a todo el portugués que sabía pregunté a mi vecino de asiento dónde debía apearme para ir a la Avenida del 7 de Septiembre. Sin aliento, esperaba que todo el tranvía me dijera quién vivía en esa Avenida en el número 398. Naturalmente sólo me respondió el interpalado: <¡Oh! Va Vd. Bien, Padre. Yo me bajo en la misma parada>.

Finalmente, llegamos. Hubiera querido ir solo pero el brasileño me dijo cortésmente: <Le acompaño, reverendo Padre>.

Atravesamos la calle hacia los números pares. 340., 348., 356... <Amigo mío, pensaba yo, ¿por qué no te despidas ya? 372., 378... <Pero, Padre, me dijo mi acompañante, ¿no se ha confundido Vd? Aquí vive un pastor protestante y ahí al lado puede Vd. Ver su iglesia!> Con afectada indiferencia tomé mi agenda, hice como si buscara una dirección y respondí: <No hay error. Esta es la dirección que me han dado. Tengo aquí apuntado el número. Bonsoir, monsieur, merci. Boa noite, senhor. Muito obrigado>.

Llamé mientras mi brasileño alcanzaba el otro lado de la avenida. Se detuvo entonces unos instantes y me observó. Lo miré también y emprendió de nuevo su camino pero, tras unos pasos, se volvió otra vez hacia mí.

Toda clase de ideas cruzaron por mi mente. ¿Era, quizás, un amigo del convento y se dirigía a telefonar rápidamente al superior? Deseché la idea; si hubiera conocido los Padres, me habría hablado de ellos durante el trayecto.

La puerta se abrió y me encontré en presencia de una niña de unos nueve años. En mi incorrecto portugués y sin conocer siquiera el nombre del pastor, le pregunté: <¿Vive aquí el jefe de la iglesia metodista?>

La pequeña, manifiestamente asustada, seguramente por mi hábito negro y por mi acento extranjero, corrió hacia al interior de la casa y gritó: <¡Mamá, mamá!>

Vino entonces una dama muy amable y repetí la misma pregunta. Me contestó: <Sí, Padre, pero mi marido ha ido a hacer una visita. Si lo desea lo telefonaré y estará aquí antes de diez minutos>.

Me conduja al recibidor que parecía ser, al mismo tiempo, gabinete de trabajo. Todo era allí adecuado y no había lujo alguno. Los minutos transcurrían en una espera ansiosa. Recordaba todos los relatos que en mi infancia había escuchado sobre los protestantes. Lutero, que había abandonado la Iglesia para casarse con una monja. Enrique VIII, que para poder cometer adulterio introdujo el anglicanismo en Inglaterra. Y la historia de unos soldados protestantes que, llenos de odio a María, habían disparado sobre una estatua suya y habían muerto enseguida en las más trágicas condiciones.

¿Qué iba a hacer yo? Podía todavía alejarme, abrir la puerta y marcharme. Cuando llegase el pastor sería demasiado tarde.

Otra vez obedecí mis convicciones. No, no debía marcharme. En la Iglesia de Roma no encontraría jamás la paz. El protestantismo era mi único recurso. Sin él, debería vivir sin Cristo en un camino sin salida.

Escuché cómo giró la llave en la cerradura. La suerte estaba echada. El Pastor Adriel de Souza Motta se reveló como un hombre muy amable. Me dijo que me pusiera todo lo cómodamente posible. Le hice conocer el motivo de mi visita, diciéndole la convicción de que me era imposible permanecer en la Iglesia de Roma y que esperaba encontrar en el protestantismo la paz de mi alma.

Adriel me expuso entonces, brevemente, la esencia de la doctrina de la Reforma. Me dijo que el hombre no puede salvarse sino por la fe en Jesús, como su único, perfecto y personal Salvador. Me leyó enseguida los artículos de la confesión metodista.

Le escuché con toda la atención de que fui capaz pero no comprendí todo cuanto me dijo debido a mi escaso conocimiento del portugués y porque estaba tan excitado que apenas podía seguirle.

Al despedirme - no podía permanecer mucho tiempo allí so pena de llegar tarde al convento - le prometí que, después de cuatro días, le comunicaría por carta mi decisión de permanecer o no en contacto con la Iglesia metodista.. Asintió y me recomendó que tomara mi decisión con plena libertad. Me aseguró también que no debía temer ninguna indiscreción de él, aún en el caso de que me decidiera a permanecer en la Iglesia. Este rasgo me pareció exquisito.

Me propuso que, para terminar, orásemos. Accedí lleno de curiosidad. ¿Se vestirá de un hábito litúrgico de los protestantes? ¿Buscará un libro litúrgico?, me pregunté. ¿Abrirá un grueso libro y pronunciará sobre mí algún exorcismo?

Todo fue muy sencillo. Se puso de pie, metió la mano en el bolsillo, cerró los ojos y empezó a hablar con su Dios. ¡Qué contraste con el ceremonial romano!

Le encontré, en verdad, un poco exagerado. Aún ahora me cuesta comprender que se hable a Dios con una mano en el bolsillo. Me parece que el respeto a la majestad divina exige necesariamente una compostura reverente. Dios es realmente nuestro Padre en Jesucristo; pero es también el Dios tres veces Santo ante el cual los ángeles se inclinan con un santo temor.

De todas formas su plegaria me emocionó profundamente. Con palabras muy sencillas expuso mi combate ante el trono de Dios y le suplicó que me concediese la fuerza de alma necesaria para tomar una acertada decisión. Le pidió también a Dios, con una voz que me conmovió, la luz del Espíritu Santo. Tuve la impresión de que aquellas palabras reflejaban una íntima comunión con Dios. Este pastor no es, ciertamente, un instrumento de Satanás.

Al despedirme, sus cuatro hijitas vinieron a saludarme y me tendieron sus pequeñas manecitas. Avanzaron hacia mí con vacilación y retiraron de mi mano, muy pronto, las suyas. Aquella vida de familia me agradó intensamente. Pensé que, si abandonaba la Iglesia, también yo podría formar una familia, podría ir por la vida con una mujer que sería mi amiga y con quién podría hablar de todo, una mujer que me sostendría con su amor.

Ya en la calle, me di cuenta de que era de noche. Las luces estaban encendidas. Tuve un sentimiento de irrealidad. Era como si entrase en un nuevo mundo.

De repente, empero, me acordé del hombre que me había acompañado. Miré a lo largo de la Avenida pero no le divisé. ¿Habría advertido a mi superior? ¿Sospecharían en el convento lo que me había ocurrido?

Llegué durante la cena pero tuve la suerte de que el superior estaba ausente y sus subalternos más inmediatos no concedieron ninguna importancia a mi retraso.

Muy pronto reapareció mi conflicto interior. Retrocedí ante la importantísima decisión. Tocaba mi sotana y pensaba que la iba a trocar por simples y burgueses trajes. A veces, cuando paseaba con otros Padres por el jardín, mi secreto me oprimía.

Tuve todavía dos días de duro combate. Pero llegué de nuevo a la misma conclusión: debía seguir el camino que había emprendido.

Comuniqué mi decisión al Sr. Adriel, tres días después. Yo estaba decidido a permanecer en contacto con su Iglesia.

Al día siguiente marché a Aparecida do Norte, el lugar de peregrinación más visitado del Brasil. El río de la región, el Paraíba, forma en aquel lugar unos meandros con la forma aproximada de una eme. Según la leyenda, una estatua de la Virgen fue allí encontrada y, por ello, se construyó una iglesia en el lugar en donde el río traza la primera letra del nombre de María.

Esta iglesia está regentada por los Redentoristas. Pasé allí tres días. Había una gran muchedumbre de peregrinos. Les veía avanzar de rodillas sobre la explanada que hay ante el templo para cumplir sus votos. Otros rezaban arrodillados, extáticos. Se escuchaba el murmullo de la masa. Me hizo la impresión de un paganismo casi diabólico. No se observaba ningún rasgo de verdadera piedad.

Una diminuta y pobre mujer se acercó a mí y me entregó un pequeño bote lleno de monedas. Era su ofrenda a Nuestra Señora de Aparecida ¿Cuánto tiempo había necesitado para reunir aquellas monedas? ¿Cuántas renunciaciones se habría impuesto con este fin? Me miró radiante de alegría. Veía en mí un mensajero de Dios. Si le expresaba mi satisfacción, sería para ella la palabra de Dios. Le di las gracias lo más amablemente que pude, experimentando por ella una gran compasión. ¡Por qué vana ilusión se sacrificaba!

Me dirigí a la sacristía y entregué el pesado bote al sacristán. Sin apenas mirarlo lo depositó en la caja fuerte. Tenía demasiado trabajo. Y, ¿qué importancia tenía aquel pequeño bote comparado con los millones que entraban en la caja cada año? Felizmente, pensé, Dios tiene tiempo para agradecer la ofrenda de la viuda.

Estas peregrinaciones constituyen una abundante fuente de riquezas para los Redentoristas del Brasil. Pero no todo el provecho es para ellos. Deben firmar cada año un contrato con el Arzobispo de Sao Paulo estipulando la gruesa suma que debe pasar a la caja diocesana.

Proseguí enseguida viaje a Sao Paulo, para pasar allí unos días. Adriel había enviado antes cartas certificadas al pastor Nocetti, a quién debía visitar tan pronto como pudiese. Así lo hice y convinimos que permanecería en la Congregación un semestre. Vendrían entonces las vacaciones y mis superiores podrían buscarme un sustituto. Los seminaristas de Tieté pasaban sus vacaciones no lejos de Sao Paulo. Les visité para conocer mi futuros alumnos. Me recibieron con gran cordialidad y confianza. Esto me entristeció. Poco tiempo después, pensaba, les causaría una amarga decepción. Sería para ellos un enigma y, posiblemente, verían en mí un traidor.

Tomando el mismo tren con destino a Tieté me invadió una invencible tristeza. Pensaba en mis alumnos y veía sus caras jóvenes y confiadas. Habían dejado sus familias para ser sacerdotes. En el combate de la ascética luchaban ahora para alcanzar el ideal de la santidad. A lo lejos veían brillar ya la gloria de su ordenación sacerdotal. ¿Apararía yo aquel juvenil entusiasmo? Recé entonces pidiendo a Dios que me ayudara a permanecer en la Iglesia, aún sin convicciones particulares. Pero mientras oraba tenía plena conciencia de que esto no era posible y de que le estaba pidiendo a Dios que me autorizara a vivir en pecado y en la hipocresía.

Frente a mí estaba sentado un joven. Noté que me observaba. ¿Había adivinado mi tristeza? De repente se puso a hablarme y me dijo: <Padre, quiero hacerle una pregunta. Tengo, ocasionalmente, contacto con protestantes. Y debo reconocer que su vida es mucho más honesta que la de la mayoría de nosotros. ¿Cómo podemos, pues, tildarlos de herejes?>

Quedé asombrado. ¿No era respuesta a mi oración? ¿Había Dios puesto frente a mí a aquel joven, a quien jamás había visto, para indicarme el camino a seguir y para confirmarme que mi decisión era buena?

A mitad de febrero debía comenzar el curso de filosofía e historia de la misma. Había recibido las siguientes normas: <En los estudios superiores los profesores usarán, generalmente la lengua latina. En lo posible emplearán el método silogístico. Se velará por la sobriedad en las disciplinas puramente profanas. Evítese el extenderse demasiado en cuestiones de controversia o, para emplear las palabras de San Alfonso, evítese el dar brillo a vanas sutilezas> (Const. 1.240)

El método silogístico no me agradaba demasiado. Las nociones abstractas, despojadas hasta el extremo, no me parecían más que pálidos reflejos de la realidad viviente, rica en variados aspectos. Daban, a la larga, una sensación de vacío y de insipidez. Inmóviles nociones no pueden expresar el hervor de la vida. Deseaba poner a mis estudiantes en contacto directo con la realidad, hacerles apreciar, por ejemplo, la importancia de un grano de arena. Quería enseñarles a observar la vida y a aproximarse a ella mediante tanteos y experiencias. Mi meta era lograr que presintieran todo el misterio que se encierra en una simple mosca, en la herida mortal de una serpiente venenosa o en la amenaza de rocas en peligro de desprendimiento.

Deseaba, además, liberarles de la ilusión de que les era posible, mediante raciocinios, dominar el mundo y, sobre todo, aplicar esos esquemas variables a la luz inaccesible en la que Dios habita. Quería enseñarles a inclinarse ante lo incomprensible. Una frase del P. Sertillanges me había impresionado: <El principio de la sabiduría consiste en percibir la incomprensibilidad de lo incomprensible>.

Por estas razones me repugnaba emplear el latín. El latín es una lengua muerta. Es la lengua apropiada para la seca forma de razonar de la filosofía y teología católicas. Pero, ¿cómo hablar en latín de una araña que acecha en su tela a un mosquito que acaba de extraerme unos miligramos de sangre? ¿Cómo expresar con esta lengua vieja, en desuso, el conflicto presente por doquiera en la oración?

Me esforzaba, pues, en expresarme en portugués. Rogué a mis estudiantes que me corrigieran las faltas al final de cada explicación. Les quería. Me sentía feliz de poder abrirles el espíritu. Ellos me apreciaban también. El día de mi onomástica me entregaron un <ramillete espiritual> con el que aquellos 24 estudiantes me ofrecían 112 asistencias a misa, 49 comuniones, 49 rosarios y 3.200 oraciones jaculatorias. Habían escrito estas promesas, en bella y afilgranada caligrafía, sobre una estampa del Niño Jesús con un cordero en sus brazos.

Capítulo X

Tieté

Un sábado por la tarde, el día 13 de marzo de 1948, me encontraba en la casa parroquial de Laranjal, villa situada a una hora de autobús de Tieté. Debía celebrar misa al día siguiente, pues el párroco había servido la cena. En Brasil, un sacerdote no puede tener una sirvienta, pues corren demasiados rumores sobre las relaciones entre los párrocos y sus amas. Esos comentarios tienen, por tanto, las mismas debilidades humanas que los demás.

Sin embargo podemos citar el conocido refrán: <Piensa el ladrón ... > Posiblemente estos rumores nazcan de los instintos eróticos de los brasileños. Pero, en realidad, una criada en la casa de un párroco está mal visto en Brasil.

Después de servirme la cena se marchó el fámulo. Me quedé solo. En algún sitio sonaba el tic-tac de un péndulo. Podía escuchar el rasgueo de mi pluma sobre el papel y mi respiración al aspirar y expeler el humo aromado de mi cigarrillo. Aparte de estos ruidos, el silencio era completo. Empero, a veces, el viento batía sobre las ventanas o silbaba en los ángulos de la fachada.

Durante el viaje, el cielo estaba nublado y a mi llegada a Laranjal caía lentamente, una lluvia menuda. De repente me sentí íntimamente solo, desesperadamente solo. Me sentí un ser perdido en un rincón de este vasto mundo.

Yo no era ya católico de corazón, pero vestía aún la sotana; confesaba y celebraba misa diariamente; enseñaba filosofía en el gran seminario de Tieté; tenía la estima de mis hermanos en religión y gozaba del afecto de mis alumnos. Y, sin embargo, todo esto no servía sino para reforzar el sentimiento de mi soledad.

No podía abrir a nadie mi espíritu ni podía hablar a nadie de mi íntimo combate. Tenía, ciertamente, algunos contactos con los pastores metodistas citados, pero debía extremar mi prudencia para evitar que sus cartas cayeran en manos de mis superiores.

Cuando departía con los demás profesores del seminario, la idea de mi marcha se clavaba con obsesión en mi espíritu y me sentía, entonces, totalmente extraño a todo y a todos. Mi presencia en el convento era una impostura. Y, desde hacía dos meses, no había hablado ni una palabra en holandés. Tenía nostalgia de mi pequeño país y de las realidades vividas en el seno de mi familia.

La duda surgió entonces en mi alma. ¿Era realmente buena la decisión que había tomado? ¿Por qué otros sacerdotes no llegaban a mi misma conclusión? La Iglesia cuenta con muchos siglos de existencia y muchísimas personas inteligentes le fueron siempre fieles; ¿Sólo yo, pues, veía repentinamente la verdad? ¿Permanecían todos los demás en el error y tan solo yo escogía el recto camino?

Pero pensé también en los numerosos protestantes para quienes la Biblia es objeto de constantes estudios y quienes están sinceramente convencidos de poseer la verdad. Era ésta otra realidad incuestionable. El argumento del número tiene poco peso. ¿No comenzó Jesús con un pequeño grupo? ¿No le rechazó la masa?

Y nadie había podido refutar, hasta entonces, mis propios argumentos. Adquirí, pues, de nuevo, la convicción firme de que debía salir de la Iglesia. Si permanecía en ella, toda mi vida sería un vida de hipocresía.

Me puse entonces de rodillas y recé: Un respetuoso temor al Señor Todopoderoso me llenó de frío. ¡Conocía tan poco el dichoso mensaje del Evangelio tal como lo conocen los protestantes! A pesar de ello busqué los ojos de Dios. Él tocó lo más íntimo de mi alma y algo dijo en ella: <La honradez contigo mismo y tu conciencia te llevarán a la paz; Dios no abandona a quienes se confían en Él>.

Desde la calle me llegaban voces de algunos transeúntes. Miré mi reloj y era hora de acostarme. Un día entero se había ido. ¿Cuándo vendría el día de la libertad? ¿Cuándo brillaría la luz sin fin?

Había llegado, pues, el tiempo de preparar mi salida del convento. Numerosos obstáculos se alzaban contra mí.

Primeramente las dificultades con la correspondencia. Todas las cartas que recibíamos eran abiertas por el superior y leídas si sospechaba alguna irregularidad. Las únicas cartas que el superior no podía leer eran aquellas que llegaban con la anotación: <Asuntos de conciencia>, a no ser que temiese un gravísimo desorden. Yo usaba de esta excepción para escribirme con los pastores Adriel y Nocetti. Sin embargo, esperaba siempre con ansiedad sus cartas, pues podría suceder que el superior las abriese por accidente y mi secreto saltaría a la luz pública. No sucedió nunca.

Debía, además, adquirir los sellos de correo. Como religioso no disponía de dinero y, para los desplazamientos, recibía lo estrictamente necesario. Y, si por cualquier causa me sobraba algo, debía devolverlo inmediatamente al retornar a casa. Una carta dirigida a un pastor protestante no podía, evidentemente, enviarla a través del superior; debía, pues, franquearla fuera del convento. De lo contrario hubiera sido inevitablemente leída a pesar de la mención: <Asuntos de conciencia>.

Con este fin había ahorrado algún dinero cuando, en Foresto, celebraba la misa fuera del convento; hacía el trayecto a pie en vez de tomar el tranvía. Un día tuve además la ocasión de coger unos sellos en el convento. ¿Fue un robo?

Otra dificultad y grave era mi tonsura. De la misma forma que, durante la guerra, un evadido de un campo de concentración hubiera sido fácilmente reconocido por su cabeza afeitada, podía serlo yo por mi tonsura. La tonsura era una denuncia permanente.

La ceremonia de la tonsura se efectuó con mucha solemnidad y en ella se nos predicó un bello sermón. Pero Roma no sólo tiene el sentido de la solemnidad sino también el de la practicidad. Un monje puede, ciertamente, arrojar sus hábitos y disimular su condición con un simple traje burgués. Pero jamás conseguira que sus cabellos crezcan repentinamente en la cima de su cabeza.

Después de muchas reflexiones decidí, seis semanas antes de mi salida, dejar crecer mis cabellos. Las tonsuras se afeitaban cada semana. Se encargaba de ello un estudiante durante el recreo del mediodía. Cada vez encontraba un pretexto para eludir el afeitado. Con frecuencia tocaba mi coronilla y comprobaba que mis pelos crecían con rapidez, lo que no dejaba de ser peligroso pues si un superior cualquiera lo notaba, podía obligarme a rasurarme de nuevo. Días antes de mi salida me dijo un alumno: <Pero, P. Hegger, ¡si apenas se le ve su tonsura!> <Magnífico>, pensé, y, <por favor, cállate>. En su celo se ofreció esperar hasta las vacaciones ya que entonces dispondríamos de más tiempo.

Después de abandonar el convento, el primer peluquero que me sirvió se detuvo un momento, intrigado, observando mi coronilla. ¡La tonsura no había desaparecido todavía! Le largué en aquel momento una espléndida propina y me guiñó el ojo. No hubo ningún comentario.

Problema delicado mis libros. ¿Podía considerarlos de mi propiedad? Los había comprado con dinero recibido de mi familia pero la Regla estipula que todo lo que adquiere un religioso pasa a ser propiedad de la comunidad. ¿Qué hacer?

Había trabajado largo tiempo al servicio de la Congregación, no recibiendo como pago más que la manutención y el alojamiento y mis estudios de filosofía y teología. Calculé, pues, por un lado lo que la orden había ganado con mi trabajo. Sin escrúpulos, llegué a la conclusión de que los libros me pertenecían.

Pero, ¿cómo sacarlos del convento? No podía hacerlo el día definitivo pues eran demasiados. El pastor Nocetti me había dado el nombre de una familia protestante de Tieté. Ignoraba la dirección pero sabía que el cabeza de familia era concejal del municipio. Busqué ávidamente el nombre en la guía telefónica pero no lo encontré. ¿Dónde ir? Conocía la existencia de una iglesia presbiteriana en Tieté pero carecía entonces de pastor. Más de una vez pasé ante el templo con la esperanza de encontrar un conserje, pero sin éxito.

Las semanas pasaban y yo precisaba solución urgente. Pensé entonces dirigirme, en la calle, a cualquier transeunte y preguntarle el domicilio del concejal mas deseché la idea por peligrosa.

Tomé nuevamente la guía de teléfonos y en ella encontré, a fe mía, la dirección. No había ninguna duda. Al lado del nombre se decía <vereador>, o sea, concejal.

Le visité tan pronto como pude. Estaba enfermo y yacía en el lecho. Su familia quedó estupefacta al verme en la casa. El conceja; me habló de Jesús como de mi Salvador y me asombró al oír a un simple hombre de mundo hablarme de Jesús con tanta piedad y fervor. Me prometió su colaboración y me aseguró que podía visitarle cuantas veces lo deseara y traerle los libros. El los enviaría a Sao Paulo después de mi salida.

Tiempo después vi la acción de la Providencia en estos sucesos. Si hubiera encontrado enseguida la dirección, me hubiera dirigido demasiado pronto a casa y me hubiera expuesto a un fracaso. Dios vela por sus hijos. <El Eterno ordenará a sus ángeles que te guarden en tus caminos; ellos te llevarán en sus manos y tu pie no rozará siquiera una piedra. Podrás caminar sobre el león y la serpiente y pisar sobre el leoncillo y el dragón> (Sal. 91: 11-13). ¡Caminar sobre las serpientes! Las serpientes son un azote del Brasil. En Sao Paulo existe un instituto encargado de dirigir la lucha contralas especies venenosas. Se le puede enviar toda serpiente capturada siempre que el animal esté vivo. Cuando se envían tres ejemplares venenosos se recibe, a cambio, un frasco de antídoto contra el veneno.

Existe en Brasil la creencia de que ningún sacerdote ha sido mordido jamás por una serpiente. Se atribuye el hecho a una protección especial de la Providencia. Sin embargo, un religioso redentorista había sido mordido, aunque fue debido, según se decía, a que saltó temerariamente sobre el animal. El contraveneno le curó.

A pesar de estos rumores, durante algún tiempo tuve mucho miedo. Cuando transitaba por una región infestada de serpientes, más de una vez pensé que, puesto que yo era en el fondo de mi alma un sacerdote infiel, Dios permitiría que una

serpiente venenosa me mordiera. Se trataba de un temor inútil, ya que eran los dictados de mi conciencia y Dios mismo quienes me impulsaban a abandonar la Iglesia.

El día de mi onomástica lo tuvimos libre y cominos en el campo. A la hora del almuerzo atravesamos un río y buscamos un lugar agradable para comer. Mientras saboreábamos nuestro pollo con arroz, alguien gritó de repente: <¡Una serpiente, una serpiente!> Nos pusimos rápidamente en pie. La serpiente estaba al borde del camino, muy cerca de donde se encontraban nuestras provisiones. Yo había estado muy cerca de ella en algunos momentos.

Un estudiante aplastó al animal contra el suelo y otro intentó asirle la cabeza por detrás. Esta es una maniobra peligrosa, pues si no se realiza con rapidez y acierto se corre el riesgo de ser mordido, lo que supone la muerte si no se recibe, en el plazo de dos horas, el antídoto conveniente.

Felizmente, todo ocurrió bien. Se le abrió la boca al animal para ver si era venenoso. Lo era. El Instituto de Sao Paulo nos informó más tarde que se trataba de una jaraca, una de las serpientes más venenosas del país.

Al ver el largo diente venenoso comprendí que habíamos corrido un peligro mortal. Estábamos a más de dos horas de Tieté y carecíamos de contravenenos. Di rendidas gracias a Dios, pues su Providencia se había manifestado sobre nosotros.

Por entonces decidió el consejo municipal de Tieté, por mayoría de votos, colocar un crucifijo en la sala principal del ayuntamiento. Mi amigo protestante había votado en contra.

El profesor de historia de nuestro seminario fue designado para pronunciar unas palabras durante el acto. Al decírnoslo, nos afirmó que los protestantes son gente torpe e incapaces de comprender la doctrina católica sobre la veneración de las imágenes. Los protestantes, decía, no entienden que nosotros no veneramos las imágenes en sí mismas, sino lo que representan.

Le contradije y le advertí que tuviese cuidado de no decir sutilezas ante gente cultivada. <Los protestantes, le dije, conocen muy bien esa distinción y, sin embargo, rechazan el culto a las imágenes. Si Vd. No lo cree, yo tengo un libro protestante sobre dicho asunto. Creo que puede fiarse de mí en lo que a este tema se refiere>. Los profesores me miraron asombrados: <¿Tiene Vd. Un libro protestante en su habitación? ¿Tiene Vd. Permiso para leer tales libros?>

Entonces fui yo el asombrado. Supe que era el único profesor del seminario que podía leer libros no católicos. Es necesario advertir que a los católicos les está prohibido, aún a los sacerdotes y profesores de seminarios, la lectura de libros protestantes bajo pena de pecado mortal y de condenación eterna. (Derecho Canónico, artículo 1399). En virtud de esta prohibición, un católico no puede ni leer, ni conservar ni vender, ni transmitir <libros o periódicos de autores no católicos que traten explícitamente de asuntos religiosos, a menos que conste que no contienen nada en contra de la doctrina católica>.

Algunos libros son nominalmente prohibidos por Roma. Son los libros contenidos en el <Índice>. Quien lee uno de esos libros no sólo comete pecado mortal sino que incurre además en excomunión.

Piénsese en los efectos prácticos de estas prescripciones. Desde el púlpito, los sacerdotes claman contra la herejía protestante; pero esos mismos sacerdotes que

condenan con semejante viso de autoridad, no han leído jamás una sola obra protestante. Los profesores del seminario de Tieté conocían a otros quienes jamás habían tenido permiso para leer un libro católico. Eran, ciertamente, ciegos conductores de ciegos.

Se justificarían esas prohibiciones si se refiriesen tan sólo a gentes que por carecer de estudios apropiados, son incapaces de discernir. Mas aún en este caso, según mi parecer, no serían razonables, porque, con frecuencia, personas simples poseen un juicio acertado. En cuanto al pueblo cristiano, el apóstol Pedro le ha atribuido un sacerdocio real. ¿Qué queda de esta realeza en un ser a quien se le señala con autoridad absoluta los libros que debe leer?

Pero Roma extiende su prohibición incluso a los profesores de seminarios. ¿No puede, pues, concluirse que tiene verdadero temor de la verdad que encierran los libros rechazados? Si fuera verdad que la doctrina de la Reforma es herética y falsa, ¿no debería, más bien, decir el Papa a los sacerdotes: <leed, leed abiertamente?>

Entre los protestantes no existen tales normas, porque no temen los libros católicos. Están tan seguros de su doctrina que permiten a todos su lectura para que adviertan sus errores y se afirmen más aún en el Evangelio.

Un católico puede, es verdad, ser dispensado de esas prohibiciones. Si es sacerdote diocesano la dispensa debe concedérsela su obispo y, si es religioso, el Provincial. Si éstos tienen la menor duda sobre la solidez del demandante la petición es denegada y no se transmitirá a Roma. Son muy escasos los sacerdotes que gozan de esta dispensa. En Tieté acababa de enterarme que yo era el único.

Me dirigí a mi habitación y regresé con el documento romano de mi dispensa y con un libro que me había regalado el pastor Adriel, titulado: <Nuestra creencia y la de nuestro país>. Su autor, David S. Schaff, compara los dogmas católicos con la doctrina de la Reforma y los estudia a la luz de la Biblia.

Durante las vacaciones de Pascua de 1948 descansé de nuevo una semana en el convento de Sao Paulo. Acompañado del Pastor Nocetti me dirigí a la sastrería de Delmar de Espíritu Santo, para tomarme las medidas de un traje. Era una nueva etapa en el camino de mi memoria.

Debía desempeñar diversas funciones en el curso de las solemnidades de la Semana Santa. Entre otras, debía participar en la procesión de <Cristo Muerto>, del Cristo muerto.

¡Fue un extraño espectáculo! Millares de personas que durante el año no pisaban la iglesia, se asociaron a la procesión. La apretura de la gente era tan grande que nuestros ornamentos litúrgicos sufrieron algunos desgarros.

Los portadores de la imagen hacían un alto cada quinientos metros. Entonces, una cantante bien maquillada, subía a una silla, mostraba un lienzo con la Faz de Cristo y, con voz llorosa cantaba una copla.

El final fue aún más penoso. La estatua fue conducida a la iglesia, y, puesta tras una verja, se ataron a ella algunas cintas cuyos extremos colgaban al otro lado de la reja. Avanzó entonces la muchedumbre y cada fiel besaba una de las cintas y aportaba una limosna. Es decir una limosna de la cual parte se reembolsa en monedas sueltas. A esta práctica está unida la supersticiosa creencia de que la moneda recibida a cambio de la limosna dada posee la virtud peculiar de multiplicarse. Traficando con ella se sacará gran provecho.

¡Triste superstición! Pero lo más amargo es que es mantenida por los mismos sacerdotes. Juntos a la imagen estuvieron los religiosos cambistas que recibían las limosnas y entregaban la moneda milagrosa. Si no lo hubiese visto con mis propios ojos no lo hubiese creído jamás.

Pregunté a los Padres cómo podían justificar semejante aberración. Me contestaron que era una abundante fuente de recursos y que les era preciso ceder a los gustos del pueblo que ama exteriorizar su piedad. De otro modo perderían toda influencia sobre él. <De esta forma, decían, podemos conducirles suavemente, con el dedo meñique; si privamos a la masa de estas cosas, se nos escapará totalmente>.

Era verdad: el pueblo brasileño se separaba y se separa cada vez más de sus sacerdotes. Pero ¿es necesario retener a los hombres con tales medios? Hay en todo esto algo profundamente triste.

Al ver este tráfico en la iglesia, no pude menos de figurarme a Jesucristo arrojando a los vendedores del Templo y comprendí que, en el Protestantismo, me uniría a la acción purificadora del Señor. No es posible establecer el reino de Dios con medios tan reprobables.

Es cierto que las comunidades eclesíásticas, también las protestantes, no pueden existir sin dinero. Pero es preciso que los fieles lo den espontáneamente, por amor a la obra del Señor. De lo contrario sería mejor que esas comunidades desapareciesen. Quien está verdaderamente convencido de haber sido rescatado de la esclavitud de Satanás por la Sangre de Cristo, no dejará de entregar sus ofrendas para poder vivir y comprender mejor el mensaje de Jesús en la Iglesia y para conseguir que este mensaje llegue hasta los últimos confines del mundo.

Se aproximaba el 8 de julio, día fijado para mi salida de la Congregación. Lo deseaba vivamente. Sin embargo, temía todavía la tensión interior que me produciría y temía, sobre todo, que mi secreto fuera descubierto.

Capítulo XI

El paso decisivo

El 7 de julio terminaron los exámenes. Sólo suspendí a un estudiante. Se merecía un 1 sobre 10 pero le concedí un tres.

Paseaba por el jardín bajo un emparrado en flor casi todo el año. Formaba un toldo florecido que me protegía del sol.

Escuché entonces, proveniente de la sala de recreo, la música de la <Novena Sinfonía> de Beethoven. Las vacaciones habían comenzado y los estudiantes podían usar la discoteca.

Cuando durante mucho tiempo no se ha escuchado música clásica, su belleza resulta fascinante. Quedé absorto escuchando la sinfonía. Estaba en una disposición de espíritu muy apta para etenderla. La presentía como un poderoso esfuerzo de Beethoven para librarse de la tristeza y escalar la cimas soleadas de la alegría. <Todos los hombres serán hermanos> canta el célebre coro final. Pero el coro deja la impresión de que el mismo Beethoven presintió que ese anhelo no es sino un bello sueño. ¡Todos los hombres serán hermanos! Al día siguiente abandonaría yo la Congregación de los Padres Redentoristas y atraería sobre mí la excomunión. ¿Todos los hombres son, pues, hermanos? Iba a obedecer un imperativo de mi conciencia para no simular más una convicción que no sentía y osar presentarme ante Dios en sinceridad de espíritu. Pero la Iglesia de Roma me calificaría de apóstata y sería, hasta la muerte, objeto de su silenciosa hostilidad. No me perdonaría jamás mi abandono de las funciones sacerdotales y pedagógicas para convertirme en un obstáculo de su poder. ¿Todos los hombres son, pues, hermanos?

Después del mediodía comenzaron los preludios de las vacaciones. Se escenificó una tragedia cuyo protagonista era el traidor Tiradentes, una de las principales figuras de la independencia brasileña en los tiempos del dominio portugués. Entrañaba la tragedia, para una compañía exclusivamente masculina, la dificultad de que uno de los principales papeles correspondía a la amada de Tiradentes. ¡No fue obstáculo insoluble! Se substituyó dicho personaje por el hijo de Tiradentes. Esto dio lugar a situaciones incomprensibles; sustituyendo con la imagianción al muchacho por la joven, todo se aclaraba, se ordenaba y se encadenaba perfectamente.

Cayó por fin el telón, pero se elevó nueva y rápidamente para dejarnos ver una dulcísima Madona, ante la cual estaba un estudiante devotamente arrodillado. Inmóvil, con las manos juntas y una expresión extática en su rostro, el joven fijaba sus ojos brillantes en la imagen. Aquella exhibición me hirio profundamente. Era la exteriorización de la religión llevada al extremo. Sentí un gran alivio cuando el telón cayó de nuevo. La mañana siguiente tuvimos una reunión de profesores y hablamos sobre la necesidad de elevar el nivel de los estudios. Se me encargó de hablar con el Provincial en Sao Paulo de cuanto era preciso hacer y se redactó una carta con las instrucciones oportunas. Lamentablemente se me perdió la carta.

Después de cenar tuvimos otra pequeña reunión, alegrada con habanos y vino. Más de una vez, durante la conversación, hablé veladamente de mi próxima partida. Intentaba prepararles un poco pero no podía expresarme claramente. Hubiera revuelto la casa de arriba abajo.

Debía partir el día siguiente en el tren de las cinco de la madrugada desde la estación de Cerquilho. Un coche debía llevarme allí a las cuatro y media. Un Padre me acompañaría hasta Soracaba y después continuaría solo el viaje hasta Sao Paulo, donde debía pasar mis vacaciones. Cuando a la hora de acostarnos nos separamos, les dije a todos, con una sonrisa nerviosa: <Adieu, adiós>. Intrigados, me miraron y quizás entrevieran que les ocultaba un secreto. Me dirigí rápidamente a mi habitación. Era mi última noche en el convento.

Apurando los últimos minutos me preocupé de los libros y papeles que quería llevarme. Al acostarme puse mi despertador a las dos. Ensayé dos veces y funcionó perfectamente. Dormí, sin embargo, muy mal. Me desvelé y, más de una vez, miré si era ya la hora.

Puntualmente me despertó el timbre. Era el momento de las últimas disposiciones. Dudaba qué libros debía tomar o dejar. A las tres y media tenía que decir mi misa. La hora se acercaba y mi habitación estaba en pleno desorden. Escribí algunas líneas para excusarme del estado en que la dejaba y desposité el papel sobre la mesa.

El alumno que debía ayudarme a misa me esperaba en la capilla. Me revestí y me incliné ante el altar. La campanilla sonó. Mi última misa había comenzado.

Mis pensamientos volaron a Witten donde dije mi primera misa. En realidad no estuve entonces muy conmovido. Había pronunciado las palabras de la Consagración con cierto escalofrío, con la absoluta convicción de que, por mi poder, el pan y el vino se convertirían en el Cuerpo y en la Sangre del Señor.

Yo tenía ahora la certeza de haber estado en un error. No había tenido nunca el poder que la Iglesia me había atribuido. No era más que un simple mortal y un pecador como el resto de los demás hombres. Dios no había dado autoridad alguna a mis palabras consagradoras. El pan permanecía pan y el vino, vino. No eran sino símbolos de la alianza que Dios ha contraído con el hombre.

Murmuré una vez más: <Hoc est corpus meum>, <Este es mi cuerpo>. En ese instante debía arrodillarme ante el Cristo que, según Roma, tenía en mis manos. Me resultó extremadamente penoso realizar este gesto unas horas antes de mi ruptura con la Iglesia. ¿Me era lícito hacerlo? ¿Me lo perdonaría Dios algún día? ¿No era una consciente idolatría?

Sonó la campanilla y maquinal, automáticamente, me arrodillé, elevé la Hostia y me arrodillé de nuevo. Lo mismo hice con el Cáliz. ¡Señor, ten piedad de mi, pobre pecador!

Hacia las cuatro abandonamos el convento. El P. Mario me esperaba ya fuera de él. Al verme encorvado con el peso de mi equipaje, me dijo: <¿Dónde piensa ir?> Volví rápidamente al interior y saqué el último paquete. Después... cerré la puerta.

Su golpe, en la noche silenciosa, me causó una impresión extraña. Su ruido retumbó por los corredores. Una ilusión se había roto. Era el fin de un sueño de santidad inmaculada y de un puro amor que no debía realizarse en este mundo.

En alguna parte ladró un perro... Un gallo cantó... Era el primer estremecimiento de la mañana. Pensé necesariamente en Pedro, quien comenzó una nueva vida al canto del gallo. ¿Vería yo pronto al Señor perdonándome con su amor misericordioso?

El coche llegó. Experimenté un gran alivio cuando entramos en él y cuando partió. En Cerquilho el tren traía una hora de retraso. Estaba inquieto. ¿Habría tenido el estudiante que me ayudó a misa la idea de ir a mi habitación y de advertir al

superior? Era del todo improbable pero, en tales circunstancias, las menores posibilidades adquieren verosimilitud.

Finalmente se oyó el jadeo de la locomotora y el tren llegó al andén. Subimos el equipaje y pudimos sentarnos juntos.

El tren vaciló y arrancó. Comenzó entonces, realmente, mi marcha hacia un nuevo porvenir.

Apenas habíamos dejado Cerquilho le dije al P. Mario: <No volveré jamás al convento de Tieté>.

Él no lo quería creer. Pensaba que le gastaba una broma. Pero cuando observó los rasgos tensos de mi rostro, comprendió que hablaba en serio.

Entonces me interrogó: ¿Por qué? ¿Tenía nostalgia de Holanda? ¿No me podía acostumbrar a la vida del seminario? ¿Encontraba demasiado pesado el cargo de profesor? ¿Estaba desfallecido de fatiga y necesitaba un reposo completo?

Le dejé preguntar y contesté negativamente a todas sus preguntas.

Fue éste, ciertamente, el viaje más penoso de toda mi vida. La tensión de los últimos días alcanzó en él su punto culminante; la falta de sueño; la falsedad con un hermano que ignoraba completamente mi radical cambio de orientación; todos estos factores juntos acabaron con mi resistencia. No pude retener las lágrimas.

El P. Mario me propuso entonces ir al vagón restaurante. Allí pidió café y pastas. Con gran amabilidad se esforzó por consolarme y reanimarme. Mas sus palabras carecían de sentido para mí, que no podía, por otro lado, decirle la verdad.

Despuntaba el día. Un sol esplendoroso había disipado la oscuridad. El tren atravesaba una región montañosa y se veía, sobre los prados, el destello de las perlas del rocío.

Al fin Soracaba estaba a la vista. El P. Mario se dispuso a descender y, según la costumbre brasileña, me estrechó entre sus brazos en un apretado abrazo. Me agradeció mi amistad y mi ejemplar conducta en el convento. Como recuerdo me dejó una pequeña fotografía suya que he conservado desde entonces.

Le entregué en aquel momento una carta que le había escrito y en la que le comunicaba los verdaderos motivos de mi partida. Le rogué, al mismo tiempo, que no la abriese hasta que el tren hubiese partido, pues quería evitar una dolorosa escena en el andén de la estación, en el caso de que el tren retrasase su salida.

El P. Mario bajó del vagón y permaneció algún tiempo en el andén junto a la ventanilla de mi departamento. Sonó la señal de salida. Las ruedas de la locomotora patinaron unos instantes y después, lentamente, el tren se puso en marcha. Nos despedimos saludándonos con la mano hasta que, finalmente, una curva nos ocultó mutuamente, para siempre.

Yo sabía que el P. Mario abriría enseguida la carta y le veía totalmente trastornado con su lectura. Mis ojos se humedecieron de nuevo. Con dolor les decepcionaba a todos. Sabía que experimentarían una gran tristeza y una gran pena.

Pensé entonces en mi familia y volé imaginativamente a Lomm. ¿Qué harían en aquellos instantes los míos? ¿Seguirían tan orgullosos de mí? Veía a mi madre, a mis hermanos y hermanas entregados a su trabajo sin sospechar para nada lo que muy pronto sabrían. Acaso en aquellos precisos momentos hablaban del hijo o del hermano sacerdote, sin presentir que yo sería el escándalo de la familia.

Hay sucesos que se viven tan intensamente, segundo a segundo, que se graban en la memoria con todo detalle. Veo todavía la puerta lateral de un vagón de mercancías por la que unos obreros trataban de hacer entrar unas vacas. Veo todavía una montaña inundada de sol y la villa de Mainrique resplandeciente a la luz de la mañana.

¡Qué viaje más desagradable! El dolor de la separación me hería el alma. Era como un árbol descuajado de la tierra con todas sus raíces para ser transplantado, pero cuyas raicillas permanecen en tierra. Caminaba hacia un nuevo porvenir con plena convicción de mi inteligencia; pero las fibras de mi ser, de mi sentimiento me ligaban todavía sentimentalmente a mi pasado.

A pesar de este dolor el canto de la libertad brotaba en mi alma. Era libre y para siempre. ¡Había terminado la opresión continua que me asfixiaba! ¡Había concluido la esclavitud de mi conciencia! ¡Era el fin de una muerte viviente! Terminaba el reino de una ley que me castigaba sin cesar por no observarla, que no podía observar y bajo cuyo dominio me debatía sin tregua, como un perro encadenado.

El tren se adentró por fin en la llanura de Sao Paulo. En lontananza se perfilaban las altas siluetas de los rascacielos de aquella ciudad poblada por millones de seres.

Debía dirigirme enseguida al convento pero tomé un taxi con dirección a la calle Fagundes, donde me esperaba el Pastor Nocetti.

El auto se sumergió, durante unos minutos, en el intenso tráfico de la ciudad. Yo miraba los peatones que caminaban por las aceras, cada uno con sus propias preocupaciones, sus deseos, sus ideales, su pasado y su porvenir. En medio de aquel mundo me encontraba también yo con mi drama íntimo.

De repente, vi, a unos cien metros, un P. Pasionista y todo mi pasado en el pequeño seminario de Haastrecht resurgió en mi espíritu. Me pareció una última advertencia de lo Alto, de la voz de Dios que me decía: <Las cosas antiguas han pasado y he aquí que yo he hecho todas las cosas nuevas> (II Cor. 5:17 Apoc. 21:5).

En casa del pastor Nocetti bebimos enseguida una taza de café. Después, mi anfitrión me dijo: <Sin duda, no querrá llevar más tiempo su sotana. Vamos, pues, a la sastrería>.

Delmar del Espíritu Santo no vivía lejos. Fuimos a pie. Se produjo entonces en mí un renacimiento. Tenía clara conciencia de cada uno de mis pasos. Muchos caminan como autómatas pero yo, en aquellos momentos, pesaba cada uno de mis pasos: adelanta el pie derecho... el izquierdo...

Henos, pues, en la Rua Direita, la calle Derecha. Estaba abarrotada de gente y era agradable mezclarse con ella. El taller de Delmar estaba en el primer piso y sus ventanas caían directamente sobre la calle, aunque la puerta estaba en el Largo de la Misericordia, la Plaza de la Misericordia.

Delmar nos esperaba. Con él estaban también unos amigos invitados a mi toma de hábitos civiles. Se hicieron las presentaciones de rigor. Entré en el probador, desaté mi cíngulo, me despojé de la sotana y vestí un traje azul. Me iba muy bien, pero no acerté a anudarme la corbata. Me indicaron la forma de hacerlo. Y héme aquí sin ningún sortilegio, como uno más. Una vez en la calle tuve la impresión de que todos me observaban y de que no iba vestido. Esperaba, cada minuto, que se acercase alguien y me dijese: <Vd. Ha olvidado su sotana>. ¡Estaba tan acostumbrado a su fru-fru en mis piernas! Me sentía extrañamente ligero y desembarazado. Podía alargar

mis pasos a voluntad pero, sin mi vieja sotana, no me sentía protegido contra las miradas indiscretas. Con timidez miraba a los transeuntes. Noté rápidamente que ellos no concedían importancia alguna a mi persona.

Me agradó ver que no desertaba ninguna atención. Antes era un hombre de otro mundo, un clérigo; mi uniforme me distinguía. Estaba elevado sobre los demás hombres. Me acordé entonces de la Sinfonía de Beethoven: ¡Todos los hombres serán hermanos! Sentí en aquel momento un gran afecto por todos los hombres, porque me había convertido en uno de ellos. Compartiría, en adelante, las alegrías y las tristezas comunes.

Existen sentimientos que es preciso haberlos vivido para poder comprenderlos. Así, difícilmente puedo expresar la alegría que me produjo cada partícula de libertad conquistada por el hecho de deponer mi sotana. Semanas más tarde, cuando caminaba por las calles de Sao Paulo a las 10 de la noche, pensaba: <¿Cómo es posible que esté a estas horas en la calle?> No se olvide que debíamos estar siempre en el convento antes de las 8 de la tarde.

Ciudadanos de países sojuzgados hemos vivido las horas de la Liberación en la última guerra mundial. Fueron horas maravillosas. Pues bien, liberarse de la vida conventual es todavía más grande y más profundo. En el convento se está siempre ligado por reglas minuciosas y bajo la vigilancia de un superior que puede imponer su autoridad mediante sanciones variadas y severas. Se está segregado del mundo exterior. Los religiosos pueden visitar gente de afuera, pero son extraños a ella. Llevan, por doquier, el halo de su celda.

Me convertí en un hombre libre, libre. Tenía la impresión de caminar hacia la libertad de los hijos de Dios. Dios no es un carcelero, un guardián de prisión, sino el Padre de los hijos libres.

El Pastor Adriel me había invitado a pasar unos días, los que quisiera, en su casa de Río de Janeiro. Partí, pues, hacia Río aquella misma tarde. Nocetti me había reservado una cama en el tren y me había advertido que tuviera cuidado con mi dinero, recomendándome que pusiera mi portamonedas bajo la almohada.

Comprendí, de golpe, que me faltaba para siempre la segura protección de la clausura. Tenía que vivir en medio del mundo con sus astucias y sus mentiras. Comenzaba mi lucha por la existencia. Debía defenderme yo mismo para no ser víctima de las pasiones egoístas que mueven frecuentemente al hombre.

En el convento se nos había hablado del mundo como de un lugar donde se vive expuesto a todos los peligros. Me veía, pues, como el viajero solitario de la parábola del Buen Samaritano, descendiendo de Jerusalén a Jericó. Miraba con temor a mis compañeros de departamento viendo en cada uno de ellos un disimulado delincuente. Pero, en seguida volvió en mí el sentimiento de mi libertad. Nadie me conocía. No era sino un individuo anónimo entre los demás. Recobré la calma y desaparecieron todas mis inquietudes para dar paso a íntimas reflexiones.

El tren corría rápido a lo largo de la Sierra de Manteiga. Durante el viaje, entre aquellas dos inmensas ciudades, perdido en un vagón de tren, en el espacio, desapercibido, recapitulé los sucesos del día. Sus pruebas y combates habían terminado. Contemplaba mi traje y mi camisa y me era un placer verlos. Los demás viajeros no podían sospechar lo agradable que me resultaba tener ropas semejantes a

las suyas. Con frecuencia, el hombre busca lo que le distinga de los demás, pero yo, en aquella hora, gozaba de ser como ellos. Lentamente, me adormecí.

De repente, me desperté sobresaltado. Mi cabeza había golpeado contra el tabique divisorio del departamento. ¿Qué había ocurrido? Un empleado nos informó muy pronto que el tren había chocado contra unos vagones de mercancías, felizmente vacíos. Nos vestimos y bajamos.

Un vagón estaba deshecho y había tres muertos. Nadie podía aproximarse al coche, pues aún encerreaba peligro.

Después de seis horas partió el tren de nuevo. Llegué a Rio a las 2 del mediodía con el retraso de seis horas citadas. Sin embargo, el Pastor Adriel se encontraba en la estación para recibirme. Fue un maravilloso reencuentro. <El traje le sienta mejor que la sotana>, me dijo.

La ida a la Avenida del 7 de Septiembre fue muy distinta de la anterior. Las cuatro pequeñas del Pastor, un poco tímidas al principio, se convirtieron muy pronto en mis amigas. Acariciar el rostro o la mano de un niño se consideraba pecaminoso en el convento. Ahora me alegraba sin inquietud en las alegrías de las chiquillas.

Los Adriel celebraban por la mañana un íntimo y breve culto. Leían un breve pasaje de la Biblia y hacían una meditación. Adriel estimó conveniente que aprendiese yo, tan pronto como fuera posible, los cantos protestantes y pidió a sus hijas que me los cantasen. Fue para ellas un placer maravilloso poder enseñar a un monseñor tan importante los cantos que ellas conocían desde hacía mucho tiempo.

Conocí entonces los himnos de la Reforma. En general, son de gran belleza. Y, al contrario, ¡qué vacíos y tristes son casi siempre los cánticos católicos! Todo compositor musical estará de acuerdo conmigo. Y no puede ser de otro modo. ¡Cómo componer, en efecto, con profunda emoción religiosa, un canto en honor de S. Gerardo Majella, de S. José, de S. Antonio de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro o del mismo Sagrado Corazón de Jesús? Además, los católicos fundamentan su salvación en los sacramentos. No es en la comunión con el Resucitado donde estriba para ellos la seguridad de su redención, sino en la Iglesia y en los sacramentos. Carecen del sentimiento de ser llevados en brazos del Buen Pastor. La razón de su salvación es la carencia de pecado mortal. La misericordia del Señor es para ellos un motivo de confianza, mas no una cuestión de vida o muerte. Por eso no se da en los cantos católicos la intensa emoción del alma en presencia de la bondad misericordiosa de Dios. Quien sin cesar la arranca del pecado.

El Pastor Adriel me pidió en una ocasión que le acompañase al mercado donde debía hacer las compras para la familia. Me pareció humillante. Pensé: <¡Si te vieran los Padres! ¡Un miembro del clero ocupado en los quehaceres de una criada! ¡He ahí al Pastor recorriendo los puestos en busca de productos baratos, y, tú, tan orgulloso de tus estudios y que hace quince días enseñabas las nociones fundamentales del ser, tú, le llevas los paquetes! ¡Te pasas el tiempo mirando los precios de las habichuelas, de los guisantes, de las lechugas y de las patatas! ¡Si te casas, amigo mío, será el aburguesamiento completo!>

El domingo siguiente participé por primera vez un culto protestante. Llegué pronto a la iglesia. Algunos fieles que se sentaron junto a mí observaron que yo era nuevo allí. Me ofrecieron un manual. A lo largo del servicio, me ayudaron a buscar los cantos. Su gentileza me agradó mucho. El verme sentado entre el pueblo, sin dirigir el oficio,

me resultó algo muy extraño. Tuve la impresión de haber descendido de un trono. No pertenecía ya a la clase dirigente. Debía sentarme y levantarme como los demás fieles. Era un laico, no presidía el oficio y debía conformarme a su liturgia. Ignoraba entonces que la distancia entre los clérigos y los laicos es mucho menor en el Protestantismo que en la Iglesia de Roma; ignoraba que el simple fiel es considerado como un mayor y no como un menor.

Me asombré también de la capacidad de Adriel, quien podía dirigirse a los fieles dos veces en un domingo con mensajes muy ricos en ideas que hablaban directamente al corazón. Pensé que debía pasarse la semana entera preparando sus meditaciones, pues, de otro modo, no me explicaba la abundancia de contenido.

Este servicio protestante me dejó muy satisfecho. Lentamente comenzaba a delinearse ante mis ojos la persona del Salvador con toda su gracia y con todo su amor misericordioso. Comprendí, poco a poco, el significado de las <promesas divinas> que llenan de alegría a los cristianos reformados. La convicción, vacilante al principio, se estableció en mi y Jesús me dijo: <Entrégate a mí y serás de mi propiedad. Yo te llevaré a los atrios de la gloria eterna si confías totalmente en mi misericordia>.

Capítulo XII

Jesús, mi Salvador

Quiero cantar ahora a mi Salvador, a mi Rey, a mi Maestro. Quiero proclamar sus maravillas que ha obrado en mi alma, balbucir al menos mi reconocimiento. ¡Oh, Cristo! ¿por qué me has bendecido tanto? ¡Yo no soy digno! ¿Por qué has colmado mi vida con tus bendiciones? ¿Por qué tan gran amor hacia mí? ¿Por qué esta intimidad entre nosotros? ¿Por qué te has manifestado con tanta belleza y fuerza en mi alma? Mi conversión al Protestantismo fue, ante todo, la consecuencia de problemas intelectuales y de una sed inextinguible del Infinito. Recurrí a él en un estado de miseria extrema. Se me abrieron las puertas con afecto cuando me encontraba solamente en el umbral de la fe. Los tesoros secretos del verdadero cristianismo permanecían todavía ocultas para mí.

Con la asidua asistencia a los cultos protestantes descubrí, progresivamente la grandeza de la misericordia de Cristo. Me resistí al principio a admitir que Jesús fuese tan misericordioso como afirma el Protestantismo. Pero se me citaban continuamente nuevos textos de la Biblia que iluminaban mi espíritu. Cada una de esas citas provocaba en mí una extraña explosión de alegría. Esta insistencia acabó con mis dificultades, aunque me es preciso reconocer que yo aspiraba a que fuese verdad lo que se me decía.

Empero la plena certeza de la absoluta misericordia de Cristo no me fue concedida mediante citas aisladas. Nació en mí por una nueva meditación del Nuevo Testamento. Entonces se desveló ante mis ojos, plena de auténtica belleza, la verdadera personalidad de Jesús. Comencé a ver la largura, la anchura, la altura, la profundidad del amor de Jesucristo. Su gracia inundó mi alma con olas de luz. Le oí decirme: <Despiértate tú que duermes, elévate de entre los muertos y Cristo te iluminará> (Efs. 5: 14). Mi alma se abrió. La vida eterna comenzaba a surgir en todo mi ser. Descubría, con asombro, un país enteramente nuevo, de horizontes infinitos. Espiritualmente contemplaba también las llagas de mi Salvador en sus manos, en sus pies, en su costado. Después, mis ojos encontraron los suyos. Entonces, toda duda y vacilación me fueron quitadas. Leí en su misericordia y que ningún pecado podía permanecer en mí. Oí su promesa: <Quien cree en mí tiene vida eterna> (Juan 3: 15 y 25). En la rectitud del alma de Jesús vi una prueba cierta de fidelidad que se extendía a toda mi vida pecadora y hasta más allá de mi muerte.

Estaba seguro de que Jesús me enviaría el Santo Espíritu, el Espíritu de amor, su Espíritu Santo. Sentía un apaciguamiento inefable. La paz del Espíritu de Dios cantaba en mí, cantaba el lenguaje de la gracia libertadora de Dios en las alturas más límpidas de mi espíritu y hasta en las profundidades más oscuras de mi intimidad emocional. Todo temor angustioso del infierno desapareció. Lo supe entonces: Jesús no me apartaría de Él. Él mismo me lo había dicho. Ahora que había leído en sus propios ojos su fidelidad y su amor, hubiera estimado como una violación de los mismos cualquiera duda sobre mi salvación.

Cerca de Cristo, sentía un sentimiento de plena seguridad. Sacado por Él de las tinieblas de mi condición pecaminosa, me sentía firmemente ligado a su persona. Él era mi única esperanza. Como el ciervo brama por las aguas, así clamaba mi alma por

Él. Tenía sed de Él, una sed que dominaba todo mi espíritu. Una sed sin cesar apagada y encendida. ¡Jesús es, en verdad, una fuente de aguas que saltan para vida eterna! ¡Beber siempre de nuevo las cristalinas aguas de la gracia hasta saciarse sin ser jamás saciado! Este beber continuo se ha convertido en la respiración de mi ser, en un lazo de amor con Jesús. Esta dependencia respecto de su gracia me sumerge en su inmenso amor. ¡Así es como le he encontrado a Él, que es mi consolación, mi luz, mi alegría y mi todo!

Lo sé: la razón profunda de mi comunión con Cristo radica en mi entrega total a su misericordia. Nosotros somos incapaces de ofrecerle un amor puro; somos, en efecto, demasiado pecadores y permanecemos siempre encerrados en nosotros mismos. En esta situación nos es imposible esa ofrenda. Pecadores, transgredimos continuamente los mandamientos divinos. Sería una ilusión, por nuestra parte, pretender poder amar a Dios puramente, únicamente por Él mismo.

No, nuestro amor es siempre una respuesta a su amor. Es ciertamente un amor verdadero, pero un amor de gratitud, que, ante las amenazas de los poderes de las tinieblas, nace el sentimiento de nuestra dependencia respecto a Dios, porque por nosotros mismos nada podemos lograr y estamos siempre perdidos.

Nuestro amor a Cristo encierra siempre, pues, una huída, una huída ante la inseguridad, la duda, la inquietud y la angustia de conciencia. Es una huída hacia Cristo que termina en una paz perfecta. Cuando al huir de los peligros que nos rodean vamos a Cristo, toda ansiedad cesa. <Al abrigo de sus brazos, al abrigo de su corazón>, como reza un antiguo canto.

¡Qué profunda es mi confianza que desde entonces poseo en Cristo! Pongo en sus manos mi existencia eterna, deposito en Él todas mis aspiraciones de felicidad. Una confianza así intensifica mi amor hacia Él. Me uno sólida y plenamente a Jesús. Y he experimentado que cuanto más me apoyo en Él, tanto mayor es su bondad para conmigo.

Sé también que con esta confianza glorifico a mi Señor. Esta fe en su perfecta bondad hace brotar el amor en mi corazón. Es el triunfo de su gracia. Así realiza Él en mí su obra reconciliadora, purificadora y santificadora. Él ha abierto mi alma y ha tomado posesión de mi corazón. Y, en cierto sentido, no puedo defenderme de la acción de Cristo en mi.

Jesús es la luz de mi vida. Él llena toda mi existencia. Como un canto incesante, se eleva en mi alma y en el transfondo de mi conciencia su voz melodiosa. Él oculta su majestad y los rayos de su bondad me calientan y me confortan. Él me ilumina continuamente en su esplendor. Y, ¡cómo deseo esta santa luz de la presencia de Jesús!

Sé que estaré un día junto a Jesús y para siempre. Un día caerán los velos. Cuando cierre los ojos en esta tierra Él me recogerá en sus brazos. Entonces me despertaré a la contemplación de su gloriosa Persona, cara a cara. Dios mismo enjugará las lágrimas de mis ojos. Y no ofenderé jamás a Dios con mis pecados: seré definitivamente purificado por la sangre de mi Salvador.

¡Qué bella es la vida que tiene tan bello horizonte! Allá arriba, en lontananza, ha comenzado ya la fiesta en la que un día tomaremos parte. Nuestro sitio está reservado. Pronto entraremos en el círculo de los bienaventurados para cantar, gozar y adorar con ellos.

¿Qué es, pues, el cielo que nos espera? La vida eterna en toda su floración. Seremos entonces tan atraídos por la contemplación de Dios que perderemos toda noción de tiempo. No existirá, pues, el aburrimiento en el cielo. Dios nos llenará tan perfectamente que nuestra contemplación será un perpetuo éxtasis.

Y, sin embargo, en el cielo subsistirá el tiempo. La vida celeste no suprimirá nuestra condición de criaturas. Permaneceremos hombres. Ahora bien, ser hombre es subsistir en el tiempo. Quizás la bienaventuranza consistirá en que el tiempo y la eternidad se reencuentren en nosotros. El fuego de la eternidad brillará alrededor de nuestra existencia temporal sin poderla consumir. La mente y el corazón serán colmados de la presencia divina y nuestras manos no permanecerán inactivas, pues no existirá solamente un nuevo cielo sino también una nueva tierra.

En el cielo se comprobará de manera definitiva que Dios es amor. Los no creyentes se ríen a veces de nosotros a causa de esta definición de Juan. Nos citan todos los desastres y calamidades ocurridos y no tenemos una respuesta definitiva que darles; ahora subsisten muchos enigmas. Sin embargo nuestro corazón cree, sin restricciones, en el amor de Dios. Y tenemos también conciencia de que nosotros, pobres hombres, somos la causa de casi todos los males de este mundo.

En realidad, nuestra mayor alegría en el cielo será ver a Dios plenamente glorificado. Él será verdaderamente el centro en el que descansen todos los corazones. Su nombre será alabado como corresponde y su misericordia exaltada. La alabanza del Dios Trino constituirá en el cielo nuestra única pasión. A veces, en esta tierra, experimentamos tanto amor por un ser querido, que le rodeamos de mil atenciones y sentimos un inmenso placer cuando le vemos plenamente dichoso con los dones que le hacemos. En el cielo, nuestro corazón casi saltará de nuestro cuerpo en su afán de ofrecer a Dios una adoración y reconocimiento totales. Y nuestro amor será tan puro que no mendigaremos una sonrisa de Dios, porque le serviremos con definitiva perfección. No buscaremos entonces ningún interés personal. Dios será para nosotros el Único y el Todo. No tendremos necesidad de implorar una manifestación de la bondad divina, pues el rostro amable, augusto y puro de Dios siempre nos dará plenitud de gozo; y siempre podremos leer en él la bondad de Dios para con sus hijos a causa de su Hijo, del inmenso amor de su Hijo, que nos ha rescatado con su Sangre.

Por esta redención contempla nuestro espíritu, en perspectiva, el retorno de Cristo. Desfallecemos de gozo pensando en la gloria que nos espera en ese día. Y, sin embargo, si rogamos para que Cristo retorne, debemos hacerlo ante todo, para que nuestro Señor y Rey sea entonces glorificado delante de todos los pueblos y de todos los tiempos: <toda rodilla se doblará ante Aquél que nos ha rescatado>.

Esta espera de la victoria final, esta visión anticipada de la Pascua eterna, a la que estamos invitados, ilumina ya el horizonte de nuestra alma. Sabemos, desde ahora, que la noche de la muerte no significa la desaparición del sol de la vida. Sabemos que seremos transplantados a través de esta noche a un Oriente de eterna gloria, donde Jesús es la estrella de la mañana y Dios el verdadero sol.

¡Qué magnífica es la conclusión del Apocalipsis! Se escucha en ella la llamada del Esposo celeste a su Esposa en la tierra, la Iglesia. Él se esfuerza en despertar en ella la nostalgia de su venida. Le habla de su poder: <Yo soy el alfa y el omega, el principio y el fin, el primero y el último>. Le promete que la unión celestial no será

estorbada ni por burladores ni por enemigos. <¡Fuera los perros y los charlatanes!> Le promete venir tan pronto como sea posible; no se retrasará inutilmente: <Héme aquí, Yo vendré enseguida>. Espera entonces la respuesta de la Esposa. Ella Le dice: <Ven>! Es una palabra muy simple y muy corta la que emplea la Esposa. Su respuesta es breve porque está fascinada por la llamada del Esposo. Es casi un murmullo lo que Ella responde; <¡Ven!>

Debemos asociarnos a esta súplica de la Esposa: <¡Ven!> Debemos decir lo mismo que dijo Juan: <Amén. ¡Ven, Señor Jesús!> Y, puesto que este libro quiere ser un testimonio, expresaré aquí, también yo, mi propio deseo: <Amén. ¡Ven, Señor Jesús!>

La fe no es solamente una promesa del futuro. Ciertamente es gran cosa saber que un día cesará toda miseria y que alcanzaremos la felicidad eterna. Mas si no experimentamos ya ahora algo de esa felicidad, dudo de que podamos perseverar hasta el fin de nuestra espera.

Pero esto no es así. Desde ahora pedimos lo que después nos será dado. Migajos del eterno banquete nupcial caen del cielo como un maná y los creyentes se nutren de este alimento escondido.

Se produce enseguida una íntima comunión con Cristo. Jesús vive en nosotros por la fe. Él mismo nos ha figurado esta unidad mediante la imagen de la vid y los sarmientos. Como la savia pasa del tronco a las ramas, así la gracia circula de Cristo a nosotros.

Los que creen en Cristo tienen en Él un contacto inmediato. <La fe es una atestación de las cosas que no se ven>, dice la Carta a los Hebreos. Y dice también que Moisés permanecía firme como si viese al Invisible. La fe no es, pues, una aceptación ciega, es una visión. Y esta visión crece a medida que la fe aumenta. Los rasgos de la figura de Cristo se nos aparecen con mayor claridad cada vez.

Jesús en mí, ésta es la vida eterna que me es dada ya en la tierra. Puedo, en cada instante, ir a Él. No tengo ninguna necesidad de buscarle: Él está junto a mí. Él está en mí. Entre los dos existe un diálogo cuyas preguntas y respuestas se suceden sin cesar e inmediatamente. En Cristo encontramos la respuesta a todo y gozamos de su presencia amorosa. Su rostro se muestra siempre sereno y su mirada llena de valor el alma.

Por ello Cristo es mi única consolación en esta vida. Puedo confiarle todas mis decepciones, todas mis penas. Él toma sobre sí todas mis cargas. Su mirada me da sin cesar un nuevo vigor.

No temo, pues, la muerte. En esa hora dolorosa Él estará a mi lado. Gustaré indefectiblemente su alegría porque entonces nos reuniremos para siempre. La muerte será un tránsito a la sala del festín. Como el apóstol Pablo, puedo escribir: <¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?, ¿dónde, oh sepulcro, tu victoria?> Morir será una granancia. Entonces me despojaré de la envoltura terrestre que me impide ver a Jesús tal como Él es.

Jesús es lo que mi corazón ama. Por naturaleza yo soy egoísta, pero Él llena de amor mi corazón, hace que me olvide de mí mismo y que simpatice con los demás. Sé, ciertamente, que Él no triunfará ahora totalmente, porque mi naturaleza rebelde se resiste sin cesar y quebranta sus mandamientos. Pero se también, sin embargo, que Él trabajará hasta el fin y con una paciencia infinita en la santificación de mi alma.

Cristo envía su Santo Espíritu a mi alma: Él es el artesano de mi paz. Cuanto más profunda es nuestra paz, más claramente percibimos la acción del Espíritu Santo. Por esto es necesario que un cristiano se sobreponga a todas sus preocupaciones y no se deje oprimir por ellas. Nos es lícito confiárselas a nuestro Padre que está en los cielos. Él tiene tanta solicitud por nuestro bien, que ni un solo cabello nuestro caerá sin que Él lo permita.

El Espíritu Santo nos recuerda las palabras de Jesús y nos aclara el sentido de la Escritura. Él nos hace entrar en las profundidades divinas. La meditación de la Escritura se convierte en una fuente de alegría. Pero esta meditación no debe confundirse con el estudio. En el estudio de la Biblia llegamos a conclusiones precisas, descubrimos el tema de un pasaje y la forma de interpretarlo. La meditación, al contrario, acompañada de la oración, busca la Revelación en sí misma. Nos pone en contacto con el Dios vivo que se ha encarnado en palabras humanas. Alcanzamos entonces profundidades inmensas y alturas insospechadas. Pero, apenas acabada la meditación, casi no acertamos a repetir el contenido del pasaje meditado. Mas tenemos conciencia, sin embargo, de que nuestra alma se ha enriquecido con dones divinos. Hemos entrevistado inefables realidades y saciado nuestra sed en una fuente de aguas vivas.

El Espíritu Santo nos atestigua también que somos hijos de Dios. Nos da la seguridad necesaria para dirigirnos a Él, llamándole Padre. No nos afirma esta filiación con palabras nuevas, sino que se sirve de palabras bíblicas. Pero, por su operación, las palabras de la Biblia nos revelan lo que somos en lo más íntimo de nuestro ser. Por su acción salta en nuestros corazones la palabra Padre y alcanzamos la certeza de una convicción que inunda nuestra conciencia eterna. El Espíritu Santo destierra de nosotros todo temor servil. Por efecto de su inspiración no le decimos a Dios: <Trátame como a uno de tus jornaleros>, porque a despecho de nuestra condición de hombres pecadores, el Espíritu Santo afirma en nuestras conciencias que somos hijos de Dios.

No sólo el Espíritu Santo habita en nosotros sino que también el Padre viene a nuestras almas cuando nos entregamos enteramente por la fe. Lo atestigua claramente el Evangelio de Juan: <Si alguno me ama guardará mi palabra y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él permaneceremos> (Juan 14:23).

Así, pues, por la fe nos convertimos en templos de la misma Trinidad; nuestro corazón se transforma en una parcela donde Dios mora. Tengo la impresión de que esta verdad, claramente enseñada por las palabras de Jesús que acaban de ser citadas, está un poco olvidada en las Iglesias de la Reforma. Y, ¿no es una realidad sublime que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hayan escogido nuestras almas como morada? ¿No debemos abrasarnos interiormente al pensarlo? ¡Qué necesario es, pues, que nuestros pensamientos sean puros, puesto que las Divinas personas habitan en nosotros, que no somos sino pecadores manchados ante la majestad de Dios, que ha sentado en nosotros su trono! Nuestro respeto por los demás cristianos debe ser grande pues ellos son también templos vivientes del Dios Trino.

Mi Salvador me asegura por la fe que puedo considerar tales bienes como propiedad mía. Los recibo como un don de su grande amor. Él me lo asegura por su Palabra y me lo confirma por la comunión. En la Santa Cena, Jesús nos dio la señal manifiesta de que no nos dejará perecer de hambre, sino que nos nutrirá con su propio vida. La

Santa Cena es un asombroso misterio, de un atractivo singular. En él el alma se sale de sí misma y se pierde en el amor de su Salvador.

Sabemos que en la Cena, Jesús es nuestro anfitrión. Él es quien ha preparado para nosotros alimentos espirituales. Él nos presenta el pan y nos dice: <Este es mi cuerpo>. <Yo quiero daros mi propio cuerpo para que se una a vosotros como el pan que asimilais al comerlo>. Y, cuando se rompe el pan, reconocemos por este gesto, que Jesús ha dejado romper su propio cuerpo en la cruz de la infamia. En esos momentos el silencio se hace en nosotros y carecemos de palabras para expresar nuestra gratitud. Sólo tenemos entonces miradas para Jesús. Nuestros corazones musitan palabras inefables.

En el momento en que recibimos el pan, escuchamos la voz de Jesús: <Yo quiero darte la vida eterna y mantenerla en ti tan ciertamente como que tú tocas este pan con tus dedos y lo saboreas en tu boca>. Una paz perfecta se establece en nosotros; nuestras inquietudes desaparecen y pregustamos el cielo.

Cuando comemos este pan vivimos una comunión profunda con Jesús, con los demás creyentes y con la Iglesia, de la cual Jesús es la cabeza, la vid, como nosotros somos los sarmientos. Formamos un solo todo que vive una misma vida. La paz irradia de este indecible misterio. El canto de un amor insondable arrulla nuestra alma y presentimos, en la lejanía, el coro de los ángeles que repite: <Santo, santo, santo es el Eterno...>.

Y cuando todavía estamos absorbidos en la adoración de la infinita bondad divina, un nuevo signo se nos manifiesta. El vino es vertido en la copa. Esta pasa de unos a otros y escuchamos cómo nos dice Cristo: <Esta es mi sangre>. La sangre es el símbolo de la vida y Jesús ha dado su sangre por nosotros. Esta sangre debió verterse para que se nos otorgara la salvación. Era preciso que Jesús sufriera la muerte para poder darnos la vida. Él mismo se compara a un grano de trigo que debe caer a tierra y pudrirse para poder germinar y producir después fruto en abundancia.

Al llegarnos la copa es como si con el vino, ese símbolo de la sangre de Cristo derramada por nosotros, bebiésemos la misma vida eterna de Cristo. Nuestros pensamientos se elevan a las fuentes eternas del Cordero de las que habla el Apocalipsis. ¿No ha declarado Pablo que por la Santa Cena anunciamos la muerte de Señor hasta que vuelva? Toda esta ceremonia está transitada de una temblorosa espera. Cristo, aunque invisible, está presente y le vemos con los ojos de la fe. ¡Cómo le amaremos cuando caigan los velos y le contemplemos cara a cara!

Así nace en nuestro espíritu la visión del banquete eterno. Porque sabemos que un día veremos la gloria del Señor. Los velos caerán y seremos testigos de la deslumbradora belleza de Jesús.

En la tierra, la Iglesia es la "novia" de Cristo. Pero después de la Resurrección estaremos unidos a Él en cuerpo y alma. Entonces, según el Apocalipsis, la Iglesia será verdaderamente la Esposa del Cordero.

En el protestantismo, como se ve, los ritos sacramentales son de una gran belleza. Son sobrios, nada pomposos, tales como Cristo los instituyó. No se les rodea de fantasía alguna.

Por eso causan tan fuerte impresión. Se tiene el sentimiento de que la eternidad desciende a nosotros por signos visibles. En razón de su misma simplicidad inspiran la certeza de que Dios quiere venir a nosotros, a nuestra vida cotidiana, con su gracia.

¡La necesitamos tanto! Debemos recordar que Dios está cerca de nosotros en todas nuestras necesidades, que Él nos ayuda en nuestra lucha diaria contra el pecado, que su presencia nos rodea en el taller, en la oficina...

Esta seguridad nos preserva de ser dominados por la realidad. Nuestra comunión, fundada enteramente en el amor a Cristo en la comunión es una fuerza en nuestras vidas de todos los días. En la Cena adquirimos la intrepidez de los combatientes. Destierra toda cobardía de nuestras almas porque oímos decir a Jesús: <Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo>. Nos inunda una perdurable alegría al sentirnos iluminados por una luz inextinguible. El cielo y la tierra se confunden; participamos, en alguna forma, de la Encarnación, Vivimos la realidad prometida en el Emmanuel, Dios con nosotros, en Jesucristo. La humanidad reconciliada ya con Dios por la sangre del Cordero.

Este capítulo tiene, sin duda, un acento muy personal. He querido manifestar en él que Dios trabaje de forma diferente en cada corazón humano. La gracia no desforma la naturaleza. Ella restaura lo que estaba destruido, reedifica lo mejor de nosotros, que aún quedaba latente dentro de nuestro ser. Una catedral que se restaura adquiere, en lo posible, su prístina belleza. Aún más, puede ser restaurada con una belleza mayor de la que nunca tuvo... Un fresco recubierto de yeso debe ser, con infinitas precauciones, alumbrado y restaurado. Así es la obra de Jesús en nosotros. Él arranca pedazo a pedazo, el yeso del pecado que nos envuelve. La imagen de Dios no aparecerá empero en nosotros mientras vivamos en este mundo. Nuestras imperfecciones permanecerán en nosotros hasta el día de nuestra muerte.

Si nuestro Salvador preserva en cada hombre lo que éste tiene de peculiar es porque cada individuo tiene su propia personalidad, sus propias cualidades naturales. Esto es lo que presta a nuestra relación con Jesús un sello personal. Sin embargo nuestra unión con Él nos imprime también rasgos comunes. Por esto me parece conveniente relatar mi propia experiencia, con el fin de despertar en otros idénticas resonancias y ayudarles a cantar su propio himno de alabanza y gratitud.

Capítulo XIII

La calle derecha de Sao Paulo

Después de abandonar la Congregación pasé algún tiempo en la Facultad de teología metodista de Sao Paulo. Estoy muy agradecido a los metodistas por haberme albergado con tanta generosidad durante aquel difícil tiempo.

Comprendí entonces las nuevas riquezas que había adquirido con mi partida. Pude seguir cursos de teología que me orientaron hacia una mejor comprensión de la Biblia. Me admiraba muchísimo la simplicidad de los metodistas y su confianza en el Salvador, parecidas a las de un niño. Con bello candor me afirmaban la seguridad que tenían en Jesucristo, verdadera roca de salvación para ellos. El amor que profesaban a su Salvador les empujaba a una evangelización incesante.

Poco a poco comencé a pensar si su comprensión de la Biblia era exacta y, en particular, me planteé la cuestión de saber si se puede estar tan seguro de la salvación eterna o si existe una predestinación. ¿Cómo es posible, pensé, que Jesús afirme que quien cree en Él tiene la vida eterna si Él no dispone plenamente de la salvación de las almas? ¿Se puede, pues, confiar plenamente en sus promesas? Es cierto que Jesús tiene el deseo de salvar a los hombres, pero, será capaz de salvarlos si destrozan sus bellas dádivas. ¿no es importante si ellos le rechazan?

Cuando meditaba este problema me sobrecogía el temor de desembocar por este camino, en una fatalidad semejante a la que enseñan los calvinistas, según yo suponía entonces. Sin embargo sospeché muy pronto que había comprendido mal la doctrina calvinista y que la elección divina es la razón última de nuestra seguridad en la salvación.

Es cierto que debemos fundarnos exclusivamente en las promesas de Jesús. Empero le ha agradado a Dios prevenir las cuestiones inquietantes de nuestra inteligencia pecadora revelándonos algunos de sus eternos designios. Nos ha hecho conocer que antes de la creación del mundo ya éramos objeto de su amor y nos contemplaba a través de la imagen de Jesucristo, su Hijo, el Redentor de los pecadores arrepentidos que recurren a Él en la fe. De esta forma nos es así posible considerar las riquezas infinitas de su misericordia. Desde antes de los siglos y desde antes de la creación, ya nos busca su amor.

Cuando llevaba tres meses en la Facultad mencionada recibí una carta de una familia reformada establecida en Piracicaba, ciudad de cuatro horas de tren de Sao Paulo. El Sr. y la Sra. Kraan-Neven habían sabido por los metodistas que un exreligioso holandés residía en su Facultad y me invitaban a pasar algunos días en su casa. Y como sabían que mi situación financiera no era muy brillante, me enviaban el dinero para el viaje con el ruego de que lo aceptara sencillamente.

Esta familia me recibió cordialmente y me dio a leer >Los tres formularios de Unidad>¹⁾. Me dieron la impresión de expresarse en un estilo plúmbeo. Los leí, sin embargo, con interés, porque me permitieron conocer, con precisión, la misteriosa predestinación de los calvinistas.

¹⁾ 1. Catecismo de Heidelberg 2. Los Cánones de Dordrecht 3: La confesión belga

Me alegró leer en estos libros simbólicos que nadie se condena sino es por su propio culpabilidad. Los calvinistas no convierten, pues, a Dios en un tirano que se complace en condenar a algunos hombres al infierno. Antes, pues, había comprendido mal la doctrina calvinista sobre este punto.

Dos meses después entré en contacto con la colonia reformada de Carambei. Tuve entonces la ocasión de departir con el Pastor Muller a quien le expuse mi concepción sobre la elección divina. El me consideró, sin dudarlo, como un auténtico calvinista. Según mi parecer, todo protestante se adhiere, implícitamente al menos, a la doctrina de la elección. Nosotros confesamos, en efecto, que no podemos merecer el cielo. Creemos en la salvación por la sola gracia, < sola gratia >. Así, pues, afirmamos que el hombre no se justifica por sus mismas obras, sino que admitimos necesariamente que nuestra salvación está en manos de Dios.

Existen, empero, grandes misterios, que nunca podremos calar. No nos es posible conciliar lógicamente el hecho de que Dios es el único autor de nuestra salvación con la responsabilidad humana. Después de siglos, aún en la Iglesia de Roma, los teólogos y filósofos discuten estos problemas sin llegar a una conclusión clara. Basta citar los nombres de Molina y Yañez.

Este problema, según creo, sólo admite una solución religiosa y no filosófica. Es lo que enseña la Biblia. Esto no le dice al incrédulo que debe esperar la intervención divina, sino que le exhorta vivamente a actuar: < Tú debes convertirte >. Este < tú debes > impone un imperativo a su conciencia. A la luz de la Palabra de Dios, todo hombre honrado, sincero consigo mismo, sabe perfectamente que si no se convierte a Dios, y, como consecuencia, se condena, sólo él tiene la culpa. Si sondea su propio yo, descubrirá enseguida que toda objeción sobre la incertidumbre de su elección no es sino un camuflaje de su malvada voluntad.

La Biblia, además, exige la humildad al convertido. No le facilita jamás ni le dice: < ¡Bravo, has obrado magníficamente! ¡Qué prueba de valor! > Le dice por el contrario: < Sólo por la gracia de Dios sois salvos, por la fe. Esto no nace de vosotros sino que es el don de Dios No es por las obras por las que el hombre se glorifica. Por que nosotros somos su obra, habiendo sido glorificados en Jesucristo para las buenas obras que Dios ha preparado a fin de que nosotros las practiquemos > (Efesios 2: 8-10).

Y la admirable solución que ofrece la Escritura satisface las más profundas necesidades religiosas del creyente. Éste siente la necesidad de acusarse delante de Dios. Se siente responsable de deseos torcidos y de pensamientos malos que surgen en él y contra los que él combate. Y no se le ocurrirá jamás hacer a Dios, de alguna forma, responsable de las malvadas inclinaciones que turban su alma.

Ni le es posible glorificarse como si todo fuera suyo. Se sabe pequeño, inútil y pecador ante Dios. Y sabe también que cuanto más se despoje de sí mismo, tanto más puede apoyarse en la plenitud del Dios que habita < corporalmente > en Jesucristo, confiando en su poder y en su misericordia, para adquirir así el sentimiento de una seguridad total.

Se puede, pues, aplicar a la doctrina de la elección las palabras de Pascal: < El corazón tiene razones que la mente no comprende jamás. >

En Navidad volví a casa de los Kraan. Entonces oí hablar, por primera vez, de una comunidad belga en Denderleeuw. Mme. Kraan es, en efecto, la hija de M.P. Neven,

entonces director de la escuela cristiana holandesa de Bruselas. Acaba él de escribir que el pastor de Denderleeuw se había trasladado a Venlo, Holanda. Estaba yo muy lejos de pensar que sería su sucesor, no obstante haber decidido regresar a Europa. La familia Neven se ofreció a alojarme unas semanas a mi regreso.

Gracias a los honorarios recibidos por algunas conferencias que pronuncié y a la decisiva ayuda del diaconado de la iglesia reformada de Carambei, pude reunir el dinero necesario para mi viaje de regreso a Europa. El 31 de mayo embarqué en el puerto de Santos. Dos días más tarde, al caer la noche, dejaba la bahía de Río. Fue un espectáculo inolvidable. Por doquier se veían las luces de la inmensa ciudad. Los anuncios luminosos centellaban sus juegos multicolores. Lentamente, el barco se adentraba en el océano. Yo le daba mi adiós al Brasil, país que ha dejado en mí imperecederos recuerdos. En Brasil encontré el Evangelio y conocí a Jesús como a mi único, perfecto y personal Salvador.

¡Qué distinto este viaje del primero que realicé! Todo en mí era luz, paz y felicidad. Vivía ya como un hombre entre los hombres. Mi negra sotana no me aislaba de los demás.

Desembarqué en Génova. En tren me dirigí a Basilea, donde me acogió unos días la familia Goorhuis-Neven. En Bruselas me esperaba el Pastor L: auwers, anciano de nevados cabellos. Este hombre había fundado la comunidad evangélica de Denderleeuw y esperaba que yo continuase su obra. Había sido también religioso de la Orden del Carmen y había sido, como yo, profesor de filosofía en un seminario.

A la vista del informe de la Iglesia Metodista de Río de Janeiro y otro del Pastor Müller me recibieron como miembro confesante de la Iglesia Reformado de Bruselas, de la cual era entonces pastor M.C. Bavinck, nieto del gran dogmático holandés. A propuesta suya fui nombrado, cuatro semanas después, evangelista de Denderleeuw por disputados de la Comisión de Evangelización de Bélgica. Sin embargo, estos mismos diputados estimaron conveniente que, antes, estudiase yo un año en la Universidad Libre de Amsterdam. Les estoy muy agradecido por este favor y especialmente a su presidente, P.N. Kruiswijk.

El 18 de septiembre de 1951, después del examen correspondiente, fui nombrado pastor de la iglesia reformada de Denderleeuw.

En Brasil, a consecuencia de una hernia, fui operado, pero la operación no fue del todo feliz y hube de someterme a una nueva operación tres meses después de mi llegada a Bruselas. La intervención se llevó a cabo en la Clínica Juliana, famosa fundación en Amsterdam de la Iglesia Reformada.

En la clínica recibí la primera visita de mis familiares, Mi madre ignoraba entonces que yo había abandonado la Iglesia de Roma. Lo supo por una conferencia que mi hermana le puso desde la clínica. Se negó totalmente a hablarme. Nos reencontramos en una clínica católica de Harderwijk, en Güeldres. Fue para ella un choque penoso el verme con simple traje civil, despojado de mi sotana. Le referí detalladamente mi combate, mi lucha y la paz que había encontrado en Jesucristo. Cuando hube acabado me contestó: <Sea lo que sea, veo que eres un leal y buen protestante. No tengo ningún temor por la salvación de tu alma y lo confío todo a la misericordia de Dios.> Pasé con ella dos días muy agradables en Harderwijk. Recuerdo que me dijo entonces: <Si esto no hubiera ocurrido, no te habría visto jamás. Tú no hubieras vuelto antes de diez años y yo no soy ya joven.>

En mi habitación de la clínica Juliana una admirable y delicada enfermera venía, a veces, a curar a otro enfermo. Tenía dos pequeños hoyuelos en las mejillas y dos ojos llenos de luz. Sucedió que, finalmente, accedió a convertirse en mi esposa el 7 de agosto de 1951. Ella es hoy testigo de mi gratitud.

Para cerrar este libro quiero reflejar las reacciones de algunos sacerdotes ante mi salida de la Iglesia. La primera carta que recibí fue la del profesor de dogma, el P. Vilela. El tono de la carta era simpático:

<Estimado Padre Armando:

>Nosotros pensamos aquí que habéis cometido un afrentoso pecado. Por él gime vuestra provincia de Holanda, la viceprovincia de Río y toda la Congregación. El Pader Celestial llora también vuestra deserción. Estamos profundamente entristecidos. ¡Pobre Padre Armando! (éste era mi nombre conventual). ¿Cómo podéis haber cometido semejante falta? ¿Cómo es posible que el infierno os haya hecho digno de él? ¡Qué vergüenza para los Padres holandeses y para el General, P. Buys!

>Decís que habéis orado con insistencia y con sinceridad. Os respondo: la causa de vuestro abandono de la fe católica-romana no se funda en objeciones de orden intelectual, sino en faltas de vuestra vida pasada. El camino que habéis hecho es el siguiente: hoy acepto una negligencia, mañana otra. Habéis cometido después pecados veniales sin arrepentiros de ellos. Finalmente habéis cometido un pecado mortal. Habéis reincidido luego repetidas veces. Dios se alejó y sobrevino entonces la apostasía de la fe.

>Padre Armando: arrodillaos y pedid a Dios que os conceda la gracia de la conversión por intercesión de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Decid a Dios: <¡Dios mío, concedeme la gracia de conocer mis pecados. A causa de ellos no soy digno de tu gracia. Mas perdoname, mis pecados, dame la gracia de reconocerlos y arrepentirme de ellos! ¡Perdoname a causa de los méritos de Nuestra Señora!>

Pero no es suficiente rezar una vez durante tres minutos. Debéis llorar ante Dios, hacer un retiro, imponeros la disciplina y el ayuno si queréis recibir el perdón de Dios. Padre Armando, volved a la Congregación, haced un retiro y llorad; hasta ahora habéis restido numerosas gracias de Dios. Volved lleno de arrepentimiento para implorarle vuestro perdón, volved a la amistad del Padre Celestial. Fuera de la Iglesia y fuera de la Congregación seréis siempre un desdichado; jamás encontraréis la felicidad. ¿Por qué abandonar el catolicismo? Él es, al menos, tan cierto como el protestantismo y es la religión de vuestros padres.

Estamos profundamente entristecidos por el gesto verdaderamente trágico que acabáis de realizar. Aquí, en el escolasticado, estamos trastornados por vuestra criminal decisión. ¡Volved a la Congregación, Padre Armando, si no queréis ser un desgraciado! Nosotros os amamos sinceramente y no queremos que vayáis al infierno. ¡Que vuestra conciencia etenebrecida no os ilusione falsamente!>

P. Vilela, C. SS. RR.

La carta estaba fechada un día después de mi partida.

Mucho más acerba y amarga fue la carta que recibí del profesor de Moral, el P.L.

<Estimado P. Armando:

>Escribo estimado, pues aunque seáis ahora un enemigo de la Iglesia y de la Congregación, os ofrecemos nuestra amistad y compasión, conforme a la palabra de

la Sagrada Escritura: <Amad a vuestros enemigos.> Y escribo Padre porque está escrito: <Tú eres sacerdote para siempre.>

>¿Por qué habéis apostatado? ¿No os son suficientes los argumentos de la Iglesia? Después de muchos siglos ellos convencen a espíritus que no son inferiores al vuestro. Sin embargo, los habéis juzgado insuficientes. ¿No creéis que ello es una muestra de vuestro orgullo?

>P. Armando, sed honrado y decid francamente: <He perdido la fe porque me interesaba. Mi amor por la verdad hubiera podido subsistir sin rechazar la fe. Pero yo quería otra cosa. La doctrina de la Iglesia es muy dura para mi inteligencia orgullosa y para mi débil voluntad. Yo quisiera una doctrina intelectual y moralmente más fácil. La Iglesia me acogió. Ella me ha dado cuanto posee mi espíritu pero la he traicionado cuando debía honrarla y defenderla. He traicionado cuando debía honrarla y defenderla. He traicionado a mis hermanos de Tieté. Mientras yo maquinaba mi traición, ellos me colmaban de atenciones hasta el último momento. <Amigo, ¿a qué has venido?> La tarde del 7 de julio érais para nosotros un hermano, un amigo. Y nos habéis dicho adiós con una sonrisa que era el triunfo de vuestra hipocresía sobre nuestra sinceridad, ya que estábais resuelto a ejecutar vuestro proyecto.

>Lo habéis meditado largamente. Y en la hora en que nos traicionábas nos habéis escrito una carta en la que pretendíais justificaros. ¡Miserable carta! Tiene el sabor del beso de Judas. Pero Judas terminó en la desesperación.

>Desde ahora hay un ciego más en la ruta de Jericó. Dios dirá la última palabra.

>En nombre de los Padres de Tieté.

P.L. >

Del Provincial de Sao Paulo recibí una carta muy digna. Se lamentaba de que, en mis dificultades, no me hubiese abierto a mis superiores. Pero como ya he dicho antes esto me fue del todo imposible. Hubieran ejercido sobre mí una presión moral tal que me habría sido imposible tomar una decisión con serenidad de espíritu.

En Europa recibí una carta del párroco de Arcen.

Había sido antes párroco de Lomm, mi pueblo natal. Me decía que el amor de una mujer había jugado un gran papel en mi decisión. Me predecía que un día llegaría a suicidarme después de asesinar a mi mujer y a mis hijos.

Le contesté preguntándole de dónde sacaba su conclusión. Le dije que jamás había podido oír nada semejante y que si hubiera existido en mí una debilidad de ese género, los superiores no me habrían recomendado una misión tan importante en el Brasil.

<La razón por la que Vd. Sostiene esa afirmación, le escribí, nace de vuestro propio corazón. Vd. no puede imaginar que un hombre acepte tantos sufrimientos y afronte tantas dificultades si no es por la razón que supone. Vd. no tomaría una decisión de consecuencias tan terribles más que empujado por la necesidad sexual. Si se tratase de un solo deber de conciencia, carecería posiblemente del valor necesario.> No me escribió jamás.

Extremadamente simpática fue la carta del párroco M.A., sucesor del anterior, en mi pueblo natal.

<Mi querido y estimado Herman:

>¿Por qué abandonaste la fe que tu madre te ha dado? ¿Por qué deshonras lo que tú eres delante de Dios, un sacerdote de nuestra Madre, la santa Iglesia? ¿Por qué perder la confianza en María, la Madre del Perpetuo Socorro? No te digo todo esto como un reproche, Herman, sino como la expresión de mi decepción.

>Tú estás hipertenso. Razonas demasiado y rezas demasiado poco. ¡Ojalá pueda salvarte tu madre empujándote a rezar y a aceptar de nuevo los misterios de la fe! Como todo hombre que respeta a la mujer se engrandece, se dignifica todo hombre que reverencia los misterios de la fe. En tu estado actual de hipertensión quieres penetrar profundamente los misterios en lugar de aceptarlos humildemente, como un hijo de tu madre según la carne y, según el espíritu, la santa Iglesia y de tu madre María. Huyes de la cruz que es la fe católica, en la que reside la salvación, y corres el riesgo de encontrar en otra fe millares de cruces que te serán intolerables.

Herman, reza, reza, reza.

No permanezcas en un camino equivocado a causa de tu penuria económica. Te pagaré todos los gastos si regresas. Vuelve a Europa y ve, por ejemplo, a Francia, a vivir en las cercanías de Lourdes.

He comenzado por ti, esta tarde, una novena.

Saludos cordiales.

M.A. >

Largo tiempo mantuve correspondencia con este sacerdote. Le manifestaba cierta simpatía por la Iglesia de Roma, simpatía que él explicaba como nostalgia respecto a la maternidad de la misma.

En una carta fechada meses después de la primera me escribía:

<Tengo una confianza inquebrantable en tu retorno. La cuestión es sólo cuándo. Entonces me dirigiré a cualquier campesino de Lomm - digamos Henri Hannes - para pedirle un ternero bien cebado, porque la fiesta será aún más bella que la de tus primicias sacerdotales. ¿Vives en Denderleeuw? Pablo se encontraba en la calle recta cuando Ananías fue a visitarle y a imponerle las manos, para que recobrase la vista y fuese lleno del Espíritu Santo. Espero que Ananías te visite muy pronto. No lo dudo porque Dios dice de ti lo mismo que dijo de Pablo: él reza.>

Apenas terminé de leer esta carta, recordé que la calle de Sao Paulo donde di el paso decisivo de quitarme la sotana, donde mi conversión, como la de Pablo, se había concretado y acabado, se llamaba también <la rua direita>, la calle derecha.

Se me preguntará: ¿Cómo es posible que no lo observase en seguida? He aquí la razón: la rua direita es, en Sao Paulo, la más frecuentada de aquella inmensa ciudad. Une dos partes de la misma, separadas por un valle. Todo el día es transitada por una ingente muchedumbre.

Desde mi llegada a Sao Paulo había oído citar el nombre de esta calle, tan conocido allí como la Kalverstraat en Amsterdam o la Plaza Mayor de Madrid. Pero entonces ignoraba yo el portugués y el vocable <direita> no era para mí sino un sonido desprovisto de significado. Posteriormente no le presté ninguna atención. Fue la carta del párroco quien me hizo observar. Subí en seguida a mi habitación, tomé la Biblia portuguesa y pude leer, efectivamente, en los Hechos de los Apóstoles, 9:11, las mismas palabras: <rua direita>. Apenas podía creer lo que veían mis ojos.

Más tarde, hablando con un pastor de esta carta, hizo otra observación: <¿No ha observado que esa calle se encuentra en una ciudad que se llama Sao Paulo?> Otras circunstancias me impresionaron aún. El apellido de la familia del sastre era: Do Espiritu Santo, del Espíritu Santo; el nombre, Delmar, del mar. ¿No había librado yo un gigantesco combate en la travesía de Amberes a Brasil? ¿No me aseguraba Dios, por el nombre del sastre, que mi decisión nacía bajo la influencia del Espíritu Santo? En fin, la sastrería estaba situada en la esquina formado por la citada calle y la Plaza de la Misericordia y, para subir al taller, en el primer piso del edificio, era necesario entrar por una puerta situada en dicha plaza.

Le escribí todo a mi párroco y terminé mi carta con esta pregunta: ¿No puedo concluir que la misericordia de Dios se ha inclinado sobre mí y me ha conducido al recto camino, el de la conversión?

UNAS PALABRAS A MIS AMIGOS CATÓLICOS

He hecho todo lo posible por escribir un relato sincero y he procurado no herir vuestra conciencia. Creo que lo he conseguido y así lo reconoceréis si juzgáis sin prevenciones.

Os ruego que no os apartéis en seguida de este libro, porque os deseo la misma paz que yo he conseguido. Reflexionad sobre su contenido. ¿No se encierra en él una fe más viva y profunda que la que habéis encontrado en vuestra religión? ¿No os convendría que os preguntáseis si acaso no nacerá esta fe de la dicha nueva del Evangelio? ¿No escucháis en el libro la voz del Padre de los cielos, del Dios que es amor y que ha amado al mundo hasta el punto de enviar a su propio Hijo, a fin de que quien crea en Él no perezca y consiga la vida eterna? ¿No habéis sentido nunca el deseo de una dicha semejante? ¿No queréis para vuestra alma una paz tan completa? No queréis encontrar vuestro reposo en Jesús, único y perfecto Salvador?

Continuad buscándole. No rechazéis nunca esta búsqueda por temor de las consecuencias penosas que entraña. Quizás habéis oído a través de este libro la voz de Dios. No os desembaracéis de esta cuestión con el pretexto de que vuestra Iglesia y vuestros sacerdotes conocen la verdad mejor que vosotros. Cuando Dios habla es preciso escucharle. Si damos preferencia a los hombres, un día daremos cuenta a Dios de este grave desorden.

Lo sé; si seguís mi mismo camino numerosas pruebas os esperan. ¿Acaso la ruptura con vuestra familia? ¿Quizás la excomunión y condenación de la gran Iglesia de Roma? Pero estos sufrimientos no pueden compararse con las magnificencias que os serán reveladas.

Pido a cualquier católico, protestante o no creyente que haya encontrado a Jesús mediante este libro, me lo haga saber, a fin de que podamos gozarnos juntos en la salvación que Él nos da. Pueden escribirme a la dirección de la casa editorial que lo ha publicado.

Sé que mis palabras carecen de valor por sí mismas, pero Dios puede utilizarlas para arrancar a las almas de las tinieblas y llevarlas a su admirable luz.

UNAS PALABRAS A MIS HERMANOS Y HERMANAS PROTESTANTES

Es para mí un placer el hablaros. ¡Qué ricos somos en gracia por nuestra fe! ¿Qué inmenso mundo se abre ante nosotros! ¡Qué ancho es el horizonte de nuestras

esperanzas! ¡Qué bello es el cielo azul que contemplamos sobre nosotros! ¿No estamos colmados de bendiciones?

Cada domingo nos es anunciado un gozoso mensaje, en el que resuenan, con sonores claridades, las trompetas de la misericordia divina vertida sobre nosotros. Lo sabéis: Jesús se nos ha entregado y se ha entregado por nosotros. Somos propiedad suya rescatados por su sangre preciosa.

¿Habéis sentido más íntimamente el peso de vuestras riquezas al leer este libro?
¿Brilla la perla que poseéis desde hace tiempo con nuevo resplandor y despide rayos que iluminan mejor vuestro ser?

Que la gratitud os haga romper todas las barreras de la rutina y de la tradición. Que la ola del amor rompa en vosotros. Id al mundo y proclamad las maravillas de Dios. Decid a vuestro vecino, a vuestro amigo, que el Salvador poderoso y misericordioso es el Señor Jesús.

Querría también proponeros una cuestión que formulo con temor, porque puede parecer que contradice la santa atmósfera en que vivimos: un protestante, lo sabéis, es un hombre que no se pierde en quimeras religiosas. Es un hombre de acción, un profeta y un combatiente de Dios. Pone no sólo su cabeza sino también sus manos y pies al servicio de su Rey, Jesús.

¿Queréis colaborar con nosotros después de esta lectura? Os sugiero entonces que sostengáis vuestras obras de evangelización. Sostenedlas con vuestras oraciones y con vuestras ofrendas.

La obligación de contribuir a la obra de la expansión del reino de Dios nos recuerda que nuestra gloria no se ha manifestado todavía. ¡Un día, sin embargo, será revelado lo que somos! Entonces la infancia dolorosa de la creación habrá cesado y vendrán un nuevo cielo y una nueva tierra.

Entonces beberemos gratuitamente las aguas vivas.

¡Amén, Señor Jesús, ven!